

YUYO

*Miguel Meléndez Muñoz*



## NOVELAS en la FRONTERA

Esta colección recupera la tradición de la novela corta en una zona desdibujada en las cartografías literarias de América Latina: la frontera sur de México, Centroamérica y el Caribe de lengua española. Con la novedad de este corpus, buscamos propiciar su lectura y estudio, así como el reconocimiento y la diversidad de los vínculos geográficos, históricos, culturales y literarios de estas fronteras, abiertas al diálogo en el tiempo y en el espacio.

La novela corta. Una biblioteca virtual  
[www.lanovelacorta.com](http://www.lanovelacorta.com)



FILÓLOGICAS



CENTRO PENINSULAR EN HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES



Centro de Investigaciones sobre  
América Latina y el Caribe

YUYO

## NOVELA DE COSTUMBRES PUERTORRIQUEÑAS

MIGUEL MELÉNDEZ MUÑOZ

Paloma Jiménez del Campo  
Presentación

EQUIPO EDITOR DE LA COLECCIÓN

Novelas en la Frontera  
Volumen 2



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

*La novela corta. Una biblioteca virtual*  
www.lanovelacorta.com

Miguel Meléndez Muñoz. *Yuyo. Novela de costumbres puertorriqueñas*  
Primera edición digital: 13 de febrero de 2023  
D. R. © 2023 Universidad Nacional Autónoma de México  
Avenida Universidad 3000  
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,  
Ciudad de México

Instituto de Investigaciones Filológicas  
Circuito Mario de la Cueva, s. n.  
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán  
Ciudad de México

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales  
Ex Sanatorio Rendón Peniche  
Calle 43 s. n., entre 44 y 46  
Col. Industrial, 97150  
Mérida, Yucatán, México

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe  
Avenida Universidad 3000  
Torre II de Humanidades, piso 3  
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,  
Ciudad de México

ISBN Obra Completa: 978-607-30-6956-4  
ISBN: EN TRÁMITE

Este libro se realizó con apoyo del Proyecto CONACYT CB 255210,  
coordinado por Gustavo Jiménez Aguirre

Esta edición y sus características son propiedad de la  
Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.  
Hecho en México.

## ÍNDICE

Presentación. <i>Yuyo</i> y el jíbaro puertorriqueño <i>Paloma Jiménez del Campo</i> .....	7
<i>Yuyo</i>	
I. Yo desafío a la criatura más versada .....	27
II. Señor Anselmo había recibido aviso del dueño .....	41
III. Señor Anselmo había prevenido al Bobo .....	71
IV. Cuando Yuyo llegó a su casa .....	101
V. Habían llegado a la finca otras familias .....	123
VI. El sábado por la noche .....	147
VII. Cuando señor Anselmo subía la escalera .....	155
VIII. Señor Anselmo refería a su familia su entrevista .....	167
Noticia del texto .....	205
Miguel Meléndez Muñoz. Trazo biográfico .....	207

## PRESENTACIÓN

### *Yuyo* y el jíbaro puertorriqueño

Paloma Jiménez del Campo

Universidad Complutense de Madrid

Instituto Universitario “Seminario Menéndez Pidal”

La lectura de *Yuyo. Novela de costumbres puertorriqueñas* (1913) nos sumerge de lleno en la vida del jíbaro (es decir, el campesino puertorriqueño) a principios del siglo xx. Es un mundo que el autor conocía muy bien, pues Miguel Meléndez Muñoz (1884-1966) nació y murió en Cayey, pueblo del área central de la isla, y allí tuvo contacto estrecho y amistoso con la tierra y los hombres que la cultivaban.

Los escritores del siglo xix habían comenzado a mostrar pintorescamente al jíbaro en una literatura costumbrista que primaba lo anecdótico y realizaba el contraste entre la cultura, la educación, el progreso y el nivel social de la élite a la que pertenecía el autor y los

del campesino en toda su inferioridad. Meléndez Muñoz, sin embargo, no contempla al jíbaro desde su torre de marfil, sino que cava en la tierra para alumbrar su alma.<sup>1</sup>

A mi modo de ver, lo realmente cautivador de *Yuyo* no es el conflicto que plantea la trama, sino la autenticidad con la que nos transmite la manera de pensar, de sentir y de actuar del jíbaro. Y esto lo logra el autor dejando hablar a los personajes en su auténtica lengua en escenas de la vida real. Era Meléndez Muñoz de la opinión de que “el idioma de un pueblo es atributo congénito con su personalidad, con su ser colectivo, único instrumento para toda expresión de sus ideas y de sus sentimientos”<sup>2</sup> y la meditada observación del habla

<sup>1</sup> En el volumen II de las *Obras completas* de Miguel Meléndez Muñoz hay un texto que precede a su *Retablo puertorriqueño* de Abelardo Díaz Alfaro donde éste reproduce la dedicatoria escrita por Meléndez Muñoz en el ejemplar que le envió de su obra *Lecturas puertorriqueñas*: “A Abelardo Díaz Alfaro, jíbaro nacido en la colindante Cayey-Caguas, a cuyas manos creadoras traspaso la piqueta con la que cavé en las entrañas de nuestra tierra para alumbrar el alma del jíbaro a la contemplación de sus hermanos cultos”. Abelardo Díaz Alfaro, “Don Miguel Meléndez Muñoz cedro de la cultura criolla”, en Miguel Meléndez Muñoz, *Obras completas*, vol. II, San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1963, p. 171.

<sup>2</sup> “En torno a nuestra lengua”, en *Algunos ensayos*, *Obras completas*, vol. II, ed. cit., p. 721.

rural le lleva a descubrir en ella resonancias del carácter puertorriqueño. Ejemplo paradigmático es “De susquín... susquineo”, uno de sus textos más apreciados. Su actitud no es la de un lingüista, sino la de un escritor con una profunda sensibilidad verbal capaz de percibir en el lenguaje la experiencia humana. No importa tanto el origen etimológico del vocablo “susquinear”, si proviene de una degeneración del verbo “soslayar”, de una corrupción de “esquinear” (formar esquina, colocarse en esquina, situar en esquina alguna cosa) o de una mezcla de ambas, lo verdaderamente seductor es triba en las agudas conclusiones derivadas del espíritu de esa palabra jíbara que develan una actitud ante la vida:

Nos sonreímos cuando oímos a un hombre del pueblo, o a un jíbaro, decir que se hallaba de *susquín* en cierto momento decisivo de su vida. Y esa actitud le salvó de un peligro que parecía seguro, inevitable. [...] Y en esa actitud genérica, en esa disposición tan peculiar, tan nuestra que apenas la advertimos por eso mismo, porque es parte constitutiva de nuestro propio temperamento, ¿qué ha hecho nuestro pueblo sino *soslayar*, *susquinear* hábilmente todos los peligros que le han acechado [...]? [...] Los ciclones [...], las continuas crisis económicas [...], las mutaciones y las innovaciones impuestas por la política, los recibe, los acepta, los vive nuestro pueblo de *susquín*. *Susquinea* las re-

voluciones cósmicas, el malestar físico, el dolor y la miseria, y sigue viviendo en su afán eterno de supervivencia.<sup>3</sup>

No es de extrañar, por tanto, que *Yuyo* comience con una de estas admirables disquisiciones lingüísticas:

Yo desafío a la criatura más versada en disparates a que averigüe el origen lógico, natural, de la palabra que acabo de escribir como título de esta novela. Habrá quien suponga que es un vocablo que utilizaron los aborígenes de esta tierra [...], y Yuyo es... Obdulia, nombre propio de mujer, sencillamente. ¿Por qué? ¿Una razón? Pues... por economía.

El campesino economiza ideas y palabras... y sílabas; su situación anómala sugierele la manía de guardar, de economizar, de comer poco y mal hoy para comer otro poco mañana [...]

Su fraseología es económica, el mundo de sus ideas reducido y estrecho, encajonado, alambicado, y posee una gracia *sui generis*, instintiva, para arreglar a la comodidad y economía de su lenguaje los nombres que traen sus hijos.

<sup>3</sup> “De susquín... susquineao”, en *Retablo puertorriqueño, Obras completas*, vol. II, ed. cit., pp. 287-288. “La niquilación”, incluido en *Cuentos de la Carretera Central* (1941), sería otro texto en la misma línea.

Nos encontramos ante un narrador omnisciente que lo ve todo y lo describe todo por dentro y por fuera con tanta claridad que él mismo dice a propósito de señor Anselmo (el verdadero protagonista de la novela): “Al llegar a este punto en su meditación y sentir el acicate de estas ideas, que no surgieron en su cerebro con tanta claridad como yo las describo”. Sin embargo, a pesar de la guía ejercida por el narrador, es más frecuente que los personajes queden caracterizados por su propia expresión, la cual califica de “pintoresca dicción”.

Uno de los valores de Meléndez Muñoz como escritor es su habilidad para hacer dialogar a sus personajes. En el prólogo que escribiera el gran novelista puertorriqueño del siglo XIX Manuel Zeno Gandía a una obra posterior de nuestro autor: *Cuentos del Cedro* (1936), señalaba que “son cuentos que el autor no relata. Son los mismos protagonistas quienes los refieren en diálogos peculiares a la vista de las montañas. Son ellos los que hablan, los que exornan la tragedia, los que alarman las conciencias y conmueven los corazones”.<sup>4</sup> Méritos indiscutibles de los diálogos son la sencillez, la espontaneidad y vivacidad, así como la adecuación

<sup>4</sup> Manuel Zeno Gandía, “Prólogo”, *Cuentos del Cedro*, en Miguel Meléndez Muñoz, *Obras completas*, vol. I, San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1963, p. 634.

del habla al estrato sociocultural del hablante. Y como casi todos los personajes son jíbaros, hablan “en jíbaro”. Quizás al principio le resulte un poco difícil al lector de otras regiones leer esa pintoresca dicción en la que suele desaparecer la /d/ intervocálica (“toos”, “toítos” por “todos”, “toditos”, “maúros” por “maduros”), se sesea (“malagradesíos” por “malagradecidos”, “paresen” por “parecen”), la “h” se pronuncia —y transcribe— como “j” (“jija” por “hija”, “jamaca” por “hamaca”), y se neutraliza la /r/ final de sílaba en /l/, uno de los fenómenos más característico del español de Puerto Rico (“agradesel” por “agradecer”, “favol” por “favor”, “lalgo” por “largo”, “sacale” por “sacarle”, “polque” por “porque”, “talde” por “tarde”, “jasel” por “hacer”), pero, una vez familiarizado con estos fenómenos, no creo que le cueste entender lo que dicen. Otra de las características de esta lengua jíbara son los arcaísmos y vulgarismos, sin embargo, éstos son comunes a casi todos los campesinos de habla española y habituales entre los hispanohablantes de clases más bajas (“asina”, “anque”, “naide”, “güena”, “pa’ ónde”).

Cabe añadir asimismo la innegable expresividad de esta lengua popular, la cual no arranca sólo del caudal de vocablos y fraseología jíbaros, sino del esfuerzo del autor cuando el personaje, al hablar de su circunstancia, la presenta de una manera nueva y expresiva a través de

un uso particular de los diminutivos, de símiles y de la poesía popular.

Casi todas las partes de la oración son susceptibles de terminación diminutiva, incluso los pronombres (“cualquierita”), los adverbios (“naíta”, “en cuantito”) o las interjecciones (“¡Adiosito!”) y frecuentemente están cargados de intención. Se usan por modestia ante las pertenencias propias (“ranchito”, “finquita”) o para restar importancia a lo hecho (“un aruñasito na más”), para ganarse la voluntad del interlocutor (“favolsito”, “en cuantito”) o para expresar firmeza y seguridad (“así mesmito”). Hasta hay ejemplos que intensifican el diminutivo reduplicando el sufijo (“blanditito”, “selquitita”, “poquitito”).

Por su parte, los términos que usan los personajes para sus símiles o “comparanzas” provienen de la vida rural y a ella nos trasladan. Crispina, la hermana mayor de Yuyo, advirtiendo a ésta de la maldad de los hombres —su monotema— dice:

y más talde le registran a una toas las clavijas del cuelpo y empiesan a jasel comparansas... Que si una tiene esto como dos aguacates maúros, que si tiene goldas las batatas e las pielnas, que si tiene la senturita como una avispa y el cuelpo como una jamaca, y de comparansa en comparansa le registran a una toos los rincones el cuelpo

po... Al prensipio, suavesitos, blanditos, más dulces que una batatata mameya, y después que una dise que sí y la jalan pa' ónde quieren, se va menguando su cariño, se ponen más serios y... se juyen y no güelven.

Las coplas, décimas y bombas, formas poético-musicales por excelencia de la poesía popular puertorriqueña, son también instrumento vital en la comunicación del campesino. Le sirven para expresar sus mensajes de amor, sus críticas, la narración de tragedias ocurridas y las bromas jocosas, es decir, distintos aspectos de la vida cotidiana y distintos estados de ánimo en sus relaciones sociales. En la novela tenemos una deliciosa escena protagonizada por Yuyo y el Bobo, una especie de duelo en el que Yuyo es la primera en tirar el guante bromeando por el puro placer de hacerlo rabiarse, espetándole unas coplas referentes a lo “jincho” (pálido, descolorido) que está y que juega con el doble sentido de las posibles causas (¿mal alimentado y/o enamorado?). El Bobo reacciona: “Tú te cres que yo no sé muchas cosas tuyas, pues ¡caray!, te las voy a disil pa' que veas que yo sé velsal también”. Y le lanza unos versos en los que le hace notar que él sabe lo de su “arreglito con Agapito”, retomando la palabra “jincho” en su doble acepción (pálido e hinchado):

Yo tenía una ves un pito  
en el que a ratos tocaba...  
Y conozco a un Agapito  
que de tí luego se alaba.

Tú tienes jincha la colol,  
tienes jincha la guelgüera  
y es tan grande tu jinchera...  
que igualas a un caracol.

El Bobo sale victorioso en esta controversia: “Tú no sabes velsos nuevos... Yo sé e memoria toas las dásimas e Sindo... y las bombas también”, pero todo termina amistosamente: “El Bobo cogió la canasta que le alargaba Yuyo, se sonrió con ella, la miró cariñosamente y se fue entonando una décima, de la que recojo la cuarteta que hizo reír un gran rato a Yuyo”. La novela no sólo nos muestra la funcionalidad de la poesía popular en el mundo campesino, sino que se sirve de ella para descubrirnos las relaciones de complicidad entre ciertos personajes e incluso podría afirmarse que esta escena anticipa en cierto modo —y explica— la sorprendente declaración del Bobo en el juicio al final del relato.

Por otra parte, además de esa pintoresca locuacidad del jíbaro, el texto revela también sus incapacidades verbales. La cándida Yuyo queda paralizada ante la



facundia amorosa de Agapito en su primer encuentro, “sometiendo su cerebro a una gimnasia torturante que se estrellaba dolorosamente contra la mezquindad y la pobreza de su verbo desolado, en su lucha desesperada por traducir en palabras el caos de su pasión”. Igualmente, el narrador nos transmite la impotencia que siente seño Anselmo ante la superioridad retórica de don Ramón, el amo de las tierras en las que vive:

Seño Anselmo había sido vencido en aquella lucha oral que con tanto calor acaba de sostener. A sus pobres y escuetos argumentos había opuesto otros su interlocutor, derrotándole, no por la fluidez de su palabra, ni el poder de sus ideas, sino por la oportunidad y la táctica de su dialéctica vulgar y corriente, pero expresiva y convincente ante la argumentación mezquina de su agregado, en la cual la ruindad de su palabra era incapaz para expresar las múltiples razones que se le ocurrían.

El personaje de Anselmo es consciente de sus limitaciones de hombre analfabeto y en varias ocasiones muestra su admiración por la cultura letrada, por “esa gente e papeles”, como dice él. Contándole a su hija mayor la denuncia elaborada por el abogado exclama expresivamente: “Caray, Crispina, ¡si oyeras lel a ese hombre...,

si eso palte corasones! Mira: le da a uno un escalofrío en tol cuerpo; el corasón empiesa a jasel tucutucu, caray, y, mira que yo soy duro pa’ esas cosas, pues... yora uno polque yora”. Es la misma emoción que mostrará más adelante ante la acusación pronunciada solemnemente por el fiscal en el juicio, tanta, que “El picapleitos tuvo que contener a seño Anselmo que quería darle un abrazo al fiscal”, informa el narrador para transcribir a continuación la propia expresión del personaje: “Ese hombre sí que sabe, caray. Si canta como una calandria...”.

Por todo lo comentado, es evidente que Miguel Meléndez Muñoz asume en su obra una actitud de franca simpatía hacia la jergonza jíbara. La crítica literaria puertorriqueña ha subrayado como uno de los grandes logros del autor la eficacia artística de su manejo y la adecuación entre el hombre, su circunstancia y su lengua, así como las páginas dedicadas al paisaje.

En las palabras “Al lector” que preceden sus *Cuentos del Cedro* el autor confiesa su devoción por la naturaleza puertorriqueña y se lamenta de que no haya sido un tema explotado por sus paisanos: “He profesado siempre un amor acendrado a nuestros paisajes, sutilizado y acrecido por cada nueva contemplación. Y he deplorado, muchas veces, que nuestros artistas no les rindan

el culto y la admiración que merecen”.<sup>5</sup> Por eso, la primera parte de ese libro: “El paisaje y el ambiente” está compuesta por una serie de estampas que describen los árboles, los caminos, la luz, “el bello y maravilloso escenario en que viven los personajes que han inspirado estos cuentos”.<sup>6</sup>

En *Yuyo* encontramos ya este mismo fervor, este afán de destacar la belleza del paisaje, de hacerla presencia viva. El río y la vegetación circundante ponen la banda sonora al primer encuentro entre la joven y su enamorado entonando una hermosa sinfonía telúrica. Es una larga descripción en la que las ondas del agua “vibraban como cuerdas de violines y violonchelos, rozadas con débil y trémula pulsación por los arcos”, y al romper contra una piedra saliente producían “las notas agudas de los clarinetes que se perdían en el rumor de la corriente, descomponiéndose en notas cortas y aisladas”. Además, “El lamento quejumbroso de los bombardinos repercutía en la espesura de los bambús, y sus cañas cimbreantes vibraban unísonas como cien flautas gigantes, y el canto decrecía en melodiosa gradación, cuyos últimos compases rimaban los violonchelos como

un rumor de lejanos besos apasionados, que fueran a apagarse en la miel exquisita de unos labios rojos”. Más adelante, cuando Yuyo acuda a la cita solicitada apremiantemente por su amante, volverá a sonar el río matizando de suaves armonías los versos de la décima que Agapito viene cantando.

Hay otro pasaje de excepcional belleza que describe el poder balsámico del ambiente en los excitados nervios de señor Anselmo tras el encontronazo con don Ramón. Es la hora del crepúsculo y la descripción apela a todos los sentidos: se recrea en los efectos de la luz, “la orgía luminosa” de los colores de las nubes difuminándose en el horizonte violeta por la roja cabellera del sol, en las fragancias del aire que baja de las montañas “saturado del aroma de los cafetos en flor y del fuerte y sensual olor a vegetación de las flores silvestres, de los limoneros y naranjales”, y en el paisaje sonoro compuesto por el “ronco murmullo del torrente”, “el último trino del ruiseñor que cantaba a la puesta de sol”, “el lejano balido de la oveja”, “el estridente relincho del potro”, “el bramido del toro”, “y el último verso de una décima que cantaba un jíbaro, que con la azada al hombro caminaba hacia su casa”.

Y es que Anselmo es un hombre de la tierra apegado a su contorno natural. Cuando llega por fin a su casa, siente que

<sup>5</sup> Miguel Meléndez Muñoz, “Al lector”, *Cuentos del Cedro*, en *Obras completas*, ed. cit., p. 639.

<sup>6</sup> *Idem.*

pisaba algo suyo y no quería pensar en aquel momento en el propietario de aquella tierra. Dondequiera que tendía la vista tropezaba con un rincón de verdura que había cultivado, con una parcela de tierra sembrada por sus manos, o con una *mancha* de café que había salvado de la ruina; sí, allí había algo de su vida, o sangre, o energías, o años enteros de su existencia, lo que fuera; pero allí estaba él y se reconocía, se veía, se contemplaba en todo aquello.

Para poder aquilatar la significación de esta cita hemos de hacer mención al sistema del *agregado*, al que dedica un capítulo Meléndez Muñoz en su libro *El jíbaro en el siglo XIX. Ensayo mínimo sobre una realidad máxima*. En él explica que cuando el jíbaro no poseía una parcela propia se radicaba en una finca como *agregado*, estatus en que pervivía el régimen feudal. El dueño de la heredad le facilitaba materiales para la construcción de su vivienda y el *agregado* podía disponer de una pequeña parcela contigua para la siembra de productos de consumo, pero el campesino no recibía retribución directa por su trabajo. El pacto o contrato de *agregado* nunca se escrituraba, no se regía por estipulaciones genéricas entre patronos (propietarios) y *agregados* (obreros asalariados o *aparceros*) porque cada propietario podía dictar y establecer las reglas y disposicio-

nes dentro de sus límites territoriales, establecer las condiciones que particularizaban esos convenios, que eran siempre verbales. A pesar de los abusos cometidos frecuentemente por los amos, los *agregados*, de las tradiciones más arcaicas y la ignorancia más oscura, llamaban al dueño de la finca en que residían y laboraban “padre del *agregado*”,<sup>7</sup> papel representado en la novela por don Ramón.

Lo único que le queda a Anselmo, acosado por los intereses de su patrón, por las acechanzas de los nuevos vecinos, las componendas de la justicia y la huida de su hija más querida, es la tierra, aunque no sea de su propiedad. Este vínculo primigenio y vital con el terruño se mantiene hasta su último aliento, momento de tremenda carga afectiva en el que el sol puso “dos rayos de luz en sus ojos abiertos ansiosamente, como si al despedirse de la vida hubiera querido poseer o llevarse todo lo que veía a su alrededor: los montes en que los cafetos se inclinaban hacia el suelo cargados de bayas amarillas que empezaban a madurar; los llanos en

<sup>7</sup> Para todo lo dicho sobre el sistema del *agregado*, *cfr.* capítulo III “Patriarcalismo y feudalismo económico. El *agregado*”, *El jíbaro en el siglo XIX. Ensayo mínimo sobre una realidad máxima*, en Miguel Meléndez Muñoz, *Obras completas*, vol. III, San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1963, pp. 483-487.

los que pastaba el ganado; y los plantíos de arroz y maíz, cuyas espigas brillaban en áureos reflejos”.

Como habrá podido apreciarse, Meléndez Muñoz nos proporciona en esta novela una imagen grandiosa del paisaje rural puertorriqueño, es una naturaleza que está ahí como delicia de los sentidos para realzar ciertos pasajes especialmente emotivos, como lugar de paz que restaura el equilibrio, y para mostrarnos al hombre unido a ella en estrecho vínculo de amor y de trabajo.

Otros aspectos fundamentales de la actitud vital del jíbaro y de las circunstancias de su contorno social que *Yuyo* pone en acción serían el sentimiento familiar, el aislamiento y su consecuente desconfianza frente a los extraños, la superstición, el servilismo hacia los de arriba y envilecimiento hacia los iguales. Podría decirse que señor Anselmo representa los valores tradicionales del jíbaro y que su condición inmovilista lo aboca al desastre. Pretende un imposible al querer conservar a su familia aislada, al negarse a aceptar que su preciada hija sienta la natural inclinación de la pasión amorosa, al trabajar él solo la finca sin la ayuda de otros brazos. Su trágico final nos conmueve, pero nos resistimos a condenar a Yuyo como lo hace su hermana mayor en la frase que pone fin al relato. El lector actual, en cambio, estará de acuerdo con las palabras del abogado defensor de Agapito en el juicio:

El fallo absolutorio de este tribunal [...] no alcanzará a restituir su honor en toda su integridad a esta dama, víctima de la educación de su familia. Hasta aquí no llegan las modernas corrientes del progreso, [...] no queremos que se nos hable de la libertad de la mujer [...] Acostumbrados a tratar a la mujer como algo nuestro, de nuestra exclusiva y caprichosa propiedad, [...] como una bestia de trabajo fácilmente explotable, como un instrumento sensible e inagotable de placeres exquisitos, no concebimos, no podemos explicarnos que la mujer ascienda a nuestra altura, [...] Y así, cuando vemos que una mujer abandona su hogar paterno, persiguiendo el mejoramiento de su existencia, o buscando otro cauce a sus iniciativas, a sus aspiraciones, u obedeciendo a secretos impulsos de su corazón, la execramos, la condenamos injustamente sin oírla.

Quizás quisiera el autor que el público puertorriqueño de comienzos del siglo xx se adhiriera también a ese discurso, que se cuestionara si Yuyo realmente traiciona a su padre y a su familia o es una víctima de su estirpe y su entorno; y tal vez por eso tituló la novela con el nombre de esa mujer. No obstante, a pesar de que Miguel Meléndez Muñoz fue un escritor comprometido con el mejoramiento de la vida del campesino puertorriqueño, consagrado a estudiar los problemas socia-

les del jíbaro y dedicado a crear una conciencia cívica respecto al abandono total en que vivía, *Yuyo* no es una novela de tesis. No podemos deducir un mensaje claro, pues ni la conducta de Yuyo ni la de su padre Anselmo es consistente desde un punto de vista narratológico. Pero es que, como decíamos al principio, lo realmente estimable de esta novela no es el conflicto que plantea la trama, sino la autenticidad con la que estampa la manera de pensar, de sentir y de actuar del jíbaro puertorriqueño, un modo de vida ya caduco que el texto documenta fehacientemente haciéndolo transcurrir entre sus páginas.

YUYO

Yo desafío a la criatura más versada en disparates a que averigüe el origen lógico, natural, de la palabra que acabo de escribir como título de esta novela. Habrá quien suponga que es un vocablo que utilizaron los aborígenes de esta tierra para designar un objeto, o para expresar un pensamiento, o un deseo, y Yuyo es... Obdulía, nombre propio de mujer, sencillamente. ¿Por qué? ¿Una razón? Pues... por economía.

El campesino economiza ideas y palabras... y sílabas; su situación anómala sugiérele la manía de guardar, de economizar, de comer poco y mal hoy para comer otro poco mañana, pensando continuamente en las contingencias del salario y en el escaso y problemático producto de las ventas de frutos, si cultiva la tierra por su cuenta, en una parcela de su propiedad, o en calidad de arriendo, o *a medias*... que siempre le resulta calcetines.

Su fraseología es económica, el mundo de sus ideas reducido y estrecho, encajonado, alambicado, y posee una gracia *sui generis*, instintiva, para arreglar a la comodidad y economía de su lenguaje los nombres que

traen sus hijos; porque es tradicional, un precepto, un principio imprescriptible: el rorro ha de llevar el nombre que indica el almanaque, el día que le cabe en suerte nacer. ¿Que resulta feo, el nombre, ridículo o desusado?... , ellos lo arreglan a su modo, con su imprescindible economía, desde luego. Por eso a Obdulia la conoce todo el mundo —el pequeño mundo, formado por sus familiares y relacionados— por Yuyo.

Yuyo arribaba, como nave coquetona que, poseída del poder de sus máquinas, se deja mecer por el arrullo de las olas y sigue su inquieto y caprichoso vaivén, a la edad peligrosa, comprometedora de la mujer. Su cuerpecito de muñeca, de delicadas delgadeces, iba vaciándose en otro molde, en el molde sublime de las redondeces y las curvas de la mujer. Yuyo, infantil y tierna, delicada y sensible, iba transformándose en la mujer exquisita, inagotable para el amor. Tierna y sentimental, el amor había de encontrar en su delicada sensibilidad algo suyo, de su indiscutible propiedad, que seguiría su carrera triunfal, como van los ríos que nacen en las selvas, o surgen en las montañas, a perderse en la inmensidad del mar.

Yuyo era la preocupación constante de *señor Anselmo*, el autor de sus días, hombre que no sabía el alfa de los grandes problemas que torturan nuestras almas complicadas de civilizados hastiados de la vida, o agotados

por el placer y el abuso de los refinamientos del progreso, pero que tenía sus temores sobre el porvenir de su hija. “¡Ah!, el que se case con mi hija tiene que sel un hombre e velgüensa. ¡Caray! No la estoy educando a la mano pa’ que venga cualquier hijo el demonio a abusar e su probesa. Eya es inosente como una palomita, no sabe e mundo, pero aquí estoy yo que je corío media isla, y sé del palo que me rasco. Ya digo: a Yuyo jay que pujala como güena... Y que a mí no me contenta naide con palabritas dulces y agua emelao, que en yegándose ahí lo mesmito peleo en mi gayinero que en el Corosal”.

Y el viejo cumpliría su palabra, porque Yuyo era su encanto, lo que más quería y estimaba del largo y extenso desdoblamiento de su personalidad. El ambiente, tal vez, favorecía sus planes conservadores: *su hija crecía arrullada por el cloquear molesto y monótono de las gallinas*, y por el gruñido satisfecho del sultán de la pocilga que solicitaba frecuentemente las caricias de las odaliscas de su serrallo.

Una tranquilidad, sedante, saludable, reinaba en torno de la humilde vivienda. De vez en cuando la última estrofa de una décima que rimaba amores no correspondidos, o condensaba en tres o cuatro frases vulgares el proceso de una pasión, llegaba, imprudente, a herir los oídos de la bella chiquilla. En lo demás, nada alteraba

la vida sencilla de la familia de Yuyo. Sus hermanas iban al pueblo a hacer las compras para ellas y sus chiquillos, cuyos padres nadie sabía dónde estaban; pero Yuyo no las acompañaba, porque señor Anselmo siempre tenía un pretexto, un consejo, o una advertencia para impedir que las acompañara.

Aquéllas —sus hermanas— habían sido jóvenes y bonitas como ella, y ahora sabían por experiencia, personificada en aquellas inocentes criaturillas, para cuyo sostenimiento tenían que imponerse privaciones y sacrificios, cuánta razón tuvo el poeta cuando exclamó, en un arranque de lírica sinceridad, tal vez al repasar la larga lista de honras y virtudes por él humilladas y comprometidas: “¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!”.<sup>8</sup>

Cada una poseía un centenar de consejos triviales y sencillos, a los que concedía grandísima importancia, considerándolos como panaceas eficaces para evitar que el amor se filtrara en el alma de Yuyo, que se abría a él como la flor que suelta el broche de su corola para

<sup>8</sup> Verso perteneciente a “El panteón del Escorial” de Manuel José Quintana y Lorenzo (1772-1857). En este poema dramático, el autor reúne a varios personajes históricos, entre ellos, Isabel de Valois (1546-1568), de quien proviene la intervención citada. *Obras completas del excmo. señor D. Manuel Josef Quintana*, Madrid, Felipe González Rojas, 1897, p. 229. <<https://bit.ly/3MtWYQE>>, [consulta: abril de 2022].

que el aire, a quien entregó antes su perfume, se lleve muy lejos, muy lejos, adonde no haya flores ni perfumes, su polen prolífico, para que las flores no se acaben, para que el perfume no se extinga.

Todas hablaban por *esperencia*, por triste y dolorosa experiencia, todas sabían que era *malo* querer a los hombres, sin ciertas condiciones que reglamentan o legalizan el amor.

¿El hombre es malo?... Hombre..., yo creo que los filósofos y las mujeres se empeñan en hacerlo más malo de lo que es.

Las tres hermanas de Yuyo, Crispina, Chelia (Sergia) y Lojo (Eulogia), dejaban salir de sus labios los deprimidos y despectivos conceptos que se habían formado del hombre malo —para ellas todos los hombres eran iguales— que seducía a las mujeres, les prometía lo que ni remotamente pensaba cumplirles, y luego las abandonaba a su suerte, como arrojan ellas las flores que les prestaron su perfume y que en el calor de su seno ardiente encontraron la muerte, secas, marchitas, como inútiles pingajos que han de purgar en el arroyo la culpa, grandísima e imperdonable, de exhalar perfumes y de ser hermosas.

—Mira, Yuyo —decía Crispina, arrugando el entrecejo y accionando con la paleta de lavar ropa—, ten cuidado con los hombres... Toítos son iguales, ni me-



jores ni piores: toos son lo mesmo. Les da una lo que le piden y no saben ni agradeles el favol: son unos malagradesíos y unos agusadores... Mientras no consiguen lo que quieren, too son arrumacos y morisquetas... “¡Ay!, qué bonita es usté, qué simplástica, qué güena”; que si tiene una mata e pelo asina e lalgo —y extendía el brazo con la paleta como demostración—, que si su’sojos paresen dos brasas e candela, que si una resueya esencia e pacholí... ¡Bay!, no encuentran más cosas que sacale a una. Y una, mentras tanto, cayá, polque ésas son palabritas dulces que la julgan a una pol entro, y que la güena criansa manda que no se contesten. Y después, jija, después: “Negrita, dame un besito”..., y una afloja y da el besito, y más talde le registran a una toas las clavijas del cuelpo y empiesan a jasel comparansas... Que si una tiene esto como dos aguacates maúros, que si tienen goldas las batatas e las pielnas, que si tiene la senturita como una avispa y el cuelpo como una jamaca, y de comparansa en comparansa le registran a una toos los rincones el cuelpo... Al prensipio, suaveditos, blanditos, más dulces que una batata mameya, y después que una dise que sí y la jalan pa’ ónde quieren, se va menguando su cariño, se ponen más serios y... se juyen y no güelven. Pero, ¡bay!, mira el ejemplo —y señalaba hacia el sitio en que dos criaturas, sus hijos, frutos de los amores que describía con su pintoresca dicción, se

revolcaban sobre un charco de agua cenagosa, a la vera del batey de la casa paterna.

Yuyo oía sin explicarse ni comprender la mayor parte de los reproches y los denuestos que Crispina dedicaba a los hombres. Abría los ojos, sus grandes ojos negros que acariciaban siempre, y se sonreía como si le contaran historias fantásticas y estupendas, como aquellos cuentos trágicos e infantiles que su madre le contaba, mientras la mecía en la hamaca, a la puesta del sol. ¡Qué sabía ella de los hombres! ¿Había hablado alguna vez con alguno de ellos? Nunca. Y los consejos extemporáneos, por un lado, y, por el otro, el afán de su familia por inculcarle un odio que no podía albergarse en su alma sencilla e inocente, que no sentía, que no podía sentir, porque nada le habían hecho los hombres, inspirándole el deseo de conocer, de tratar de cerca a aquel monstruo, cuyos crímenes le relataban a todas horas.

La conversación se animaba. Crispina continuaba pensativa, con el ceño fruncido y blandiendo la paleta como si quisiera apalea a algún ser invisible que la persiguiera.

Yuyo, sentada en cuclillas, las miraba a todas paseando su mirada de idiota por el grupo, y mirando alguna vez que otra con espanto, con recelo, a la vereda que se perdía en una estribación de la montaña, como si por allí, emergiendo del río, cuyo cauce delimitaba

la perspectiva del paisaje que los rodeaba, hubiera de presentarse a decirle palabritas dulces el hombre maldito que seducía a las mujeres y después las abandonaba, dejándolas, como indispensable recuerdo de su pasión, de su amor de un día, un par de criaturas mofletudas para que se revolcasen en el cieno de la charca.

Sergia, que acababa de tender una ropa almidonada en el *palenque* de mayas que cercaba el batey, se volvió hacia el grupo, y clavando sus ojos sobre Yuyo y cerrando los puños, se adelantó hacia ella. Las demás callaron. Yuyo apoyó su rostro en la palma de las manos y prestó atención. El tema era inagotable para aquellas mujeres.

—No les jagas caso, Yuyo, júyeles; los hombres son el *pájaro malo*.

—Sí, sí —continuaba Sergia—, tú no sabes lo malditos que son. Alégrate e no conoselos y Dios quiera que nunca se te arrime ninguno a sonsacalte. Son atrevíos, muy atrevíos; toíto lo encuentran breve y acomodao. ¿Que papá no quiere?... “Yo le jablo, lo jalo pa’ abajo el mangó y se lo digo y te pido y como él sabe que conmigo no hay dalia, que yo soy un hombre e trabajo, que no fiesteo y que pueo cojel obligaciones, me dise que sí, que ese es mucho honol pa’ la familia y...”, a volal pichones. ¿Que yo sé que tú eres un prospasao con las mujeres?... En seguía tienen salía... “Caray, nojotros

no semos e palo, y como pui hay mujeres que se pelan pol lo’sombres, y los buscan y les ponen nasos y tarrayas pa’ pescalos, y uno cae y pica la calná. Y si la calná es mala, ¿quién va a pical dos veces?”. ¿Que me jan dicho que tú no tienes en qué caelte muerto?... No se quean cayaos... “Mira, ésas son convelsaciones e la gente del barrio que no me pue vel porque yo no les jago caso. Yo tengo dos cueldas y dos cuadros e café en Carite; una vaca paría e chiquito y otra próxima; sinco puelcas guarras y dies lechones jembras espeldigás en la finca; una bestia e calga que me costó veinte pesos dos años ante e la guerra y un cabayo e siya e paso taconeao que compré cuando el *canje*,<sup>9</sup> y no debo más que setesientos pesos... y pico en casa e los Gayales”. ¿Que tú me vas a olvidal, que tú me quieres pa’ pasal el macho?... Antonses jay que oílos. Se enojan, se enfunchan, se ponen jinchos y coloraos, y vaya usté a paral los bolbotones e palabras que sueltan pol la boca. “Yo te juro pol toas éstas que siempre te quedré, que no je tenía más amol que el tuyo, *que me condene si no es veldá*, que no tenga el *logro de yegal vivo a casa*, si too lo que te digo no es veldá, que me caiga muelto aquí mesmo y el Diablo me yebe y

<sup>9</sup> Referencia al canje de la moneda española por moneda americana a principios de la dominación americana en Puerto Rico. [Nota del autor].

la tierra se junda y me trague si son palabrerías y inventos e mi cabeza toas estas cosas que te digo”. Y asina por el destilo. Dispués vienen los muchachos; se presentan sin que naide los ñame, y aquí estamos pa’ enguyil, y el hombre..., ni el jumo. Y antonces ni puelcas parías, ni bestias, ni cafés, ni na, y si una no tiene un padre güeno, condolio, ¡a pedil caría a ónde se encuentre!

Sergia lanzó un suspiro prolongado, largo, como si le hubiese hecho mucho daño recordar todo aquello que constituía una página de su vida. Ella no había añadido una coma, ni agregado una palabra a aquel relato verídico que acababa de hacer a su hermana: era la historia dolorosa de sus amores, la crónica triste de una etapa de su vida, en la que había aprendido a amar intensamente, con su alma y con su cuerpo, con todo su ser sensible y delicado, y en la que el odio había sustituido en su afectividad a aquella pasión que la lanzó al vórtice de las humanas miserias.

Yuyo bostezaba de cansancio y de hastío. No había pronunciado una palabra, no había hecho una objeción, no había insinuado una pregunta siquiera.

Oía como siempre, como si todas aquellas tendenciosas y pintorescas historias fueran cuentos de brujas o aparecidos, que debieran oírse así: abriendo mucho los párpados, y dejando que las pupilas de los ojos vagasen errantes por las córneas, en espera ansiosa del

espantoso endrúago que podría surgir de los matorrales próximos, o descolgarse del infierno, cayendo de súbito en medio de la reunión.

Había en ella, más bien en su naturaleza que en su alma, un principio innato de negación contra aquellas prédicas pertinaces y pegajosas. No negaba resuelta-mente, ni afirmaba. Como el catecúmeno de una religión, oía, atendía, y esperaba la prueba decisiva, la revelación poderosa, firme, innegable, que formara en su criterio un estado de opinión firme y determinado, para afirmar o negar. Simple iniciada en una corriente franca y resuelta de odio, de aversión, de repugnancia y desprecio hacia el hombre, hacia el ser que no conocía, aguardaba, sin deseirlo, que un día, en un instante, tal vez el más delicado de su vida, llegara el monstruo por sus propios pasos a confirmar en su alma el odio recalcitrante hacia él, que expresaban y sentían sus hermanas, o que diera el más solemne mentís a aquel juicio interesado y malsano, que por un error de apreciación, o de cálculo sórdido, se procuraba mantener porfiadamente respecto de su personalidad.

De todas sus hermanas, había una que hablaba poco sobre aquella cuestión, hecha asunto de familia, ligada a su existencia doméstica, y acoplada a su criterio general, era Eulogia. Cuando sus hermanas *escarmentás en cabeza propia*, como decía señor Anselmo, cogían el

*jilo e la convulsación* y lo *evanaban*, para tejer con fina y apretada malla sus tremendas calumnias contra el amor y los hombres, ella oía como Yuyo, y movía la cabeza asintiendo, afirmando, con el imbécil vaivén de su testa, sin despegar sus labios pálidos, en los cuales había puesto un beso gélido la clorosis.

Eulogia no podía predicar con los vivos ejemplos de sus hermanas, no podía mostrar a los ojos atónitos de Yuyo un par de criaturas barrigonas y sucias que afirmaran con su presencia la maldad del hombre, sus bajos instintos, sus pasiones perversas, su eterna inconstancia, su apego instintivo, ineludible a la práctica fiel del *crescite et multiplicamini* que las religiones y la civilización reglamentaron para constituir la familia como entidad civil.

El mutismo de Eulogia, su impenetrable impassibilidad, cierta palidez que velaba su rostro, blanco como una azucena, cuando cualesquiera de sus escarmentadas hermanas hablaban de aquellas cosas, habían intrigado a Yuyo más de una vez. Ciertas indiscreciones, sorprendidas a sus hermanas en misteriosos conciliábulos, habíanle hecho pensar mucho sobre aquel enigma de Lojo —Eulogia— que no hablaba y movía la cabeza con bovina pasividad.

Lojo tenía también su historia, historia de amores, corta, callada, sin escándalos y sin consecuencias. Lojo conocía entonces al hombre, al ser excepcional que exe-

craban y despreciaban sus hermanas, ¿por qué no hablaba? ¿Por qué no emitía su opinión? ¿Por qué no decía algo para defender o condenar al hombre? Sus motivos tendría...

Estas cavilaciones, la vigilancia que sobre ella ejercía alguno de su casa a todas horas del día y de la noche, aquellas conversaciones constantes, diarias, cuyo tema era siempre el mismo, el encarcelamiento en que se le tenía so pretexto de que peligraba su honor y el de su familia, la monotonía agreste de su vida sin las naturales expansiones de la juventud, marchitaban prematuramente la bella y opulenta primavera de su vida. Ya sentada en el batey, o recostada en la hamaca, pensaba, entregándose a constantes y maniáticos monólogos, que interrumpía cuando llegaba alguien a la casa. Sus hermanas no se fijaban en aquellas condiciones del ánimo de Yuyo, y continuaban su obra con imperturbable tenacidad.

Y confiaban en el éxito de ella, con esa constancia, con esa esperanza del campesino, que hace todos los días lo mismo, que todos los días habla y ejecuta lo mismo; acariciando siempre la ilusión de que algún día, más tarde, después, luego, vendrá el tiempo bueno, de abundancia, de comodidades, y de holganza continua y absoluta.

## II

Señor Anselmo había recibido aviso del dueño de la finca en que vivía para que fuese a verlo al día siguiente, temprano. La noticia fue objeto de largos y animados comentarios por parte de toda su familia.

—Pa' qué me quedará don Monchito. Caray, me jase pensal esa rasón. A mi se me pasan los años y no lo veo, y nunca me ja mandao una rasón asina. ¿Irá a vender la propiedad? ¿Tenrrá algún ahijao pa' colocalo aquí? —decía señor Anselmo.

Y estas preguntas y estas ideas, tal como se le venían a la imaginación, expresábalas con emoción, nervioso, midiendo a grandes zancadas la pequeña sala del bohío.

—No, papá, será tal vez pa' endilgal algún negocio. Tenrrá que vendel algún ganao y lo nesesará a usted pa' que lo saque e paso, porque usted sabe que él no sabe lo que tiene aquí —decíale Crispina tratando de tranquilizarlo.

—Güeno, jija, yo me voy a tumbal temprano en la jamaca, pa' cogel el camino al amanesel y saber pa' qué me quiere el amo.

Muy temprano, cuando las primeras luces de la aurora entrábase por las mal unidas yaguas del seto del rancho de seño Anselmo, levantose éste ágil y un tanto pensativo. Alcanzó la botija de ginebra, pendiente del techo por una larga cuerda de emajagua, tomó un gran buche de su contenido, puso las palmas de ambas manos frente a su rostro y sobre ellas lanzó aquel líquido con el cual se lavó la cara y el cuello varias veces. Ya Crispina había puesto al alcance de su mano sus aplanchados trapitos de cristianar. Vistióselos, apuró el coco de café *puya* y se lanzó al batey, deteniéndose un instante para recomendar a Sergia, que lo había acompañado hasta la puerta del bohío, que tuviera mucho cuidado con Yuyo.

—Mucho cuidao con la muchacha, Chelia, que nunca falta un entrometió... Yo güelveré tempranito.

—Écheme la bendición, papa.

—Dios me la acompañe, jija.

Y con paso firme y rápido, tomó la vereda que había de conducirlo al pueblo, volviendo constantemente la cabeza para inspeccionar lo que iba dejando atrás, pareciéndole que de cualquier matorral, de la copa de un mangó, o de las ramas de un bucal, podría surgir el hombre, el hombre odiado y temible que se lanzara sobre Yuyo, como una pantera hambrienta sobre su presa.

Y continuaba su camino, separando la rama de un árbol que lo obstruía, empujando con el pie una piedra

con la cual había tropezado, o deteniéndose un momento para saludar al compadre Cico o al compadre Mateo, que se dirigían a sus respectivas faenas.

A medida que iba alejándose de su casa y avanzando en su camino, empezaba a pensar en don Monchito.

—Pero, señol, ¿pa qué me quedará ese hombre? Tantos años que vivo con él y nunca me ja susedió una cosa asina... Jum, yo creo que don Monchito va a vendel la finca... Caray, tengo unas jansias e yegal al pueblo.

Y apretaba el paso, cortando su monólogo, ansioso, escurriéndose por una cuesta, saltando de un brinco un estrecho arroyo, o agarrándose de una rama para salvar un precipicio que le cortaba el camino.

Ya alcanzaba a ver el campanario de la iglesia del pueblo, y unos metros más abajo los tejados de las casas, sobre cuyos techos de zinc descargaba el sol el chorro brillante y cegador de su luz.

Detúvose el caminante un ratito en El Último Trago, tienda situada a la entrada del pueblo, templo de Baco en el cual oficiaban todos los transeúntes que llegaban y los que salían.

Allí, en la puerta, haciendo verdaderos prodigios gimnásticos para conservar el equilibrio de su cuerpo, estaba su compadre Lencho, garatero de profesión, pobre diablo que, habiéndose cansado en la primavera de su vida de trabajar, pasaba el otoño de ella bebiendo copas

de ron y repartiendo alguna que otra bofetada entre los más débiles de la clientela de la tienda, para mantener siempre en el mismo grado su fama de matón decidido y de piadoso perdonavidas.

—Enganche la mascaúra y suba, compae Enselmo...

—No, compae Lencho, voy a vel a don Ramón y no quiero echale na al calabaso...; si no juera pol eso...

—No jinche, pariente, y apropiñgüese. ¿Usted no cre que don Ramón se da sus matracasos también? Y del güeno, compae, de'se de tres estreyas y la maseta, que cuesta vente reales boteya. Suba, suba, compae, sáquese la mascaúra y a...

—Bay, compae, no quiero que usted diga que lo je despreciao, polque usted sabe que nojotros, bay, caray, nos jemos criaio juntos, somos helmanitos, como quien dise.

Seño Lencho, adelantándose hacia el mostrador, dijo con voz aguardentosa, encarándose con el dependiente:

—Vamos, don Deme, póngase ahí dos tomas e ron pa' mí y el compae Enselmo.

—Salú, compae...

—Güen provecho nos jaga...

—Güeno, compae, qué vientos lo jan echao a usted pa' el pueblo —preguntábale seño Lencho a seño Anselmo, apurando la última gota de ron, perdida en el

fondo de la copa, y moviendo sus brillantes ojillos, húmedos y lacrimosos.

—Compae, un acontecimiento —contestábale seño Anselmo—, don Ramón me ja mandao a buscal, disiéndome que juera a velo pa' jablal connmigo, y ayel recibí la razón y je vinío ensiguío pa' vel pa' qué me quiere. Usted sabe que jase mucho tiempo que estoy con él, bay que soy e la casa, y nunca y nunca, y nunca, en jamás, me vía mandao a buscal pa' na. Yo tengo mi tucutucu, caray, seño Lencho, y no je podío dolmil en toa la noche. Voltea de aquí, voltea de ayá, y se ja pasao la noche sin que pudiera serral los pálpagos...

—Jum, compae, jabra el ojo con ese peje, pol que se lo traga...

—No, compae, no, don Ramonsito es güeno. Yo no me pueo quejal d'él...

—No se fíe, compae —decíale seño Lencho—, yo me alabo e conosel a toos los jaibas e aquí. Don Ramón es una tintorera. Esa estancia, las casas que tiene en el pueblo, too eso se lo tiene que yebal el Diablo, polque don Ramón... al que coge por medio, lo jiende... Usted lo ve ahí dolmío enconchao, con su risita... “¡Ahí, sí seño!, pase usted, asidéntese, ¿qué tal, hombre, qué tal? tanto gusto, a qué debo el plasel”..., y mientras tanto, está afilando los colmijos pa' sacale algo... Polque compae, tiene unos colmijos, que ni Columbia, el ele-

fante e Pobiyones.<sup>10</sup> Este hombre es too barriga: jala pa' dentro y nunca afloja... No se espabile y verá lo que es amol e gato.

—Güeno, yo voy, a la güelta nos veremos y tomaremos la otra... —dijo seño Anselmo, cortando la conversación de su compadre, y dejando sobre el mostrador una moneda en pago de las *tomas* que habían tomado; porque seño Lencho convidaba, era verdad, pero también era verdad que no pagaba nunca.

Don Ramón Álvarez, de cuyo carácter había hecho una pintoresca e intencionada descripción seño Lencho, dejando hablar por sus labios la maledicencia, no era precisamente el tipo con tan vivos tonos descrito por él, ni tampoco era un superhombre, ni un modelo de honradez y probidad.

De sus mayores heredó una cuantiosa fortuna y su sangre, y con ésta ciertos hábitos que recordaban las principales virtudes de su madre, una campesina sana de cuerpo y alma; y la ambición, el desmedido afán de convertir en dinero materias comerciables y conciencias, que presidió todos los actos de su padre, cuya capacidad y poca escrupulosidad en los negocios le valió, en su tiempo, el mote de Fiera.

<sup>10</sup> Pubillones, circo que recorrió la Isla alrededor de 1900. [Nota del autor].

No heredó de su padre, ni con su ejemplo aprendió, aquella laboriosidad que lo hizo despreciar y aborrecer todo lo bueno que tiene la vida para dedicarse, con la constancia y la fe de un apóstol, a aumentar su fortuna con la fortuna y el trabajo de los demás. No trabajaba, no era laborioso, dedicábase a negocios de escasa importancia cuando se hallaba en la completa seguridad de que duplicaría el capital que invertía en ellos.

Conservaba aún la propiedad de algunas fincas, que no le producían nada y en las que mandaban, hacían y deshacían, como verdaderos dueños, los que en ellas vivían en calidad de mayordomos, medianeros o encargados.

Los refinamientos de su educación, la seguridad de que lo tendría todo, mientras viviese, hacíanle descuidar la administración de aquel capital heredado. Últimamente, pensaba dedicarse a grandes negocios para los cuales necesitaba realizar varios bienes raíces que no sabía hacer producir.

Preocupábale la posesión de aquellas fincas lejanas, de aquellas tierras distantes que nunca visitaba creyendo que en los hombres de trabajo y en la naturaleza tenía grandes y conjurados enemigos de ellas, que se las arrebatarían para gozarlas, para poseerlas con la lujuria impetuosa de la virilidad inagotable, que las fecundaría haciéndolas ricas y productivas.



Había encontrado compradores para ellas; pero nadie quería pagarlas por lo que en su concepto valían, y había decidido *agregar* a ellas gente trabajadora y laboriosa que las transformasen en pródigos veneros de riqueza, para poder venderlas entonces, en la seguridad de que valdrían más por el esfuerzo constante y tenaz de aquellos hombres, los cuales, por la tercera parte de los frutos que produjeran las tierras, se encargarían de hacerlas productivas y fértiles.

Por eso había llamado a señor Anselmo, encargado de una de sus fincas, en la cual residía éste con su familia, mientras la lujuriosa y espléndida vegetación tropical cubría de zarzas, plantas trepadoras y descomunales malezas los cafetos y la tierra, que sin cultivo, sin la prolífica fecundación del hombre, abortaba plantas ruines y raquílicas, para decirle que había que trabajar allí; que había que inferir profundas y grandes heridas en la corteza de aquella tierra, extensas sangrías para que de ellas brotara la abundancia, las grandes e inmensas cosechas que llevarían a sus arcas aquel dinero que necesitaba para legarlo a sus hijos como lo había recibido él de su padre.

Y para eso había que *colonizar* la finca, que ofrecer lo que no se pensaba cumplir, para que, al cebo de las arteras promesas, acudieran los incautos trabajadores que realizarían aquella obra de fuerza, de constancia y de labor

penosa e ingrata. Ya tenía dados sus pasos: había conseguido en esas condiciones una familia, compuesta de cinco hombres, honrados, y de dos mujeres que trabajaban con ellos, la cual tomaría pronto posesión del número de cuerdas de terreno que se le adjudicaba para su labor.

Señor Anselmo entraba en la casa de don Ramón, un antiguo caserón de madera, remendado y zurcido todos los años, porque siempre amenazaba dar en tierra con sus estantes carcomidos y sus tablas apolilladas.

—Güenos días... ¿Don Ramonsito está arriba?

—Sí, pase. ¿Usted es el hombre de Carite que él está aguardando? —preguntábale la criada que encontró a su paso.

—Sí, señora...

—Pues suba por aquí. Él está en aquel aposento grande e la isquienda...

Don Ramón salía a recibir a señor Anselmo.

—¡Oh, Anselmo! No sabes cuánto me alegro que hayas acudido enseguida a mi cita... Bien, bien; pero siéntate —y le señalaba una silla al lado de una mesa escritorio, ante la cual él había tomado asiento.

—Usted dirrá pa' lo que me quiere, don Ramón. Yo je estao toa la noche pensando, caray, en su razón, sin podel aseltal en la cosa... Tan pronto me pensaba que usted había arrendao la finca, como que la había vendió, o que le habían venío con algún cuento e mí...

—Nada de eso, Anselmo. Tranquilízate, ahora sabrás para qué te he mandado a buscar. Tú sabes que esto está muy malo. Todos los años encuentran un motivo los tasadores (esos americanos que andan por ahí a caballo, cuando empiezan las primeras aguas de abril, mirándolo todo y apuntando) para subir los valores de las fincas, de las anteriores tasaciones que hicieron sobre la propiedad inmueble... Que si la tierra es de tabaco, que si es de caña, que si es vega o sobre vega, total: pretextos para aumentar la tasación unos miles de pesos y reventarnos a los contribuyentes... Y..., figúrate, los tasadores aumentando los valores, y los frutos sin mercado. El café sin precio, regalado, que no paga los gastos que ocasiona su cultivo; el tabaco a merced del primer especulador sin conciencia que explote nuestra mala situación para llevárselo al norte por la mitad de su valor, y nosotros arruinándonos, expuestos a quedarnos en la calle, si esto no cambia...

—Ah, sí, señol —decía Anselmo, asintiendo con su testa cuadrada, en la que unos hilillos de azabache confundíanse con los grandes y apelonados copos de algodón amarillento que la enmarcaban.

—Así las cosas..., he pensado, como comprenderás, explotar todas esas tierras que no me producen nada, para evitar mi ruina y reponer mi capital quebrantado...

—Pero, don Monchito, si ayá no se jase na es porque usted no da vida, porque usted no quiere inviltil na, y usted sabe que dinero jase dinero... Aqueyo está peldío. Las malesas se jan comió los pastos y las salsas y los bejucos jan enterrao los cafés...

—Pues por eso —interrumpió don Ramón— es que te digo que hay que trabajar duro y para ello necesitamos brazos, gente de trabajo y de buenas costumbres, que no pierda el tiempo. Estoy decidido a trabajar, a hacer que aquello me produzca, y voy a empezar por agregar en la finca de Carite a una familia muy buena, que tomará veinte cuerdas de tierra para trabajar al tercio.<sup>11</sup> A esa familia seguirán otras y otras, hasta que no quede allí un palmo de tierra sin cultivo...

—Entonses, don Ramón, yo buscaré dónde acomodarme, porque si usted jase cuentas e metel gente asina en las propiedades es porque nojotros estamos e más ayí...

—No, hombre, no es eso... Tú puedes escoger el número de cuerdas que quieras para trabajar con tu familia, y te concederé mejores condiciones que a los demás. No tengo inconveniente en ayudarte con dinero, lo que no haré con los otros, para que siembres lo que quieras...

<sup>11</sup> La tercera parte de lo que se produjera es para el dueño de la propiedad. [Nota del autor].

—Agradesío, don Monchito; pero usted sabe..., bay, que nojotros, yo y mi familia, semos gente quitá e buya y en cuantito comiensen a agregarse otras familias, va a güelvelse aquello un pueblo y...

—Hombre, no creo que te vaya a molestar nadie. Todos los que vayan sabrán, porque yo se los haré saber, que deben guardarte a ti ciertas consideraciones y respetarte por tu antigüedad en la finca... No es que te bote, ¿entiendes? No he pensado en eso, y creo que me he explicado con bastante claridad.

—Eyo, don Ramón, no es que me figure lo que usted dise...; pero yo tengo mi familia acostumbrá a la tranquilidad, a la soleá, y dende el momento que haiga más gente que ella, va a sel pa' disgusto y chismeras, y como yo sé que siempre voy a tenel que dilme, me voy agora en pas e Dios y sin contumelias con naide... Si usted quisiera..., eso que va a jasel esa gente, podría jáselo yo también. Yo sé trabajal, entiendo e siembras el campo lo que entienda cualquierita, y podría tomale la finca como los otros con la garantía e mi pelsona...

—Eso es imposible, Anselmo. O no me has comprendido, o has perdido el juicio... ¿Cómo vas a hacerte cargo tú solo de una finca de doscientas y pico de cuerdas, en la que hay que trabajar fuerte un par de años para transformarla? ¿Qué vas a hacer, aun suponiendo que tu familia, que las hembras de tu casa, vayan a arar la tierra, cuando

allí se necesita mucha gente, muchos brazos, mucha fuerza para emprender esa obra? Reflexiona, hombre. Déjate de músicas y no pienses en disparates y tonterías. Un hombre solo, como te he dicho, y a tu edad, no puede pensar en meterse en camisa de once varas. Y suponte que yo te concediera lo que quieres, tendrás que llevar peones, que buscar gente para trabajar, y... ¡adiós tranquilidad y soledad!

—Pero, don Ramón, don Ramonsito, don Monchito, póngase en mi lugar, ¿qué va a sel de las muchachas con too ese revolú... Cuando comiense a yegal gente y más gente, a cogel confiansa y a entrometelse en las cosas e uno... Bay, o usted no me entiende, o yo no me desplico...

—Sí, hombre, yo te entiendo. Ya veo lo que tú quieres; pero comprendo que no piensas bien y que pretendes un imposible al querer conservar a tu familia en salmuera... Y, además, me parece que han dicho que en tu casa no hay muchos motivos para temerles a los hombres, porque por allí han pasado antes de ahora... No sé. No acostumbro a intervenir en la vida privada de la gente que trabaja conmigo; pero me han dicho algo así..., no recuerdo... no estoy seguro. Y, suponte, algún día se han de casar tus hijas, porque por aquí no hay conventos, y creo que tú no pensarías así cuando te hallabas en las mismas condiciones en que estarán los pretendientes

que puedan tener las muchachas. En fin, hijo, nuestra entrevista se prolonga demasiado y tengo que atender otras cosas. Lo dicho: el lunes se irá para allá la familia de que te he hablado, acomódala en la otra casa, y tú te quedas trabajando como hasta ahora, y atendiendo tus siembras, lo que puedas trabajar... ¡Y Dios libre que vuelvas a decirme que te quieres ir!... Siempre he creído que tú eres incapaz de darle un disgusto a quien como yo no ha hecho otra cosa que protegerte, aconsejarte bien, procurar que nunca te falte nada. Si es que debo pedirte favores, te suplico que te quedes... y, ¡adiós!

—Bay, ¡adiós, don Ramón!, y procuraré complaselo; pero a la primera que me jaga esa gente, me voy, conquero ya lo sabe... Polque en tocante a la familia, no quiero cuentas con naide, jaunque estoy muy agradecido de su procedel conmigo... Adiosito, y que se conselve...

Seño Anselmo salió, dando vueltas en sus manazas a su sombrero de paja. Cuando puso sus pies en el primer peldaño de la escalera, miró hacia atrás. Don Ramón no venía, como otras veces, a despedirlo hasta la puerta, se había quedado en su habitación, arreglándose para salir a la calle.

Seño Anselmo reflexionó sobre la escena en que acababa de tomar parte. De sus labios gruesos y tostados por la intemperie y el tabaco, desapareció aquella

sonrisa bonachona, humilde, casi angelical, que se había estereotipado en ellos, durante su larga entrevista con don Ramón; la expresión de su mirada adquiría inusitada fiereza; en la penumbra de la escalera, brillaron sus ojos como dos puntos fosforescentes, y levantando su brazo derecho como una maza formidable y señalando hacia la habitación que acababa de abandonar, exclamó, dando a sus palabras la expresión de un rugido sordo, que hizo estremecerse el aire como si lo hubiera surcado una rápida corriente eléctrica:

—¡Premita Dios que te jundas, condena! ¡Maldito sean tus reaños!

Y de un salto, con agilidad felina, salvó los escalones que lo separaban de la calle y echó a andar por ella escurriéndose entre los transeúntes, tropezando con ellos y atropellando a todo el que encontraba en su camino.

Seño Anselmo había sido vencido en aquella lucha oral que con tanto calor acababa de sostener. A sus pobres y escuetos argumentos, había opuesto otros su interlocutor, derrotándole, no por la fluidez de su palabra, ni el poder de sus ideas, sino por la oportunidad y la táctica de su dialéctica vulgar y corriente, pero expresiva y convincente ante la argumentación mezquina de su agregado, en la cual la ruindad de su palabra era incapaz para expresar las múltiples razones que se le ocurrían.

El esclavo se rebelaba lejos de la influencia de la palabra melosa y de la imponente presencia de su señor. El respeto, la sumisión, el miedo ancestral habían dibujado en los labios gruesos del pobre jíbaro aquella sonrisa beatífica a la que sustituyó la expresión feroz de despecho, de rabia, de medroso coraje que acabamos de observar. Extraños y opuestos sentimientos libraban en su alma descomunal batalla.

¿Por qué no había de volver a aquella casa y erguirse arrogante y altivo ante la presencia de don Ramón y decirle que no quería nada, que no necesitaba su hipócrita e interesada protección, y que se bastaba él solo, con el esfuerzo de sus brazos para remover el mundo? ¿Por qué no había de llegar ante él y decirle con rudeza, con valor: yo he adquirido derechos en tu propiedad que no cultivas, que no ha recibido jamás la fecundación de tu sudor, y allí mando yo, porque yo soy el amo por derecho natural? ¿Por qué detenerse, por qué guardar consideraciones y meticulosos miramientos a quien no se detenía a pensar en la situación que le creaba?

¿A qué temía, qué podría hacerle aquel hombrecillo raquítrico, enfundado en una levita que parecía una sotana, si sus manos blancas y finas no tenían fuerzas para esgrimir un bastón? ¿A qué temía, si de un soplo, con la ligera presión de una de sus manos callosas y recias podía derribarlo, podía suprimir aquella existencia

miserable? ¿Por qué no había de ser valiente alguna vez ante los grandes, él a quien temían y respetaban sus iguales?

Y se detenía en medio de la calle, dispuesto a ejecutar sus pensamientos; pero algo más fuerte, más poderoso que su voluntad, débil y enferma, casi atrofiada, lo sujetaba, clavándolo al suelo, en pleno arroyo. Hacía otro esfuerzo supremo, adelantaba algunos pasos, y volvía a detenerse. Su impotencia lo encolerizaba. El desaliento, el cansancio que producía en su temperamento aquella lucha, se reflejaban en su pálido semblante de vencido, de imbécil derrotado, y volvía a emprender su camino, resignado, con la resignación del débil, del abúlico, que no ha sabido nunca hacer de su voluntad una terrible arma de combate.

Deseaba llegar pronto a su casa para tenderse en la hamaca y pensar allí, un tanto calmado, lejos de aquel bullicio que confundía más sus ideas, en la tranquilidad sedante de su ambiente, lo que le convenía hacer. Pensaba que debía hacer algo, ya que no se había atrevido a cumplir lo que creía su deber delante de don Ramón.

Pasó frente de El Último Trago. Allí estaba, tendido encima de unos sacos de arroz, señor Lencho, que le hizo señas para que entrase. Quiso evadir la invitación, pero ya señor Lencho había sacado el busto fuera de la puerta y le gritaba con su vozarrón aguardentoso.

—Vamos, compae, déjese de cumplíos y suba, pa' que nos demos el último palo. No sea bobo, que en güenos días no va a podel tirarse un jinetaso e romo como éste.

—Bay, compae, yo no pueo decile a usted que no...

El dependiente servía el ron que le había pedido seño Anselmo. Éste tomaba en sus manos los dos vasos y entregaba uno a su compadre, pronunciando la frase sacramental:

—¡Salú!

—Igualmente, compae.

El licor animaba las facciones hinchadas de seño Lencho; sus ojillos hundidos detrás de sus pómulos amoratados, se animaban y giraban en sus órbitas sanguinolentas como dos grandes cuentas de azabache.

La necesidad de comunicarse, el febril deseo de expansión que comunicaba a su organismo el licor ingerido, prestábanle cierta actividad nerviosa a su cuerpo hidrópico, y la palabra fluía de sus labios agrietados, interrogante, curiosa, insolente y majadera.

—Conque jabló con su amo, compae...

—Sí, compae. Me ñamó pa' disilme que quiere que la finca le produte y necesita metel gente, mucha gente ayá pa' sacále algo a la tierra.

—Caray, y ese hombre no se confolma con too lo que tiene y quiere más entoavía...

—Dise que está arruinao, compae. Que tiene que trabajal duro pa' componel su capital... Usted sabe lo mucho que jabla él. Me ja tenío dos horas ayí, dale que dale, y je tenío que desile que sí a toas sus emprouestas...

—Es lo que yo digo, compae, ustedes se meten en la ratonera y no saben ni comelse el queso. Esa gente no se pué tratál asina, con dolsura. Jay que trátala con co...raje. Si usted se jase blandito, se lo almuel-san, como tres y dos son sinco. Eyos jablan más que nosotros, saben e pluma y papeles y nos emborujan en un dos pol tres... Tienen la justicia empuñá pol la barriga, y cuando ven malas y no buenas, pelan seguío por el jue y la pulisía pa' metelnos los mochos. Pol eso, compae, conmigo no hay budín...

—Sí, compae, too lo que usted quiera. Too eso es veldá, la pura veldá; pero... asujétese, compae, y no meta la pata.

—Usted no me va sacal de la cátsel, los atropeyos, y toas esas cosas, y después la miseria y las resultas e ponerse e malas con la gente e arriba; pero agora yo le digo a usted, ajumao y too como estoy, ¿qué se jecha usted en el bolsiyo con estal machaca que te machaca, años y más años, si siempre está usted lo mesmo? Probe hoy, probe mañana y toos los días jo...roba.

—Así mesmito es, compae; pero... déjeme desplialme y no me ataje, ¿y la familia, y los sijos?, ¿qué va

a sel de eyos si uno no trabaja y se deja dil por la corriente? ¿Dejalos moril de jambre? ¿Dejal las probes muchachas que se tiren a la rompía con cualquier sinvelgüensa que les vaya a jasel malas empropuestas? No, compae —argumentaba seño Anselmo, poniéndose una mano sobre el corazón, y sujetando con la otra a seño Lencho para que volviera a su trono de los sacos de arroz—, esas cosas jay que pensalas mucho pa' jaselas dispués... El hombre debe trabajal por obligación, pa' el y pa' su familia, mentras puea apechal a cualquier clase e trabajo, polque toos los trabajos, toítos, compae, son güenos...

—Párese, párese, compae, que se le va la yegua... A usted no lo salva ni santa Bárbara, mentras piense asina. Éjeme esepitalme, y dispués coge usted el jilo de la convelsación. Dígame, ¿cuántos miles e pesos tiene usted gualdaos? ¿Cuántas cabezas e ganao, y cuántas cueldas e terreno? ¡No tire!... Aguáldese, no me conteste, que yo sé que usted está más pelao que un chucho. ¿Usted piensa tenel dinero juntao, más talde pa' no trabajal cuando le salgan tataratas en los ojos y le den calambres y romatismos?

—Pa' eso estoy trabajando, dende muchacho y quiero seguil esa malcha...

—Güeno, pos mire, no trabaje más, no se mate asina, polque le van a salil jasta avisperos etrás e las orejas

y no va a vel ni vente riales juntos... Compae, no piense en pejes e colores, que aquí no hay más que guábaras y bruquenas...; y lo demás, los pejes grandes, se los comen las tintoreras como don Ramón...

—Sí, compae, pero la familia, la familia...

—¡Ah, compae! Se ja parao usted en el lugal más resbaloso e sus peros. ¿La familia?... ¡Que se vaya a tiral piedras al río! Si usted se pone a pensal en tantas cosas no le va a quedal ni tiempo pa' morilse, y se va a dil medio vivo pa' el otro mundo. La familia..., ni se ocupe, compae. Cuente que eya no va a jasel na pol usted, cuando usted esté paralí, tumbao en una jamaca...

—Compae Lencho, usted desajera. La familia es siempre la familia, y pol malas entrañas que tenga, siempre la sangre ñama y nos amarra a la gente e nojotros. Y si uno ja sio güeno con eyos, no pue crial hijos ingratos...

—Compae Enselmo, usted está cruíto: los años no le jan enseñaio naíta, naíta. Usted es un sagalón asina —y señalaba con su mano derecha, guardando el equilibrio con la izquierda, la estatura de seño Anselmo— con el pelo blanco y la cara yena e arrugas y jorobao, pero el corasón vilgen, como los montes e Carite. Y disen que los golpes enseñan... y usted está aporreao y maldita sea lo que sabe de estas cosas que estamos convelsando. El trabajo, la familia, el olden, la justicia, too eso me lo

paso yo pol aquí, polque son boberías pa' espantal muchachos, y cuando me jasen peldel la pasensia, me tiro un palo e romo, y que se vayan toos al...

—¡Ah, compae, quién juera como usté!

—Pues, compae, too el que le dé la gana. Yo je trabajao como usté, usté lo sabe, yo je tenía familia y je ambisionao... como usté; pero cuando vi que too eso era el cuento e nunca acabal, y que no jasía más que machacal en jierro frío, me dije: así es la cosa, pues... ¡contra!, que taye otro y me vine pal pueblo y no me pesa. Mis obligaciones, mis compromisos, en el bolsiyo... Y después e too, pa' los días que va a vivíl uno... Y, mire compae, más contento que una fiesta e Reyes, y como no tengo en qué pensal y estoy siempre al día, pa' mí no hay duelos ni dolores. Veldá es que me doy mis palitos y me pongo asina; pero con eso no le ofendo a naide, y lo jago pa' ayudal la vida...

—Güeno, me voy, compae —interrumpió seño Anselmo a su decidor y locuaz compadre—, jasta más vel, que yo voy, polque ya es talde, usté sabe que yo tengo que jalal mucho pa' yegal ayá temprano...

—Adiós, compae, y Dios quiera que no se tenga que acoldal de mí algún día... Me desplico asina, polque lo quiero mucho, sino le daría mi arrempujansito pa' que se lo acabara de yeval el Diablo.

Seño Anselmo pagó las copas que les había servido el dependiente, dio otro efusivo apretón de manos a su

compadre, y se puso en la calle. Emprendía su camino, meditabundo, pensativo...

¿Tendría razón aquél su compadre, borracho y holgazán? No, no podía ser. Él no cambiaba su vida metódica, ordenada, ejemplar, por la de aquel hombre preocupado que predicaba la vagancia y que utilizaba el alcohol como solución para todas las cuestiones.

Disparataba mucho, despotricaba grandes barbaridades, pero en algunas cosas le acompañaba la razón de brazo de la experiencia; pero de ahí a practicar sus consejos, a iniciarse en aquella vida de crápula y desorden, había por medio un abismo, un gran abismo en el que él sabía que había de dejar jirones de su prestigio y todo su patrimonio, su inapreciable patrimonio: la vergüenza, el único capital del pobre.

Y, ¿cómo iba a abandonar a su familia? ¿Acaso sus hijas, aquellas pobres mujeres que tenían en sus venas su misma sangre, que eran la prolongación de su personalidad, tenían la culpa de que la desgracia no cesara de perseguirlo?

Él lo comprendía, y su compadre había acabado de convencerlo, ratificando sus ideas: don Ramón tenía parte principalísima en el pleito de su pobreza, y aunque no se atrevía a demostrarle su enojo y era incapaz de proporcionarle un disgusto a aquel hombre que, continuamente, le echaba en cara los pequeños e interesados



favores que le hacía, le guardaba el rencor sordo, hipócrita y rastrero de los débiles de espíritu.

Sí; él veía algo claro en aquellas brumas que le cercaban; pero ¿qué iba a hacer? ¿Romper con don Ramón? ¿Decirle que le había estafado, que abusaba de su debilidad y lo sometía a la peor de las esclavitudes? ¿Lanzarle a la cara, como un tremendo salvazo, el rencor, el odio que lo devoraba, a fuerza de fermentar en su alma sin encontrar un segundo de expansión?

No. Aquello sería muy grande, tal vez hermoso y reparador: era el caso eterno del oprimido, del débil, del esclavo sumiso y explotado que rompe un día sus cadenas, se yergue altivo sobre el cieno de la ergástula, increpa al tirano, lo abofetea, escupe en su rostro la levadura de su odio y ciñe a sus miembros femeniles las mismas cadenas que conservan el calor de su cuerpo.

Al llegar a este punto en su meditación y sentir el acicate de estas ideas, que no surgieron en su cerebro con tanta claridad como yo las escribo, el carmín de la vergüenza puso en su rostro amarillento sus rosas espléndidas, pateó el suelo con fiereza, con coraje, y levantó al cielo, en el cual flotaban las nubes como deshechos jirones de un manto de encajes, sus puños crispados en demanda de un castigo ejemplar para aquellos crímenes, de los cuales era él víctima, sin amparo ni protección.

Aquella violenta crisis nerviosa lo abatió, lo aplomó sobre la vereda, en cuyas orillas las amapolas y las campanulas, recostadas con tropical indolencia sobre sus tallos flexibles, mecíanse en brazos del aire.

Imponíase la calma dulce y tibia que precede al crepúsculo vespertino en nuestro país. Las nubes esfumábanse en el horizonte violeta, como franjas multicolores colocadas a simétrica distancia, y descomponían en sus planos caprichosos los más vivos colores del iris.

El sol llegaba a ellas, agitando su roja cabellera y las cubría con su púrpura en la orgía luminosa de su ocaso. De la sierra, de las verdes montañas, cuyos contornos tomaban el tinte violeta del crepúsculo, bajaba el aire, saturado del aroma de los cafetos en flor y del fuerte y sensual olor a vegetación de las flores silvestres, de los limoneros y naranjales.

En la atmósfera flotaban como trémolo gigantesco y formidable de inusitada vibración el ronco murmullo del torrente, que partía el camino; el último trino del ruiseñor que cantaba a la puesta del sol; el susurro de las frondas en las que el aire preludiaba una sinfonía de melodiosos compases; el lejano balido de la oveja; el estridente relincho del potro, que, dilatando sus narices, aspiraba el perfume de la sierra; el bramido del toro y el último verso de una décima que cantaba un jíbaro, que con la azada al hombro caminaba hacia su

casa. La influencia del ambiente hizo volver en sí a señor Anselmo, actuando como poderoso calmante sobre sus nervios excitados.

Se hallaba cerca de su casa; estaba ya lejos del pueblo, pisaba algo suyo y no quería pensar en aquel momento en el propietario de aquella tierra. Dondequiera que tendía la vista tropezaba con un rincón de verdura que había cultivado, con una parcela de tierra sembrada por sus manos, o con una *mancha* de café que había salvado de la ruina; sí, allí había algo de su vida, o sangre, o energías, o años enteros de su existencia, lo que fuera; pero allí estaba él y se reconocía, se veía, se contemplaba en todo aquello, que era obra suya, de su laboriosidad, de sus manos, de su constancia de bestia obligada a hacer lo mismo todos los días.

Con relevantes colores se le presentaban las escenas en que había tomado parte aquel día. Recordaba las frases melosas, persuasivas de don Ramón, que ordenaban suplicando; repetía sus pobres argumentos ante las exigencias de él, y le parecía oír muy cerca, pegadas a sus oídos, sus palabras, decisivas, autoritarias, siempre dulces, sutiles como puñal de hoja aguda y estrecha que atraviesa los tejidos, tocando apenas la epidermis, y rechinaba los dientes de coraje, de rabia impotente, porque no se había atrevido a contestarle con la entereza que debía.

Después recordaba su última conversación con señor Lencho, cuyas palabras habían obrado sobre su alma como bálsamo restaurador al principio, concluyendo por sumirlo en un estado de confusiones y opuestos sentimientos que provocaron en su organismo aquella crisis nerviosa, de la cual lo reponía en aquel momento la paz sedante del ambiente.

Y siguió su camino. Poco le faltaba para llegar a su casa. Y andando, pensaba. Las ideas de señor Lencho le intranquilizaban todavía, preocupándole mucho. Pero... no, su compadre no sabía lo que decía. Hablaba bajo la influencia del alcohol, ese veneno que colabora eficazmente con la muerte; su conducta era mala a todas luces; no trabajaba y se embriagaba con las copas que le pagaban los clientes de El Último Trago.

Tendría razón en muchas cosas; pero en lo más importante se equivocaba lastimosamente. Un solo camino *era el camino del trabajo*. Y seguiría por donde había marchado siempre, sin volver la vista atrás, sin detenerse, sin quejas ni protestas. Si vencía, si llegaba, habría realizado el sueño dorado de toda su vida, si el cansancio le agotaba y tenía que abandonar la empresa, habría cumplido su deber: ése era el dilema, no había otro. Había nacido para trabajar, trabajaría. No había hecho otra cosa en su vida. ¿Quién tenía la culpa de que lo persiguiera la desgracia, sin dejarle un momento de reposo?

La tierra no es mala. No niega jamás su fruto al que la cultiva. Madre sensible y cariñosa, prodiga sus caricias a todos sus hijos. Para ella todos son iguales, a todos los recibe con igual solicitud en su regazo, cuando la muerte se los entrega para que en su laboratorio los transforme, con su poder taumatúrgico, en nuevas fuentes de vida. Lo demás sería obra de su mala suerte, de su desgracia, estaba convencido de ello, y tal vez los hombres tendrían su parte de culpa en lo que le pasaba, él no sabía nada. No se metía, como su compadre Lencho, a juzgar y condenar. Él trabajaría. El trabajo lo conduciría a donde quería llegar, no lo dudaba.

Llegó a su casa. Sus hijas esperabanlo en la puerta del bohío. Todas lo interrogaban, le hablaban al mismo tiempo. Una le quitó el lío que llevaba en las manos, otra cogió su sombrero, y Yuyo le presentaba el plato con la comida que le habían guardado.

—Güeno, papa —le interrogaba Crispina—, ¿qué hay pol pueblo?, ¿qué dice don Ramón?

—Epérate, jija, no arrempujes. Dame acá el ture pa' sentalme y hablaremos después. Ajá... Estoy cansao. Ese camino de aquí al pueblo cansa a cualquierita, caray. Parese que estos malangos no jan viso la sal, Chelia.

—Eyo, papa, bien sasonaos esaban... Agora, como jase rato que se cosinaron yo no sé si les habrá díó la sal.

—Güeno, papa —volvía a preguntar Crispina—, ¿y qué dise don Ramón? ¿Pa' qué lo quería? Si se pué sabel...

Seño Anselmo miraba al techo de la casa y, como si hablara consigo mismo, decía en alta voz:

—Lo primerito que voy a jasel mañana, en quantito me levante, va a sel dil al monte pa' coltal unas varas pa' arreglal esta cobija. Suelte que agora no yueve, sino no se podría dolmil aquí... Lojo, dame el coco e café... Caray, muchachas, ¿ustedes no sienten calol? Yo creo que va a yovel más que el Demonio.

Crispina se revolvió inquieta en el cajón que le servía de asiento y miraba a su padre como si quisiera leer en sus ojos la contestación de sus preguntas.

Seño Anselmo seguía haciéndose el desentendido, tan pronto miraba al techo como llevaba a sus labios el coco en que le habían servido el café; pero no soltaba prenda.

Crispina volvió a la carga picada en su curiosidad.

—Güeno, papa, ¿será veldá que don Ramón vendió la finca? No sé a quién le oí una cosa asina; pero, bay, como se convelsea tanto...

—Eso no —exclamó seño Anselmo, saltando de su asiento y alargando el coco a Eulogia—. Don Ramón no ja vendió la finca ni pol pienso; pero..., ¡caray!, Lojo, tú sabes que ese café estaba puya...

—¡Ea!, papa, acabe, pol Dios, que nos va a dejal a la cualta pregunta.

—Pues, pues... na, que nojotros seguimos como estamos y que don Ramón va a metel, metel más gente en la finca pa' enderesala, ¿sabes?, polque, bay, está pel-diando dinero...

—Jun, ¡visiones! —dijo Crispina, encarándose con seño Anselmo—. Antonses esto va a ser una república...

—Jabra el ojo, papa, y no se deje mesel pol don Ramón; que el camarón que se duelme...

—Sí, jija, yo sé lo que tengo que jasel. Ya las cosas están arreglás. Mañana se múa una gente pa' acá... y ya veremos cómo nos arreglamos. Jay que trabajal duro, eso es lo que quiere don Ramón, y yo no tengo inconveniente en siguilo...

### III

Seño Anselmo había prevenido al Bobo para que le avisara, dondequiera que estuviese, cuando llegaran los nuevos *agregados*.

Él quería verlos allí, primero que nadie. Recibirlos, como si él fuera el dueño de la finca, puesto que en aquel caso creía representar con amplios poderes a don Ramón, de quien había recibido instrucciones claras y terminantes.

Temía algo, que no sabía explicarse, de aquella gente que no conocía, que no había visto nunca, y que constituía la vanguardia de aquel ejército de trabajadores que caería sobre la finca para convertirla en una *república*. En la entrada de la finca y al lado de la puerta de *golpe*, que daba acceso a ella, había una casita, construida bajo las copas de dos grandes mangos cuyas ramas formaban un tejido espeso, impenetrable a la intemperie. En ella vivía el Bobo, un pobre muchacho pálido como la cera, anémico y flaco, de edad indeterminada, imberbe y encanijado.

Hacía muchos años que vivía allí. Señor Anselmo, compadecido de su inutilidad, lo había recogido, facilitándole aquel albergue con el propósito de que cuidara de la puerta de *golpe* y vigilase la entrada y salida de los escasos viandantes que transitaban por la finca. Le ayudaba también a conducir el ganado al abrevadero y en otros trabajos de escasa importancia, en remuneración de los cuales le regalaba el viejo su ropa usada y lo llevaba a comer todos los días a su casa.

Las hijas de señor Anselmo se permitían algunas bromas inocentes con él, de las cuales se vengaba, diciéndoles feas y *sangrigoldas*, o replicándoles que todo aquello era porque él no se había enamorado todavía de ninguna de ellas, y que no lo hacía porque no estaba dispuesto a que la gente se burlara de él, cambiándole el sobrenombre de Bobo por el de Buey.

Ellas le echaban en cara sus vicios, reales o supuestos, y el muchacho se marchaba corriendo, prometiéndoles que algún día se las habían de pagar todas juntas.

—No se apuren, condenás, a ca puelco se le yega su san Maltín. No hay deuda que no se pague..., y el día el cobro, me voy a empajal —deciales el Bobo.

Aquella noche se había recogido muy temprano el Bobo. Quería, respetaba, y temía mucho a señor Anselmo, y éste le había dicho:

—Me acuesto confiao en que me vas a ñamal en cuantito yegue esa gente. ¡Dios libre que te duelmas! ¡Como dejes pasal esa gente pol la puelta y no me ñames, te voy a rompel una pata!

El muchacho durmió de un tirón las primeras horas de la noche, y despertó de madrugada, precisamente en el momento en que llegaba a la puerta de *golpe* la gente de que le había hablado el viejo, como llamaba a señor Anselmo. Se levantó, se echó por la cabeza el saco que le servía de manta, y desde el batey gritó:

—Ey, ¿quién está allí? Aguáldense que voy a abriles la puelta. No pasen ni picaos.

—Güeno, güeno... —le contestaban varias voces.

Abrió la puerta y preguntó:

—¿Ustedes son la gente esa que se vienen p'acá?

—Sí, señol, nojotros semos, y queremos vel a señor Anselmo pa' dale una rasón que le manda don Ramón...

—Güeno, pues... pol aquí no pasa naide, jasta que yo no vaye a avisale a señor Anselmo. Espérense ahí que yo güelvo agorita p'acá.

Al poco rato volvía y, señalando a los hombres, le decía a señor Anselmo:

—Míralos, ahí están, y que traen una rasón pa' usted de aquel hombre e la levaya.<sup>12</sup>

<sup>12</sup> Levita. [Nota del autor].

—¡Cáyate, condena! Qué hombre de la levaya, ni levaya: don Ramón, propasao. Yo te voy a quital la bobera e un pescosón en las quijás...

—Conque ustedes son los jombres... —decía seño Anselmo adelantándose hacia el grupo—. Bay, m'alegro.

—Sí, señol, nojotros vinimos —dijo uno de ellos— a volteal puquí, a vel el piaso que nos conviene pa' el agrego...

—Güeno, güeno, dentren y voltiaremos...

—Nojotros contamos —decía el mismo que había contestado a seño Anselmo— que to será lo mesmo de güeno pol lo que nos dijo don Ramón.

—Sí —decía seño Anselmo—. Aquí no hay na malo. To produce lo que se quiera; pero jay que jalal duro, porque como jase tanto tiempo que no se da un tajo aquí en mulchas paltos, la tierra está visiosa...

—Nojotros lo que queremos es trabajal —argüió el mismo— y pol eso jemos jecho el costo e vinilos p'acá.

—Ésa es mi pelea, ¡caray! —exclamó seño Anselmo irguiéndose y cortándole la conversación a su interlocutor—. ¿Pa' qué va uno a matalse trabajando a jornal, si pué trabajal con más provecho pol su cuenta?...

—Eso lo ve un siego.

—El jornal se deja pa' los esgrasios que no piensan en juntal na y que viven lo comió pol lo silvío...

—Ésa es la mía, sí, señol. Si se jase algo, biben; y, si no, ¿qué se va a jasel?

Siguieron andando y hablando siempre sobre el mismo tema, en el cual todos estaban contestes. Aquella gente iba haciéndosele simpática a seño Anselmo. No cabía duda: era gente buena, honrada y trabajadora. Hablaban con sinceridad y, seguramente, el tiempo le demostraría que no andaba equivocado en sus juicios, y que hizo mal al abrigar inexplicables y necias prevenções contra ellos.

Todo quedó acordado en paz y buena armonía. En ningún asunto discreparon. Si uno de ellos exponía una idea, o aventuraba un juicio sobre las condiciones de tal o cual pedazo de tierra para determinado cultivo, seño Anselmo participaba de la misma opinión y la robustecía.

Seño Anselmo se felicitaba, interiormente, del sesgo que iban tomando las cosas. El único que hablaba de aquellos hombres se había captado por completo las simpatías de seño Anselmo. Lo trataba con miramientos y cumplidos, como si fuera el amo de la finca y allí no pudiera hacerse nada sin su consentimiento.

Llegaron al sitio en que estaba enclavada la casa de la finca, en la cual vivió temporalmente el padre de don Ramón.

—Ésta es la casa; aquí pueden acomodarse. Eya está un poco vieja y abandoná; pero tuvía aguanta cuatro

o cinco años, mientras ustedes puen pararse un poco y jasel tiempo y cualtos pa' componela —decía seño Anselmo, abriendo las puertas de la casa y enseñándosela a los que habían de vivirla—. Güeno, ya están ustedes acomodados, y tuvía no sé cómo se ñama dinguno de ustedes.

—¡Caray! Peldónenos, ño Anselmo. Enfuscao con la convelsación y pendiente del volteo e la finca, se me había olvidao eso —contestábale el que hasta entonces había llevado la voz cantante en el grupo—. Pos mire usted, todos semos helmanitos: los Crespo. Yo me llamo Concho, éste es mano Filomeno, éste, mano Valentín, y éste es mano Agapito.

Seño Anselmo se despidió de ellos, encareciéndoles que no tuvieran inconveniente en ocuparlo en lo que pudiera ofrecérseles y se marchó para su casa. Como siempre, salieron a recibirle a la puerta de ella sus hijas para pedir informes, ahora sobre los nuevos vecinos.

—Pues na, muchachas, la gran gente. Jasta agora, ni de encalgo. Entendíos como ellos solos, serios y muy folmales. No paresen gente e bochinche, ni de revoluses, pos ni jablanca. Miran y miran y miran, y no disen na. El único que jabla pol tos es el más grande, Concho, que parese que los cabrestea a tos. Lo que yo digo: don Ramón tiene la gran suelte pa' buscal gente; parese que la manda a jasel a la medía, y se la jasen justita.

—Ya ve, papa —decía Eulogia—, lo que es jablal e oído, ¿quién le había de disil a usted que se diba a cogel tan bien con esa gente?

—Asina es, jija; esto es lo mesmo que cuando un gayo está solo en su gayinero y le sueltan al lao dos o tres poyos... El gayo no sabe si va a tenel que matal o moril, o dejal las espuelas quietas y se prepara... pol lo que puea vinyl. Agora, muchachas, que estamos tos reuníos, una cosa: mucho cuidiao, en palticual tú, Yuyo, y tú, Lojo, que las jotras ya saben su poquito e mundo. Los jombres esos, ya lo digo, me paresen respetibles y folmales; pero son hombres y los hombres son el diantre pa' las mujeres. El mayol es casao, y otro de eyos tiene también su mujelsita... Asina es que hay que andal con cuenta con eyos, y si vienen aquí resibilos, ¡ya lo creo!, y tratalos bien, pero no dales confianza pa' que no tengan lugar de prospasarse. Conque ya lo saben..., quien dise una cosa, dise la otra, y ca uno en su sitio.

—No tenga cuidao, papa —le contestaban a un tiempo Crispina y Sergia—, que aquí estamos nojotras pa' espantalos, en cuantito vengán con sus cosas, eyo, si entoavía éstas no jan escalmentao con too lo que les jemos conta nojotras.

Eulogia y Yuyo miraban al suelo y aparentaban demostrar que les parecía que aquello no iba con ellas.

Dos o tres veces estuvieron los Crespo en la casa de seño Anselmo y siempre lo encontraban allí, rodeado de sus hijas mayores, que los recibieron muy tiasas y con marcada hostilidad.

Yuyo y Eulogia brillaron siempre por su ausencia en aquellas visitas. Sergia o Crispina les avisaban cuando los veían venir, obligándolas a esconderse para que no fueran a enamorarse, según decían, de ninguno de aquellos hombres que, por más que los alababa seño Anselmo, tenían que ser igualitos a los demás hombres; porque... por algo llevaban pantalones que, según experiencia de Sergia y Crispina, eran los mayores enemigos de las pobres mujeres.

En aquellas cortas visitas, que tenían siempre el mismo objeto, se colaban de chorro los Crespo en la reducida sala de seño Anselmo.

Concho precedía a los demás, y era el primero que saludaba, después lo hacían los otros, sin despegar sus labios, y sentándose en el sitio que les indicaban. Las conversaciones giraban, indefectiblemente, sobre el mismo tema: el tiempo, las siembras y las escasas noticias del pueblo, que se comentaban en dos o tres frases.

En una de aquellas visitas, y mientras seño Anselmo, contra su costumbre, había salido un momento a ver una vaca que tenía amarrada en un cercado, Agapito, que nun-

ca había hablado una palabra, preguntó a Sergia si el viejo no tenía más familia que Crispina y ella.

—Sí, semos más —le contestó Crispina, adelantándose a su hermana—; pero las jotras tienen vilgüelas y no pueden salir y como eso se pega están gualdás...

Yuyo y Eulogia tosían desafortadamente en la habitación para disimular la risa que no podían contener.

—Bay —decía Agapito—. Dios quiera que se alien ten pronto pa' velas. Pos según nos dijieran, ustés son cuatro, toas mujeres: dos viejas, calgás e muchachos, y dos más pichonas... No es pol na; pero ustés saben que cuando yega uno a un lugal, asina, desielto y enterrao como éste, busca siempre arrimo, pa' matal el tiempo... sin malas intensiones, polque nojotros sabemos respetal, ¿veldá, mano Concho?

—Pos mire —le replicaba Crispina de mal talante—, me parese que usté se va a pelal, polque sino pasa el tiempo con las malesas y las oltigas aquí no va a en contral con quién matálo; polque si nojotras semos viejas, más viejas son las jotras que están con vilgüelas, y...

—Eso no le jase, doña, polque un muelto apurao le sale a cualquierita —le argüía Agapito con socarronería.

—Pos mire, don, que aquí no jan salió mueltos nunca, y papa sabe el remedio pa' mandalos otra vez pa' el siminterio. Y cuidiao, ¿quién lo vé?, parese una mosquita muelta.



—No, yo no...; sabe, ña Crispina —decía Agapito—, usté sabe que uno tiene que sel floretero con las mujeres y a ninguna se le debe negal una flol, sin pasalse e la raya. Nojotros no queremos cuestiones con naide y menos con usté, que pue sel nuestra madre...

—No, eso no —decía Crispina—, polque aquí donde usté me ve, no je pasao e los treinta; pero los sufrimientos me jan puesto asina.

Seño Anselmo llegaba, y los visitantes aprovechaban su llegada para ponerse de pie y despedirse, a una señal de Agapito, que temía que Crispina cometiese alguna imprudencia delante de su padre.

Así que Crispina los vio encaminarse a la casa grande, como llamaban familiarmente a la antigua vivienda del padre de don Ramón, ocupada ahora por los Crespo, dijo, plantándose en jarras delante de seño Anselmo.

—Mire, papa, ¿usté sabe que esos Crespo son unos guachinangos?...

—¿Qué ja pasao? Espepita seguío, jija...

—Eyo, no..., pero el Agapito, el peinaito, el que parese más niño que los jotros, es muy boquiduro y usté debe ponele un rajaboca. Dispués que usté se jué, empezó a preguntal po el resto e la familia suya y como yo le dijera que las jotras estaban enfelmas con vilgüelas, me dijo que él preguntaba por eyas polque le habían dicho que eran mositas, y soltó unas cuantas guachi-

nangás po el estilo. ¡Figúrese qué peje será, que, según se desplica, janda buscando arrimo!

—Pero ¿no jué más na? ¿No se safó otro poquito?

—No, papa, yo le paré el caballo siguío, y Concho lo miró atravesao y él se disculpó, disiendo que el hombre debe ser floretero con las mujeres...

—Güeno, güeno, yo le tocaré ese asunto a Concho pa' que no se güelva a correr ese muchacho... Y ustedes, mucho ojo con las muchachas, en palticual con Yuyo, no nos vaya a fastidial ese sinvelgüensa con su arrimo...

—Yo no les quito los ojos densima, y cuando yo no las pueo velal las vela Chelia...

Los Crespo salían de la casa comentando, acaloradamente, la actitud de Crispina. Los adjetivos más fuertes, los dicterios más crueles, salían de los labios de Agapito, siendo recibidos y coreados con grandes cajadas por sus hermanos.

—¡Caray! —decía Agapito—, no voy a paral jasta que les vea las caras a esas vilgüelientas.

—Cuidiao —decía Valentín—, si las jan enserrao las más viejas pa' que nos la jagan mal telsio a ellas.

—Jum —apuntaba Nicanor—, cuidiao, mano Agapito, si to eso son jaiberías del viejo pa' colocal primero las viejas y dispués las más pichonas...

—Bay, muchachos —decía Concho—, que no se diga que nojotros jemos vinío a escomponel las cosas.

Tenemos que andal con pies e plomo. Ese viejo nos está velando y no nos pielde pie ni pisá pa', en cuanto demos un trompesón, dile con la embajá a don Ramón, pa' que nos limpie el comeero. No nos eslisemos... Estémonos quietesitos, sin buscal buya con esa gente, que dispués que nos jayamos acreditao con don Ramón, poemas jasel aquí to lo que nos dé la gana...

—Sí, sí, mano Concho, pielda cuidiao que nojotros no jaremos dinguna diablura... agora— respondíanle a un mismo tiempo sus hermanos.

Desde aquel día, siguiendo los consejos y observando las advertencias de Concho, mantuviéronse los muchachos Crespo en una actitud digna, actitud de respeto y consideración hacia la familia de seño Anselmo.

Su hermano, a quien respetaban y querían, les había exigido que observaran aquella conducta respetuosa y prudente, y lo obedecían porque sabían que no les perdonaría ninguna transgresión.

Él se los había dicho terminantemente:

—Ahora a trabajar, a adquirir crédito, a economizar, y así que tengamos la confianza de don Ramón y algo adelantado en nuestra empresa, podremos hacer aquí lo que se nos antoje.

Aquellos héroes del trabajo, espoleados por la necesidad —el más apremiante y ruin de los estímulos— y por la ambición de una relativa comodidad en su exis-

tencia, realizaban, pausada y porfiadamente, una obra de círcopes.

No conocían el descanso ni los mezquinos placeres, permitidos a su humilde condición social. Trabajaban con el coraje y la tenacidad que engendran en el individuo el triste convencimiento de que, para vivir y satisfacer a medias sus más perentorias necesidades orgánicas, tiene que dejar, en el ingrato camino de su existencia, la flor de su juventud y la potencia de sus energías.

El trabajo, la constancia, el método, se abrían paso y se imponían por el esfuerzo calculado y certero de aquellos hombres. El acero de sus machetes, probado en cien luchas titánicas como aquélla, penetraba recto y seguro en el corazón de los montes, y los libertaba de la opresión de la vegetación parasitaria; y los cafetos se engalanaban con blancos y delicados azahares, y su perfume era para los Crespo lo que el olor de la pólvora quemada para dos ejércitos en lucha. Dondequiera que había que redimir una planta útil y productiva del yugo, de la incuria o del peso de los pólipos vegetales, allí iban aquellos machetes a proseguir su obra grandiosa y regeneradora.

El arado acariciaba, por otro lado, la dura epidermis de la tierra. La tierra, reacia a sus caricias, desdeñosa a sus requerimientos, contraía sus poros, atrofiados por

aquel descanso suicida en que yacía. Y la reja del arado volvía más tierna, más solícita, a prodigarle otras caricias más intensas, más refinadas, más exquisitas, y penetraba en sus entrañas jadeante, impetuosa, con la virilidad epiléptica del espasmo supremo, y la fecundaba.

La tierra se entregaba a aquellos hombres con la voluptuosidad que se ha entregado siempre a todo el que ha querido purificar sus manos, acariciándola, amándola con fidelidad y sinceridad.

El éxito inesperado que comenzaba a coronar la empresa de los Crespo llegaba repetido por cien lenguas a oídos de don Ramón.

Entre tanto, señor Anselmo, trabajaba también; pero trabajaba solo. No había querido asociarse con nadie para el cultivo de la parcela que le había concedido don Ramón. Su esfuerzo personal, aislado, era insuficiente para responder a sus ambiciones. Soportaba, como siempre, el peso de su familia, un tanto atenuado por su última y dolorosa determinación. No queriendo utilizar a jornal, ni concederles una participación en los beneficios que les correspondiesen a varios individuos, que con esos propósitos le habían ofrecido su cooperación, después de muchos tanteos y vacilaciones, resolvió, deponiendo sus preocupaciones ante la necesidad de solucionar aquel conflicto, ocupar a Crispina y a Sergia en las labores agrícolas, dejando a Eulogia y a

Yuyo al cuidado de la casa y demás quehaceres domésticos. El peligro de los Crespo había desaparecido. Así lo creían señor Anselmo y sus dos desconfiadas hijas, y, aunque siempre temían que algún día sucediera lo que hasta entonces habían tratado de evitar, ante la actitud circunspecta de ellos, depusieron sus prejuicios, ratificándose en la determinación de que he hablado.

Crispina y Sergia, aquellas dos acémilas acompañaban todos los días a su padre al trabajo. Él realizaba las labores más fuertes, más pesadas, las que exigían la posesión de mayores energías y ellas lo secundaban sudorosas y jadeantes, estimuladas por su ejemplo: se había despertado en ellos poderosamente la emulación.

¿Por qué no habían de realizar, relativamente, la misma labor de aquellos hombres, los Crespo? ¿Por qué no habían de conseguir los mismos triunfos que obtenían aquellos advenedizos?

Trabajaban mucho, concedían a sus cuerpos el descanso necesario para reparar sus fuerzas, sin cuidarse de robustecerlos; economizaban mucho, con cicatería grosera; lo aprovechaban todo, no tiraban nada, y comían lo que ellos comían..., el obligado e insípido potaje del campesino puertorriqueño. Además, no podían economizar lo que ellos economizaban, señor Anselmo y su familia.

En la casa de ellos no había mujeres, nunca aparecieron por ningún lado las que dijeron que llevarían

por esposas... Y el trabajo doméstico de la mujer, esa labor minuciosa de miserables tacañerías, de zurcidos, parches y remiendos; la economía infinitesimal de los granos de arroz, las migas de pan y las gotas de aceite, no podían hacerla ellos, porque eso tenían que pagarlo con dinero, al quíntuplo de su precio... ¿No estaban, pues, casi niveladas las fuerzas? Eran...; pero eran cinco hombres solos. De aquella nivelación, sacaban seño Anselmo y sus hijas jugosas consecuencias, llegando a forjarse grandes ilusiones, que les hacían suponerse muy pronto en posesión de la victoria, cuyo recortado y mezuquino botín disfrutaban ya los Crespo.

Pero la realidad, esa adusta e intransigente señora, que no claudica nunca, que no se vende a nadie, encargada de devolver la razón y el juicio a los ilusos, de aventar ilusiones como si fueran frágiles montañas de ceniza, de mantener la cordura y la sensatez, convenció bien pronto a seño Anselmo de sus grandes equivocaciones, de sus grandes errores: él no podía realizar la obra que con tanto éxito habían realizado los Crespo.

Uno, multiplicado por uno, es uno, en aritmética; y él, aunque le ayudaran aquellas dos fracciones decimales, que tenían que esforzarse mucho para llegar a la unidad, siempre sería uno... y centésimas contra cinco enteros.

La realidad lo desesperaba, quería torcer su curso a su capricho y someterla a sus conveniencias, antoján-

dosele que había de servir dócilmente a su ambición, como él, inconscientemente, contribuía con los Crespo a evitar la bancarrota de don Ramón.

Ya había recibido dos o tres recados del amo poco tranquilizadores. Debía dejar el cercado a los Crespo para que soltaran en él un ganado que habían comprado. En aquellos días, llegarían tres o cuatro familias más que tomarían, en las mismas condiciones que aquellos hombres, el resto de la finca...

“Pero ¿don Ramón se ha vuelto loco?”, pensaba seño Anselmo...

Los primeros agregados y los que llegaron después le demolerían las fincas, explotarían lo que encontrasen allí, se lucrarían de todo, y después se quedarían con la estancia toda en pago de las *mejoras* que en ella introdujesen. Y en tanto él, que era el único que trabajaba a conciencia, pensando en sus intereses y en los de don Ramón, el único que procedía con probidad y corrección, no hacía nada, no obtenía ninguna ventaja y empezaba a verse aislado, arrinconado en medio de la abundancia y la prosperidad de los demás y sintiendo, ya muy cerca, el desprecio y la indiferencia de don Ramón, que tal vez lo supondría incapaz para realizar los empeños exagerados de los otros.

Él tenía que ir a ver a don Ramón para decirle lo que pensaba, para abrirle los ojos y desengañarlo. Aquella

gente —los Crespo— era muy ladina, muy astuta, “le vendían y le hacían cargar los cuartos”. Él era honrado y no debía permitir que allí, en el batey de su casa, sobre aquella tierra que adoraba con delectación de amante desdeñado, se consumara el despojo inicuo, abusando solapadamente de la candidez y la bondad del otro.

Él iría al pueblo y desenmascararía a aquella comparsa de bandidos encanallados que comerciaban con la honradez, aquellos hipócritas que habían hecho una farsa ridícula y grotesca del trabajo. Esclavo del deber, atado a él como un galeote al remo, lo cumpliría en aquella ocasión.

La envidia fermentaba en su alma, trastornaba sus facultades embotadas y le predisponía a la mentira, empujándole por el camino asqueroso de la delación. Lo que no había podido conseguir con el esfuerzo de sus brazos, o poniendo a contribución su inteligencia, o imitando el ejemplo de sus gratuitos enemigos, lo conseguiría prostituyéndose, encenegándose, convirtiéndose en el portavoz infame de la denuncia rastrera y cobarde.

Pero tal vez otros acontecimientos, actuando decisivamente en su existencia, lo apartarían de aquella senda, para conducirlo, ¡quién sabe!, a otra peor.

Eulogia y Yuyo se habían repartido el trabajo de la casa para que Crispina y Sergia pudiesen acompañar todos los días a su padre al trabajo. Desde preparar y

confeccionar la comida para todos, hasta lavar y planchar la ropa, se extendían los quehaceres de las dos chicas que, fraternalmente, se dividían la labor para que les resultase menos enojosa e incómoda.

Un día iba una al río a lavar la ropa, y la otra se quedaba en la casa, y viceversa. La clorosis continuaba su obra devastadora en el delicado organismo de Eulogia, imposibilitándola para atender a aquellos trabajos que requerían algún esfuerzo. Por eso se quedaba en la casa, últimamente, y Yuyo iba al río a lavar la ropa y a buscar agua.

La casualidad hizo que un día se encontrase con Valentín y Agapito que venían de darle agua al ganado. Los dos hombres se detuvieron y la contemplaron un instante, ella se inmutó, quiso esconderse detrás de unos matorrales, pero prosiguió su camino. Al verla avanzar, Agapito se adelantó y exclamó echándose el sombrero hacia atrás:

—¡Dios te salve, lirio!... Algún día te dibas a dejal vel la cara, ¡caray! Ya se te quitaron las vilgüelas... Pos mira que te ja aprovechao la enfelmeda. Bay, que a las muchachas bonitas no hay mal que las mate..., son como el Diablo que mentras más candela le echan más contento se pone.

—Güeno —contestole Yuyo, haciendo un mohín de desagrado y tratando de seguir su camino—, déjese de sangrigolderías y no sea prospasao...

—No caray —le interrumpió Agapito—, tú no te vas asina fresquita, sin que yo te diga lo que tengo gualdao... Mire, mano Valentín, coche las reses pal secoa, que yo estoy agorita allá... ¡Oiga!, si mano Concho le pregunta pol mí, dígame que estoy en una deligencia pala que no jé podía mandal a naide...

Yuyo escuchaba, indecisa; no sabía qué hacer. ¿Qué partido tomaría? ¿Se quedaría? ¿Se marcharía? La curiosidad por saber lo que le iba a decir aquel hombre y el temor de que pudiesen sorprenderla hablando con él mantenían en el mismo grado su irresolución. Todavía hizo un esfuerzo y le dijo a Agapito:

—Mire, déjeme pasal, que tengo que jasel en casa. ¡No sea confiansú!

Valentín se marchaba, llevando en sus labios una sonrisa maliciosa, y echando por delante de él al ganado que él y su hermano condujeran al abrevadero.

Agapito le decía a Yuyo:

—Mire, doñita, la cosa no es pa' que le de coraje. Yo no la jé ofendió a usted y parese que la ja picao un guabá. Yo no tengo la culpa e que usted sea bonita y la vean los hombres y pieldan la chaveta. En eso no hay enojo, corasón; ésa es una cosa que está pasando dondequiera que hay hombres y mujeres en el mundo. Los hombres y las mujeres nos buscamos y nos pelseguimos como se buscan los pájaros en los ramos e los palos, pol la mañanita, cuando sale el sol.

Yuyo escuchaba. Inconscientemente se había sentado en la orilla del camino. Sobre una piedra cubierta de yerba, dejando a un lado las dos latas, en que conducía el agua. Agapito se había sentado en la orilla opuesta del camino y seguía hablando con su pintoresca locuacidad.

Serían las doce, el mediodía. El sol caía a plomo sobre las cabezas de ambos jóvenes. El ancho sombrero de paja “del país” que cubría la testa de Agapito, brillaba como un casco fantástico de oro. Su gruesa camiseta de algodón transparentaba sus músculos varoniles, dibujando la anatomía viril y elegante de su tórax, y a través de su tejido, por el cual se filtraba la luz del sol, imprimiendo a su urdimbre tonos amarillentos de oro pálido, notábase el movimiento agitado de su corazón, cuyo ritmo veloz hacía jadear penosamente sus músculos pectorales. El río, unos metros más lejos de aquel interesante grupo, entonaba su canción favorita, su himno armonioso a la luz.

Las ondas sonoras poblábanse de arpegios armoniosos de exquisita musicalidad. Al deslizarse las ondas del río, suaves y tersas, por un remanso y lamer las hojas de las espadañas y los troncos y las ramas curvilíneas de los juncos, vibraban como cuerdas de violines y violoncellos, rozadas con débil y trémula pulsación por los arcos. Y seguían su curso las ondas tranquilas, dilatando la melodía de su vibración en un largo compás,

hasta que el agua llegaba a unas peñas cuyas aristas brillaban como facetas de brillantes colosales, deteniéndose allí, retrocediendo, dejando en descubierto la arena que brillaba con tonos cárdenos, y después avanzaba soberbia, imponente, y cubría las piedras con los blancos y caprichosos arabescos de su espuma espejeante para caer abajo en una cascada de encajes delicados, que se deshacían, se descomponían en largos y torcidos hilos de cristal. Entonces la sonoridad de su curso desarrollaba un tema musical, de atrevida y extraordinaria inspiración. Al caer una onda y deshacerse en el plano saliente de una piedra, un trino sostenido vibraba sobre el cristal de las aguas: eran las notas agudas de los clarinetes que se perdían en el rumor de la corriente, descomponiéndose en notas cortas y aisladas. El lamento quejumbroso de los bombardinos repercutía en la espesura de los bambús, y sus cañas cimbreantes vibraban unísonas como cien flautas gigantes, y el canto decrecía en melodiosa gradación, cuyos últimos compases rimaban los violoncellos como un rumor lejano de besos apasionados, que fueran a apagarse en la miel exquisita y sabrosa de unos labios rojos.

El río seguía serpenteando rumoroso, llevando en su corriente cristalina aquella música de raros e inspirados compases, que era como un canto majestuoso, solemne y sublime que la vida cantaba, radiante de alegría, de la

fecunda y hermosa alegría de vivir, a la naturaleza entera; a la savia de las plantas, a los gérmenes lanzados en los surcos por el hombre, a los gérmenes que el aire transportaba en su regazo para difundir su existencia en otros sitios, a la fuerte y robusta poesía de los bosques, a la grandeza imponente de las montañas, a la mayestática soledad de los llanos, a los brotes que reventaban, a la flor que se inclinaba, en estremecimiento sensual, sobre su tallo, agitando su corola calcinada por los rayos del sol; a las palmeras que inclinaban sus verdes penachos en graciosas genuflexiones para saludar al sol que trazaba pinceladas de oro en el lienzo azul del espacio y a las nupcias espléndidas de la misma naturaleza con la luz.

Yuyo no se movía. Su cuerpo adquiría contornos estatuarios, esculturales. Su hermosa cabeza de india, echada hacia atrás, en arrogante posición el rostro, como si comprendiese el peligro que la cercaba y quisiera desafiarlo con el poder de su belleza y someterlo a los caprichos de su carne morena; sus brazos hermosos, redondos, descubiertos al aire, en cuya carne el sol hacía destacarse con lineamientos sutiles sus venas azules, de un azul añil con tonos de lapislázuli; su busto de curvas recias e impecables, inmóvil como si debajo de las rosas de su pecho hubieran cesado definitivamente las palpitaciones de su corazón; así, como una estatua, como una interrogación, escuchaba a aquel hombre que hablaba a

su alma, cándida y sencilla, virginal. Aún no desflorada por las revelaciones del amor, sometiendo su cerebro a una gimnasia torturante que se estrellaba dolorosamente contra la mezquindad y la pobreza de su verbo desolado, en su lucha desesperada por traducir en palabras el caos de su pasión.

Yuyo no hablaba, no hacía una objeción, ni demostraba la impresión que producían en su alma las frases de Agapito. Éste seguía contemplándola con fijeza hipnótica, casi estática.

La actitud de Yuyo, actitud de curiosidad interrogante, le prestó el valor que necesitaba para concluir de exponerle su pasión.

—Yo no sé lo que te jan dicho en tu casa e nojotros, e los hombres, aquellas dos viejas que se cren se lo meresen to, y no se ven que paresen dos camastros. To lo que jayán dicho son embustes. Yo no sé, tú no disena; pero como dende que vinimos nojotros a la estansia las jan enserrao a ti y tu helmana, me parese que to son cosas d'esas dos mujeres que nos insultaron a nojotros, a mí y a Valentín, el último viaje que juimos a tu casa porque usamos unas chansas con eyas.

—Sí, papa no quiere, ni las muchachas tampoco quieren, como les ja díó tan mal en sus amores, que yo y Lojo nos metamos en esas cosas, no nos vayan a jasel lo mesmo... —decía Yuyo.

—Pos, mira que están esquivocaos. Veldá es que hay hombres malditísimos, que le jasen una maldá a la más bonita; pero tos no semos lo mesmo... Tú como jas estao siempre enserrá no sabes e mundo, y te jan engañaio, agusando e tu sananería. Tos no semos santos. Yo no digo que a Crispina y Selgia les juera bien, porque yo je venío a conoselas agora; pero yo conosco muchas mujeres que no se jan arrepentío de querel a los hombres. Eso, a según y como... Tos no poemas tenel las mismas intensiones. Unos quieren e los labios pa' juera y otros queremos de veras, sin engañifas, e corasón...

—Jum, yo no sé —replicaba Yuyo—, a las muchachas e casa, que son dos, a dambas les ja pasao lo mesmito. Y cuando eyas se quejan asina, es porque les ja dolío de veras lo que les jan jecho los hombres. Yo no digo na, Agapito, porque no pueo jablal d'esas cosas. Eso..., usté que es hombre, y eyas que jan tenío amoríos, sabrán si es sielto o no.

—Güeno, Yuyo —le interrumpía Agapito—, yo no me voy a metel agora en lo que jayan jecho los otros. Aya ca uno que calgue con sus culpas. Ca uno sabrá sus cuentas. Yo te digo a ti... que te quiero... y que me tienes que querel; que antes e conoselte estaba enamoraio e ti; que estoy dispuesto a jalse pol ti lo que quieras pa' probalte que no son pamplinas to lo que te digo... Y que lo que te digo —se golpeaba frenético el pecho—



es la pura veldá, y que no tenga logro e menealme de aquí si te engaño.

El esfuerzo había agotado la palabra y las energías de Agapito. Habíase quedado como petrificado a unos cuantos pasos de Yuyo, de pie, acalambradas sus piernas vacilantes, sus brazos musculosos caídos en laxitud imploradora a lo largo de su cuerpo; el sombrero encima de los ojos, y balbuceando palabras incoherentes, que emitía en roncós e ininteligibles borbotones.

Yuyo se había levantado también. Un ligero temblor movía sus labios rojos.

Como si temiese algo inaudito, miraba recelosa la vereda que, describiendo una curva, se perdía en un declive del terreno. También temblaban sus piernas, bajo la tela casi transparente de su traje sencillo.

Sentía grandes deseos de huir, de correr, para evitar la presencia de aquel hombre, cuya actitud le imponía miedo, un miedo raro, como nunca lo había sentido, un miedo que le impedía gritar y moverse, como si su influencia paralizase su voluntad, inutilizándola para salvarse de lo que consideraba un peligro, en su ignorancia de las causas de aquella situación en que se hallaban ella y su interlocutor.

Sentía deseos de huir, de entregarse a una carrera loca y desenfrenada para fatigarse, para cansar su cuerpo y caer rendida, agotada, de bruces sobre la tierra y no

sentir el peso de aquellas emociones extrañas, que no había sentido nunca y que hacían palpar sus carnes, vibrar sus nervios, y que la ahogaban, que la asfixiaban sobre aquel vaho ardiente de la tierra que abría sus poros para absorber el calor del sol, con imperceptible estremecimiento voluptuoso, como un amante ardiente e insaciable que devuelve con creces las caricias que se le prodigan.

¿Qué influencia ejercía sobre ella aquel hombre que le hablaba por primera vez? ¿Por qué, sin exigírselo después, sin demandárselo siquiera, la detenía allí para que le escuchara aquellas palabras cuyo sentido apenas entendía? ¿Cómo podía quererla tan intensamente Agapito, con un cariño tan súbito y ardiente como el que le expresaba en su silabeo balbuciente, si la veía en aquel instante por primera vez? ¿Así era el amor, así se quería? Vacilaba. ¿Qué le contestaría a Agapito? No sabía. Pensaba. Cavilaba como no lo había hecho nunca, y no encontraba qué contestarle. Las últimas frases entrecortadas de él le habían dicho bien claro que el que las pronunciaba pedía algo, y que pretendía que se le otorgara enseguida... o que diera una contestación terminante, categórica.

Necesitaba pensar con más detenimiento para resolver aquel conflicto, en el cual no había pensado nunca. Ya se le alcanzaba, por la actitud de Agapito, que el deli-

cado asunto que le tocaba resolver era de los que no admitían dilaciones ni componendas; pero quería estar sola, recogida en sí, lejos de la presencia obsesionante de Agapito para meditar con calma, fríamente, si pudiera, cada una de sus palabras, y decidirse después.

Rompió el silencio embarazoso en que se hallaban, y dijo:

—Jum, Agapito. Yo no sé na de esto. Hoy es la primera vez que lo veo... Yo me voy pa' casa, porque tengo que jasel y ya estará disiendo Lojo que ya me je quedao puquí... Yo vengo casi tos los días al río... y en otra ocasión acabaremos de jablar...

—Güeno; pero te vas asina —decíale Agapito—, asina tan... seriesita, como si tú no tuvieras la culpa e toíto e lo que me pasa a mí. Caray, eso no se jase... No lo jasen las pelsonas que tienen güen corasón...

—Güeno, Agapito —suplicábale Yuyo—, déjeme dil, no se apure asina..., no sea tan avansino. Ya le je dicho toíto lo que tenía que disile agora...

Agapito cedió. Le tendió su diestra, que Yuyo estrechó tímidamente, y le dijo, sin poder ocultar su emoción...

—Bay, tú te vas; pero queamos en ese acueldo. No vayas a salil juyendo cuando me veas, que tenemos que arreglal esta cuestión en cuantito nos güelvamos a vel.

—Adiosito, adiosito —decía Yuyo.

Recogió las latas y emprendió su camino, volviéndose repetidas veces para mirar a Agapito que continuaba estático en el mismo sitio. Agapito la contemplaba como una fiera en celo.

¿Por qué no había de correr detrás de ella, detrás de su felicidad que se le escapaba y rogarle que hablase, que le dijese una palabra, una sola palabra que lo tranquilizase, que calmase la violenta inquietud en que lo dejaba? ¿Qué lo detenía? O, ¿por qué ni interceptaba audazmente su camino y le exigía, con violencia, abusando de las condiciones excepcionales en que se encontraban ambos, que hablara, que no dejara para luego lo que podía resolverse enseguida?

No se atrevía a ejecutar ninguno de aquellos propósitos, que le parecían descabellados, temiendo comprometer el éxito de su empeño. Vio perderse a Yuyo detrás de una revuelta del camino, y anduvo también en dirección hacia el sitio en que trabajaban sus hermanos.

Éstos lo esperaban. Valentín les había enterado maliciosamente del motivo de la *diligencia* de su hermano. Cuando llegó Agapito a la finca, los machetes brillaban, refulgían como espadas de fuego.

—¿Ya usted güelvió, mano Agapito? —interrogábalo Concho socarronamente—. Pol poco hay que mandale la comía y la jamaca.

—No me chave, mano —y miraba a Valentín con disimulado enojo—. Si estoy pol disile que usté tiene la culpa e mi taldansa. Dende ayel vengo sintiendo unas jelbeeras malísimas en la barriga,<sup>13</sup> y yo creo que jué aquel bacalao colorao que sancochó usté ayel sin desalalo.

—Mire, mano —replicábale Concho sonriéndose—, que a mí se me crusan las navajas. No me venga con el bacalao y sus diligencias que usté anda etrás e otras salasones...

—La cuestión es —decía Agapito enarbolando el machete para cortar los bejucos que trepaban por una mata de plátanos— que este dolol no se me quita ni a sol ni a sombra.

—Sí, sí —interrumpíale Concho—, tenga cuidao no se vaya a moril e la jitera,<sup>14</sup> pol que usté sabe, y si no lo sabe yo se lo digo, que todas las salasones *agitan*...<sup>15</sup>

<sup>13</sup> Acedías. [Nota del autor].

<sup>14</sup> Hartazgo. [Nota del autor].

<sup>15</sup> Ahítan. [Nota del autor].

#### IV

Cuando Yuyo llegó a su casa, ya estaban en ella su padre y sus hermanas que habían regresado de la *tala*. Hablaban y disputaban sobre unos ruidos que habían oído sucesivamente unas cuantas noches, y no se fijaron en ella que entró sigilosamente y dejó las latas del agua en la cocina, acercándose a la reunión. Señor Anselmo trataba de explicar las causas de aquellos ruidos nocturnos, atribuyéndolos al viento, a los ratones que venían del monte a comerse los desperdicios de la cocina, o a las cucarachas que andaban por los *setos* de la casa.

Crispina, como siempre, contradecía todas las opiniones para imponer la suya, con la intransigencia de su carácter y su irresistible verbosidad.

—No papa, no pué sel... —decía—, ¿sinó conoceré yo las pisás e los ratones? No, no son ratones, no puen sel. Si no son pisás pasito, ¡ea!, si cuando anda eso pol la sala, parese que un temblol e tierra está jamaqueando la casa. Las tablas se menean lo mesmo que cuando una e nojotras trajina pol la sala. Mire, papa, esa es gente..., es una pelsona que se está metiendo aquí toas las noches.

Yo no la je visto, pero apuesto el pescueso a que es asina, y sinó, a ponernos en vela esta noche y verá usted.

—No me polfies; son ratones y son ratones; pero como tú las quieres ganal toas..., pol dalte en la cabeza, vamos a velal esta noche y verá.

Eulogia había permanecido indiferente durante la empeñada discusión de seño Anselmo y Crispina. Al oír las últimas palabras de aquél, se revolvió nerviosa, inquieta, mudó de color, y dijo tímidamente, con gran embarazo:

—Mira, Crispina, yo creo que papa tiene rasón, porque... ¿Pol dónde va a entrar uno aquí, después que jayamos trancao las pueltas? Tú habrás sentido esos ruidos que dises; pero ¿a que no jas sentido abril ni serral las pueltas? A menos que no sea cosa 'el otro mundo, que jabra las pueltas pol juera...

—¡Qué cosas 'el otro mundo ni ocho cuartos! No me vengas tú con contumelias... ¡Parese que no jas mudao los colmillos toavía! —decía Crispina gesticulando como un energúmeno—. Yo digo y redigo que es gente, y gente e aquí abajo la que anda silniendo la casa toas las noches. Yo sola no soy la que siento esos ruidos, papa y Chelia los jan sentío y los muchachos también...

—Veldá es —decía Sergia—. Yo je sentío también la otra noche..., anteanoche, los ruíos: ¡plan!, ¡plan! Unas pisás fueltes, y las vigas el soberao chillando, y después

unos quejíos pol el cualto e Lojo. ¡Mira!, si yo te diba a ñamal, contando que te jabías puesto mala...

—Güeno, dejemos eso y vamonos a comel, que se está jasiendo talde —decía seño Anselmo—. A la noche veremos quién ja dao en el clavo.

—Sí, sí, eso es lo que yo quiero. Esta gente e aquí parese que se va a pasal toa la vida mamándose el deo —decía Crispina.

La palidez de Eulogia aumentaba intensamente; sus labios se movían como los pétalos de una rosa que deshoja el viento, y sus manos amarillentas recorrían los bucles de su cabellera, haciendo y deshaciendo su peinado, su peinado simple y sencillo de campesina. Eulogia se denunciaba, inconscientemente, ante la indiferencia de su familia, que no notaba su visible turbación, enfrascándose en aquellas disputas que no tenían otra finalidad que el afán egoísta, por parte de cada uno, de imponer su opinión personal a los demás.

Eulogia sabía algo de los ruidos, tal vez por eso, contra su costumbre y su carácter, discutía con su familia y se turbaba en presencia de ella, cuando se tocaba esta cuestión.

Los ruidos se dejaban sentir casi siempre a la misma hora. Eran como pisadas humanas, medrosas, que hacían crujir estrepitosamente el desvencijado maderamen del piso de la casa en el silencio sepulcral de la noche.

El ruido cesaba un largo intervalo, y después volvían a oírse las mismas pisadas un poco más calladas y ligeras; chirriaban los goznes mohosos de una puerta, y volvía a restablecerse el silencio.

Hacía ya seis o siete días que Crispina y Sergia habían observado aquel fenómeno. En los primeros días no le concedieron importancia, creían, como aseguraba más tarde señor Anselmo, qué serían los ratones, o el aire a cuyos embates se moviera alguna puerta que se había quedado abierta. Y, luego, pensaban: como con el silencio de la noche cualquier ruido, por insignificante que sea, toma proporciones tan alarmantes y grimosas..., pudiera ser que su imaginación los engañara. Los ruidos continuaron, ni más pausados, ni más fuertes. Unas veces Sergia y otras Crispina llamaron bien a su padre, o a Eulogia, o a Yuyo, preguntándoles si se habían levantado y todos, a una, contestaban que no habían oído nada y que estaban acostados, sin preocuparse por lo que unos y otros consideraban alucinaciones, o defectos del miedo de las desveladas.

Así fueron pasando los días y los ruidos repitiéndose, periódicamente, hasta que a instancias de Crispina, pusieron todos de acuerdo en el consejo de que he hablado para averiguar la causa de ellos.

Crispina quería que no se acostasen aquella noche, o que cuando menos se quedasen en vela señor Anselmo, Sergia y ella.

Después de una acalorada disputa, que duró más de media hora, acordaron el siguiente plan, ideado por señor Anselmo, que tuvo que caracterizarse para imponer su opinión y su autoridad paterna: se acostarían todos a la hora de costumbre. Él colgaría su hamaca en la sala, frente a la puerta, en cuyo sitio tendría que advertir, necesariamente, cualquier movimiento, ruido, etcétera, lo que fuera, que ocurriese por allí, y Sergia y Crispina que tenían el sueño más ligero que las otras muchachas, darían voces, llamando a los que durmiesen, en cuanto oyeran las *célebres pisás*.

La malicia, la falsedad, la hipocresía, la doblez, son las únicas armas que la desgracia pone en manos de los débiles cuando han perdido su dignidad y su valor, bajo el imperio de la tiranía, de la explotación y del despotismo. Incapaces para herir en el corazón al tirano, para arrancar el poder de sus manos y ejercerlo para ellos, para su colectividad; inútiles y cobardes para la lucha; sin valor ni acometividad contra las explotaciones que han mercantilizado sus energías, obligándoles a competir con las bestias y las máquinas en el trabajo, sumisos y dóciles, ruines y cobardes, descienden al servilismo en vez de elevarse al martirio.

Pudiendo alcanzar las alturas, o morir en su ascensión gloriosa y sublime hacia las cumbres, prefieren morir en las simas, deambulando en el limo de las

charcas y divirtiéndose con el sonido tenebroso de sus cadenas, que repercute en sus oídos como una música grata y armoniosa, que canta el himno de su servidumbre. Pudiendo luchar como gigantes y adquirir su talla en la lucha, mueren, implorando misericordia y piedad como inútiles pigmeos, bajo las suelas de las botas charoladas de sus amos.

Crispina era de la casta de los débiles, de los abúlicos, de los que nunca se rebelan contra sus opresores consuetudinarios, ni contra el hambre, ni contra el destino. Engendada en medio del servilismo, del miedo, del temor a los desplantes de los que administraban los estómagos de sus padres, nació servil y humilde como ellos, y creció servil y humilde como ellos habían crecido. Fue humilde y servil, como vio que eran humildes y serviles los que le dieron su ser humilde y servil.

Y fue soberbia, altiva y orgullosa con sus iguales, con los que llevaban en sus venas su misma sangre y con los que como ella habían nacido de los humildes y serviles y eran humildes y serviles. Su malicia era flexible, aguda, ratonil. Nada se le escapaba. Adonde no llegaba con su inteligencia en bruto, sin pulir, iba con su malicia, sustituyendo con ella el cálculo, la previsión, la experiencia, la ilustración y el talento. Todo lo adivinaba, como si se lo dijeran al oído, según decía.

Todo lo tenía previsto, y cuando se cumplían sus vaticinios, llevaran la felicidad o la desgracia, la alegría o la tristeza, a su casa, demostraba su satisfacción como una chicuela malcriada que consigue lo que quiere, después de haber rabiado y pateado un rato. Y ella había sido la primera que dijo, adelantándose a los demás, con su malicia proverbial, *que toos aqueyos arrumacos eran cosa e gente, de algún vivo, y lo demás eran boberías.*

Llegó la noche.

Eulogia y Yuyo se recogieron temprano, ambas dormían en la misma habitación.

Crispina, Sergia y señor Anselmo, estuvieron hablando un rato en la sala, hasta que los venció el sueño, con gran disgusto de Crispina, que pretendía estar levantada hasta las diez o las doce de la noche, a cuyas horas decía que había oído el alboroto la noche anterior.

—Vayanse a dulmil, caray —decía señor Anselmo, incomodado—. Lo que jueere sonará. ¿No ven que si nos queamos aquí en velorio toa la noche, vamos a peldel el tiempo y a ajuyental los ruíos esos?

—Pero, papa —le decía Crispina—, si to se pue jasel sabiendo. Apagamos la lámpara y nos queamos aquí y así lo poemas cogel. Eulogia, entretanto, tosía desaforadamente, haciendo crujir su cama.

Crispina tenía que desquitarse con alguien, y reventó con ella.

—Caray, Lojo, ¿dime si quieres que te vaye a metel dos nalgás pa' que se te salga la tos pol otra parte? Cuando más en silencio se necesita, te pones a alborotal asina... Sierra la boca y verás cómo se te quita eso.

Y al acostarse murmuraba, dirigiéndose a Sergia:

—Mire, Chelia, a mí no vende naide, aquí hay gato entre saco, y si papa no juera tan bobo, lo cogíamos, polque lo cogíamos. Jum, oye cómo sigue tosiendo esa condená: ¡Caray, si quedrá espantalo!...

El silencio, la calma serena e imponente de la noche en el campo, sumía en la tranquilidad medrosa y en la quietud lóbrega de las grandes soledades la vivienda de seño Anselmo.

Los pájaros dormían y no turbaban con su canto el silencio nocturno, diluyendo en él sus alegres trinos. Los insectos que pueblan de noche el ambiente de sonidos desacordes e ingratos dormían también entre la yerba y las ramas de los árboles, agotados sus élitros.

Las espigas de las yerbas y las copas de los árboles se coronaban con la luz de las luciérnagas, como si una onda de luz suave y tenue se hubiera tendido sobre ellas, cual un velo diáfano y luminoso. Y el airecillo fresco, saturado de fuertes aromas, descendía de la montaña, oscura como una mole inmensa de carbón, sobre el llano, y movía y agitaba y estremecía aquella sábana de luz como si una mano invisible la hiciera ondular.

El aire empujaba el haz versátil de microscópicas lucecillas hasta la falda de las montañas que se elevaban al cielo, que parecía una gigantesca bóveda de terciopelo negro, salpicada de diamantes, como grandes pirámides de ébano sobre una planicie áurea.

La naturaleza dormía su sueño obligado y periódico, según la metáfora tan explotada por los poetas; descansaba como descansan los hombres en las tinieblas de sus habitaciones herméticas y confortables, o en sus viviendas miserables como cribs, que atraviesa el aire, el alisio suave y perfumado y el soplo frío, glacial y traidor en cuyas alas cabalga la pulmonía, o a campo raso, en los quicios de los portales de las grandes casas, o en los atrios de los templos, en cuyas cornisas convierten para ellas la noche en día las lechuzas y los murciélagos, los noctámbulos del espacio que no juegan al monte, ni corren, tal vez, a esas horas, peligrosas aventuras donjuanescas.

—Papa, papa, alevántese... ¡Las pisás, las pisás! Papa, puí selquita..., por la sala —gritaba Crispina, desde el fondo de su camastro.

—Manífica, animamea..., ¡sui, cógelo...! ¡Ahí va! —gritaba a su vez Sergia, tapándose la cara con la almohada.

—No me fastidien, caray..., ¿no me van a dejal dolmil tranquilo? —decía seño Anselmo malhumorado, acomodándose en la hamaca para conciliar el sueño.

En ese momento se soltaba la hamaca de sus amarras y caía seño Anselmo de bruces sobre el suelo. Al levantarse, palpándose un chichón que se había hecho en la frente al caer, y divisar un bulto blanco que empujaba la puerta y salía corriendo, empuñó el machete que a prevención había dejado cerca del *dulmiero*, como decía, y bajó también en persecución del que corría.

El bulto apenas se distinguía en medio de las tinieblas que lo circuían como si lo acompañaran en su carrera vertiginosa. Seño Anselmo corría con todo su ánimo. De pronto vaciló y cayó sobre el camino: el bulto le había arrojado un objeto a la cabeza, cuyo golpe certero lo hizo vacilar y caer. Se incorporó y regresó a su casa con el machete bajo el brazo y corriendo más aprisa de lo que había salido de ella.

Todas las mujeres lo aguardaban, apiñadas, en paños menores, en la puerta.

—¿Lo mató, papa? —preguntábale Crispina al verlo.

—Pol poco me mata él a mí... Me sumbó una cosa más dura que el diantre y me esgolisé pol suelo como una guanábana maúra...

”Caray, y cuando me enderesé to achichinao y dolorío pa’ dilmele pa’ ensima..., ni el jumo, ni el rastro.

”Y me vine, contra, seguío polque yo creo que ese es el Diablo en pelsona”.

—Ave María Purísima —decían las mujeres consternadas.

—Pero, papa —preguntaba Crispina—, ¿usté no le pudo tiral ni un tajo siquiera?

—¡Qué! No me digas na. Si eso escapeaba más que una guinea, y paresía que diba emburujao en una cosa prieta. ¡Y el sumbío que yevaba!... Si apitaba, como un toro, lo mesmito... No, no podía sel, no lo alcansaban ni cincuenta hombres en ringlera, escapeando unos etrás e otros y jalando pata duro. Era una fantasma y déjate de requibeques, porque no hay bestia ni pelsona que puea correl asina... ¡Qué va..., no ja nasío entoavía!

Eulogia se sonreía volviendo la cara hacia la pared: ella conocía el fantasma que intrigaba a su familia. Ella había tenido muy cerca de su cuerpo sudoroso y palpitante, frío, con el frío del espanto y del terror asociados, al fantasma misterioso, allí sobre las varas de su barbacoa, bajo aquel techo.

El fantasma encontraba la puerta entreabierta, sujeta por una *guita* para que el viento no la abriese.<sup>16</sup> Subía recatándose en las tinieblas y se deslizaba en la habitación de Eulogia que lo esperaba. El éxito con que realizó sus primeros asaltos a la casa de seño Anselmo le hizo desechar los temores que al principio

<sup>16</sup> Cuerda. [Nota del autor].



obligábanlo a tomar infinitas precauciones, y después entraba sin fijarse en el sitio donde ponía sus pies, en la seguridad de que nadie lo oiría..., así fue que lo sorprendieron.

El fantasma, el fantasma misterioso y atrevido que se colaba en casa de señor Anselmo, protegido por el lóbrego silencio de la noche, era... nada menos que Nicanor, el menor de los Crespo, Anicano, como lo llamaban.

Nicanor no había perdido el tiempo por su parte: mientras Yuyo iba a buscar agua al río, y las otras mujeres estaban en la tala con señor Anselmo, él se entendía con Eulogia, precisamente en los mismos instantes en que Yuyo oía las frases apasionadas y las vehementes promesas de Agapito.

—Güeno, vamonos a dolmil —decía Crispina—; pero a mí no hay quién me quite de la cabeza que aquí hay gato entre saco.

—Sí —le interrumpía señor Anselmo—, pero gato que aruña. Mira como me já dejao la cara... Veremos cómo me amanese mañana este guabarucho.<sup>17</sup>

—Aruñe o no aruñe —seguía impertérrita Crispina—, hay que velalo, y velalo a la entrá, y me atrevo a apostal cualquier cosa que lo empuñamos.

—Lo que es mañana pol la noche —decía señor Anselmo—, si lo llego a empuñal, me la paga, porque me la paga.

Se acostaron intranquilos. Crispina estuvo la mayor parte de la noche sentada en el borde de la cama, y como sintiera algún ruido, llamaba a su padre. Encendieron la luz varias veces, registraron la casa, pero el fantasma no volvió a aparecer más. ¡Bien tranquilo y descansado estaría en su casa, riéndose de la caída de señor Anselmo y del susto de las mujeres!

En las noches sucesivas fue inútil y no produjo resultados prácticos algunos la vigilancia ejercida por señor Anselmo y Crispina, que concluyeron por creer en la aparición de algún duende o *agente* sobrenatural que se entretuvo en hacerles pasar un mal rato. El fantasma no volvió a importunarles más.

Meses más tarde caía enferma Eulogia, de una enfermedad rara y original. Apenas comía, pedía siempre cosas frescas, a las que Crispina, con su autorizada opinión, concedía gran importancia curativa: agua de melao, tisanas de arroz y cebada, guarapo de caña y agua de azúcar. Injería aquellos refrescos con una sed insaciable, y tornaba a caer en la cama en un abatimiento desconsolador, desairando los ofrecimientos de sus hermanas y desoyendo consejos de algunos amigos que iban a visitarla.

<sup>17</sup> Contusión. [Nota del autor].

Seño Anselmo quería llevarla al médico; pero Crispina y Sergia se oponían, arguyendo que el médico cobraba mucho y no curaba.

—Ejémosnos e melesinas e botica —decía Crispina—, que toas ésas son agüitas que no silven pa' na. Vamos a mandal a buscal un curioso, que ésos entienden las dolamas e nojotros y curan e veldá y nos cobran barato. ¿Polqué no le jabla a don Joseíto el de Biatris?<sup>18</sup>

—Ese sí que es güeno —decía Sergia, entusiasmada—. Acuéllese, papa, del remedio que le dio pa' el roma. Y que no manca nunca; es más aseltero que una escopeta de dos cañones. Si no quiere dil en casa e don Joseíto, vayase a la Crus,<sup>19</sup> y tráigase las pelotitas e la meoparía —decía Crispina,<sup>20</sup> en su afán de hablar siempre la primera y la última para imponer su opinión a los demás.

—Güeno, muchachas, caray, que ustedes son como las guineas; cuando grita una toas le jasen coro... En cuantito acabe e cojel el maíz, voy a ocupalme de esas diligencias..., pasao mañana voy. Yo creo que de aquí a ya no se va a molil Lojo...

Seño Anselmo, preocupado con la enfermedad de Eulogia y empujado por Crispina, se decidió a salir

en busca de un remedio para la muchacha, al día siguiente de haber sostenido con Crispina y Sergia el diálogo anterior.

Su comadre Petronila, que vivía en Guabate,<sup>21</sup> lo acompañó a casa de una curiosa muy célebre, cuyos servicios eran muy solicitados por los habitantes de los barrios más distantes de aquel contorno, que iban ciegos y confiados por la imbecilidad de su fe, a poner su salud en manos de aquella mujer, que no curaba sus enfermedades y explotaba sórdidamente su crasa ignorancia de analfabetos económicos, hasta en las más delicadas cuestiones, relacionadas con su existencia. La curiosa, después de muchos ambajes y pretenciosos rodeos, encaminados a encarecer sus méritos y dar importancia a sus facultades, se decidió a acompañarlo. Eso sí, con la mayor reserva y discreción; que no lo supiera nadie, porque los médicos le hacían una competencia tremenda a ella y sus cofrades, llegando a denunciarlas, amparándose en la ley, que los favorecía, con el propósito de inutilizarlas, para restarles a ellas su numerosa y agradecida clientela.

Estos *curiosos* y *curiosas*, que antes se llamaban curanderos, curan por distintos y múltiples procedimientos. Unos reconocen las aguas del paciente para diagnosti-

<sup>18</sup> Barrio de Cayey (Beatriz). [Nota del autor].

<sup>19</sup> Nombre de una finca rústica. [Nota del autor].

<sup>20</sup> Homeopatía. [Nota del autor].

<sup>21</sup> Barrio de Cayey. [Nota del autor].

car la enfermedad y atacarla; otros soban y manosean la parte del cuerpo del enfermo en que se ha alojado la enfermedad, operación que recibe el nombre de *pases* y supone en el que la practica un gran desarrollo de sus fuerzas magnéticas; otros profesionales dan, además, a tomar a sus pacientes pociones compuestas por ellos y agua potable *malnetisá*, que han de injerir y utilizar también para friccionarse con ella; otros curan por los baños *e cosimientos* calientes, para los que ellos recogen en el campo un sinnúmero de plantas y las ponen a hervir en una lata con agua, las plantas en infusión son extraídas después del recipiente, y el caldo verdoso que han segregado se vierte en una bañera o lebrillo, agregándole ocho o diez galones de agua fría; el enfermo se cura, después de esa ablución a la temperatura de 38 o 39 grados..., o deja en el baño buena parte de su epidermis.

Hay otro procedimiento de los cuales no quiero hablar para no dar más extensión a este capítulo.

Un procedimiento que hoy se practica muy poco, casi está en desuso en la actualidad, es el *santiguao*. El *santiguero* ordena al enfermo que se tienda horizontalmente en su lecho, le dice que se abstraiga en absoluto de las ideas o asuntos que le preocupen ordinariamente y que recoja su espíritu aislándolo de toda influencia exterior; por último, le exige que piense en el santo de

su devoción y que lo invoque, entonces el *santiguero* se inclina sobre el lecho y traza con el dedo índice de su mano derecha una cruz en la frente del enfermo, operación que repite varias veces en diferentes partes de su cuerpo. A los tres o cuatro días el enfermo ha de recobrar su salud, según opinión del *santiguero*, o empeorará que es lo que sucede con más frecuencia, contra su opinión y sus deseos.

El *curioso*, o el curandero, reconoce en toda enfermedad una causa, origen de ella, que hay que atacar de cualquier modo. Esa causa elige por residencia determinado órgano del cuerpo del enfermo y sobre él ha de actuar eficazmente la habilidad del curandero *p'asacala*.

El *curioso*, curando por cualquier sistema, receta siempre purgantes y vomitivos para ayudar a botar la causa, porque mientras el enfermo no la haya desalojado de su cuerpo no le abandona la enfermedad.

Seña Tana Ocasio, la *curiosa*, seña Petronila Suárez y seño Anselmo llegaban a la casa de éste.

Seña Tana fue introducida en la habitación que ocupaba Eulogia.

—¿Qué hay, nena? ¿Que te duele? ¿Cuántos días jasen que estás tumba? —preguntábale a la enferma.

—Eyo no sé —decía Eulogia— con seguridad; pero me párese que sinco a seis días. Y me duele, me duele toa la cabeza, dende aquí atrás hasta la frente, y me duele,

me duele mucho... la barriga pol el lao el estómago, y me duelen las colbas e las piernas y los garrones e los pies, bay, toíto el cuelpo, dende arriba jasta abajo.

—¿Y no jas tomao na —seguía preguntádole la *curiosa*— dende que te enfelmaste?

—Yo, naíta —le contestaba Eulogia—, casi na. Algún fresco; agua e melao, guarapo y una mijaguita e comía tos los días.

—Pero ¿no te jan puesto ninguna visita, ni jas tomao pulgas ni gomitivos? ¿No más que fresco?

—Sí, señora, no ja tomao otra cosa.

—Pues, entonces, vas a tener que tomal una pulga e agua e Robinales,<sup>22</sup> y después un gomitivo e raíses ipecajuana, polque jay que tenel el estógamo al corriente..., polque, ¡Dios me peldone!, pero tú estás empansiná e la tirisia.<sup>23</sup> ¿Tú no mascas tabaco ni bebes bebía dinguna?

—Yo... ¡Dios me libre, doña!

—Dispués —seguía recetando seña Tana— jay que ponelte sinco o seis visitas pa' que el estómago esté a to culso, polque yo creo que la causa está ahí —y señalaba al vientre de Eulogia— aposá jase unos cuantos días y jay que ponela en movimiento, hay que botala, polque sino... jum, ¡Dios me peldone!...

<sup>22</sup> Rubinat. [Nota del autor].

<sup>23</sup> Ictericia. [Nota del autor].

—Güeno —decía Crispina, que no podía quedarse callada nunca—, ¿pero no le va a jasel na? Mire que está muy jincha y debin,<sup>24</sup> y no quiere probal na... Y..., ¡mire!, tiene la barriga dura y jenchía como un marimbo. Jum, yo no sé. Usté escúlquela, polque a mí me párese que Lojo está más que empansiná...

Seña Tana trataba de examinar el vientre de Eulogia y Eulogia se resistía agarrando la manta con ambas manos y mirándola ansiosamente.

—Güeno —decía la pobre muchacha, roja como una amapola—, agora me ve seña Tana; pero váyense ustées pa' ayá.

Crispina salió, la primera, refunfuñando y la siguieron las demás.

Seña Tana se quedó con ella. Eulogia le mandó que cerrara la puerta y se cerciorase si estaban solas. Entonces habló en voz muy baja, entrecortada por débiles sollozos, suplicante. Su rostro cambiaba de color continuamente.

—Mire, seña Tana; pero no se lo diga a nadie, pol su madre —decía la muchacha apoderándose de una mano de la vieja—, yo no tengo na; es disil ninguna enfelmedá..., enfelmedá... asina... d'ésas.

”Yo creo..., escúlqueme, bay; pero, ¡ay!, no diga na”...

<sup>24</sup> Débil. [Nota del autor].

La *curiosa* la reconocía. Palpábale el vientre, mirábale fijamente las córneas de sus ojos negros, velados por el blanco rocío de sus lágrimas, y decía abriendo desmesuradamente la boca, por la que se asomaban dos largos y sucios colmillos que se encajaban como las puntas de dos clavos mohosos en su labio superior.

—Ave María. ¡Muchacha! Tú...

—Sí, sí, eso mesmito, seña Tana —la interrumpía Lojo—, pero cayese... Mire, yo tengo ahí en ese baulito que está al lao del seto cuatro pesos e las ganancias e una puelca e niña Rosita..., abra el baúl y cójalos pa' usted... y me trae una cosa..., ¿sabe? No se le olvide.

—Jum..., ¡bay! —decía la vieja dirigiéndose al sitio que le había indicado Eulogia—. No es pol interés... ¡Dios me peldone! Pero lo jago, e caría...

”El lunes yo güelvo y te curo”.

—¡Ay!, sí, no se le olvide, ¡ágalo pol lo más que quiera... —decía Eulogia.

—Palabra e honol —le contestaba seña Tana, guardándose en su faltriquera los cuatro pesos—. Agora yo le digo al viejo y a las muchachas que tú no estás hoy en desposición y que el lunes vengo a dalte los pases...

Seña Tana abrió la puerta y por ella se precipitaron las muchachas y el viejo.

—¿Qué tiene?, ¿se curará? ¿No está a las últimas? —decían todos a una, rodeando a seña Tana.

—No se apuren, no se apuren —decía la *curiosa*—. Esas dolamas e la muchacha no son de cuidiao... Eso pasa... ¡Dios me peldone! Entre tres o cuatro días, está güena, sanita como una mansana...

—¿Pero se va asina —decía Crispina— sin disilmos qué clase e enfelmedá es la que tiene Lojo?

—Pos mire; toas las enfelmedades son lo mesmo. Unas malas y otras piores y otras más malas. Polque lo que es la enfelmedá, no la averigua naide, pol más que se empeñe... Lo que hay que averigual es el lugal del cuelpo en que se ja metió la enfelmedad... y sácala pa' juera. Yo digo que la causa e esa enfelmedá está en el estógamo..., y Dios me peldone..., pero está ahí. Eya tiene jerbeeras y su poquito e padrejón, ¿qué más hay que averigual? Lo otro es mal e sangre mala que se ja detenío en la cabeza. Yo güelveré, yo güelveré el lunes a dale los pases, y si la enfelmedá se emperra, le metemos en el cuelpo el pulgante e los tres aseites y un pal de gomitivos y se cura o dejo de sel quien soy...<sup>25</sup> ¡Dios me peldone!

<sup>25</sup> El empleo cutáneo de aceite de beleño y de belladona, en combinación con el aceite alcanforado o el laudanizado, era común para atenuar episodios de dolor agudo en el estómago. José Peón Contreras, “De algunas afecciones complicadas con el paludismo, del empacho y del mal del pinto, en México”, en *El médico práctico doméstico y Enciclopedia de medicina*, México-Canadá, World Publishing Coy/Griffin y

—Al pelo, seña Tana —decía seño Anselmo—. Agora usted dirá lo que vale su trabajito... y dispense la molesta.

—No es que yo le cobre a usted na pol el viajesito, bay, ¡Dios me peldone!; pero déme un pal e pesos y el lunes arreglaremos el resto... No es que yo quiera cobrarle... ¡Dios me peldone!; porque eso no vale la pena y pa' algo semos los amigos y las amistades, ¿no le párese?, pa' ayualnos cuando llega la ocasión.

El lunes volvió seña Tana a curar a Lojo. Le hizo el *santiguao*, le dio a tomar el contenido de una botella que llevaba y, efectivamente, como había asegurado, a los tres o cuatro días Lojo había *botao la causa pa' juera*... y estaba como una *mansana*.

Campbell, 1889, pp. 213-214. <<https://bit.ly/3BXEYcz>>. [consulta: mayo de 2022].

## V

Habían llegado a la finca otras familias de trabajo, nuevos colonos atraídos por la falsa prosperidad alcanzada por los Crespo.

¿Cuál era la situación de éstos? ¿Qué milagros habían hecho para que se les envidiara, atribuyéndoles riquezas que no poseían? Muy pocos, contadísimos y recortados, míseros, comparados con el trabajo que habían realizado allí desde su llegada. Con la mitad que les correspondió de sus cosechas habían compuesto un poco la casa en que vivían, cuyo estado ruinoso les preocupaba, y con el resto habían comprado cuatro vacas y dos yuntas de bueyes que utilizaban en las labores agrícolas. Ése era todo su capital, cuanto habían hecho trabajando desesperadamente, privándose de infinitas cosas necesarias a su existencia. Con su prosperidad, que rodaba de boca en boca, exageradamente aumentada, hablábase de los amoríos de Yuyo y Agapito y hacíanse comentarios que no dejaban bien parado el honor de ella. Algunas de esas conversaciones malévolas habían llegado a oídos de Yuyo, intranquilizándola, temerosa

de que su familia llegara a enterarse de su *arreglo* con Agapito.

Con el fin de evitar las conversaciones, que ya empezaban a preocuparla, Yuyo había cambiado sus oficios domésticos por los de Eulogia. Ésta iba al río y ella se quedaba en la casa haciendo la comida para la familia.

Seño Anselmo, Crispina y Sergia estaban en aquellos días, precisamente, muy atareados en la recolección de una cosecha magnífica, de la cual perderían, probablemente, la mitad por falta de brazos que los secundasen.

Concedían tal importancia a aquella empresa, ponían tal empeño en economizar brazos y querían apurar y explotar de tal modo sus energías que para no perder tiempo se hacían llevar la comida a la tala, utilizando para ello al Bobo.

Hacía ya cinco días que Yuyo no veía a Agapito. Éste le había pedido apremiantemente una cita para aquel día en la misma casa, en la que podrían hablar, aprovechando la ausencia de la familia de ella. Yuyo no se atrevió a acceder a los deseos de su novio, y le prometió ir al día siguiente al sitio en que se veían y hablaban siempre.

Yuyo abrigaba ciertos temores que la hacían vacilar entre el amor y el deseo de complacer a su novio y el temor a las habladurías maliciosas del vecindario. Más de una broma atrevida y grosera había hecho en-

cenderse sus mejillas con las tintas del rubor; pero, pensaba, ¿acaso Agapito tiene la culpa, es responsable de esas habladurías, de esos comentarios, cuya osadía lesionan mi pudor? No, no debía vengar en Agapito la maldad gratuita y mortificadora de los demás. Acudiría a la cita.

Sentada sobre un cajón, en la cocina, vigilando las ollas, entregábase a sus pensamientos, sin advertir la presencia del Bobo que la miraba con sus grandes ojos inexpresivos, dilatados, por los que hablaba elocuentemente su idiotez maliciosa y convencional que le ayudaba a vivir sin ser molestado por los demás, subsistiendo con las migajas y los desperdicios que le arrojaban para que no se muriese de hambre.

El vapor de agua hacía trepidar con sonoridad metálica las tapas de las ollas cuyo contenido hervía sobre la leña crepitante.

Yuyo se levantó para destapar las ollas, advirtiendo entonces la presencia del Bobo, que iba también hacia el fogón para hacer lo mismo.

—Adiós, Bobo, ¿dónde estabas metió que no te jabía visto?

—Lo que eres tú agora no reparas en na... Como que yo no sé cómo no te sale un día sosa la comía y otro salá...

—¿Y tú? ¡Mírenlo qué entremetió! Suelte que la jayas así, sosa o salá: a cabayo regalao...

—Güeno, Yuyo, espáchame que seño Anselmo está esperando la comía y me va a regañal.

Yuyo acostumbraba a bromear con el Bobo. Desde niña había oído siempre a su padre hacer crueles bromas a costa de los múltiples defectos del muchacho, y así, siguiendo el ejemplo de Sergia y Crispina, bromeaba también con él por gusto de hacerlo rabiar.

—Oye, Bobo, porque estás agora tan jincho —dijo mirándolo y sonriéndose—. Jum... Bobo.

Bobo, tus'tás escolorío  
tú te...  
y en tu casa no saben  
lo que tú tienes.

—Mira, Yuyo, no me cuques. Yo no quiero jablal y si jablo..., no me cuques, pa' que no digas después que si yo lo hubiera sabío... No me juzgues, Yuyo, que... Yo conosco el güey que faja...

—Caray, Bobo, tú sabes que tú estás bien esvanesío... ¿Quién lo ve tan güelío, con su carita pasamá, que párese que no rompe un plato? ¡Ey... Bobo!

Yo tenía una ves un visio  
e comel polvo e ladriyo,  
me juí poniendo amariyo...  
así mi suelte lo quiso.

Me miraban las mujeres  
y se echaban a reíl,  
y a quien no le da sentil  
si el compae Feles se muere.

—Mira, Yuyo, qué te jas creío tú... Tengo esperansas en Dios de velte jinchas hasta las patas... y otras cositas. Tú te cres que yo no sé muchas cosas tuyas, pues, ¡caray!, te las voy a disil pa' que veas que yo se velsal también.

Yo tenía una ves un pito  
en el que a ratos tocaba...  
Y conosco a un Agapito  
que de ti luego se alaba.

—Mira, condena, te voy a restriyal una oya en esa cara e marrueco..., ¡eslembao!

Tú tienes jincha la colol,  
tienes jincha la guelgüera  
y es tan grande tu jinchera...  
Que igualas a un caracol.

—Ea, ea, Yuyo —decía el Bobo, riéndose como un idiota—. Si ése es más viejo que tu arreglito con Agapito...



Tú no sabes velsos nuevos... Yo sé e memoria toas las desimas e Sindo... y las bombas también.

Yo tenía una amiguita,  
selquita d'este lugal  
que se alba al río a jablal  
con un jíbaro e Toíta...

—Mira, Bobo... Ahí está la comía en esa canasta, y lálgate que yo no quiero cuentas contigo. Mírenlo, vino aquí esambrío, no jase na, se come un güey asao y le sobra tiempo pa' aprendel pocasvelgüensas..., si no juera pol lo que es, se lo diba a disil a papa en cuanto viniera.

—¡Eh!, y si tú se lo dises, bay, yo le digo que te vele en el río, pa' que vea lo que jases cuando vas a buscar agua.

—Y, ¿qué jas visto tú, eslenguao?

—Naíta. Poquito. Tú sentaíta encima e una piedra, el Crespito a tu lao, teque que teque, y tú eslembaíta, con la boca abielta y los ojos como la mucarona del jigüero y..., naíta, más naíta. El que esculca yaguas... Caray, si la gente me tiene salao. Que si tú estás jincho, que si estás escolorío, anemio,<sup>26</sup> y ustedes y seño Anselmo pa'bajo

<sup>26</sup> Anémico. [Nota del autor].

tienen la culpa... Y, bay, si fueran ustées solos, los de la casa...; pero cuanto hijo e mala madre yega aquí en seguío aprende la musiquita, y, dale que dale, como si juera e palo y no tuviera velgüensa.

Yuyo no le replicaba.

—Yo soy bobo; pero luego se me encrespa la bobera y... güeno, dame la canasta que aquella gente debe estar esambría.<sup>27</sup>

—Toma, Bobo —decía Yuyo, amable y conciliadora—, y no te vayas a ponel con jabladurías, que ya la gente me tiene sancochá con tanta historia.

—No te metas conmigo y verás... Tú sabes que yo soy lo más quitao e buya que hay en el mundo; pero cuando me julgan, respingo.

El Bobo cogió la canasta que le alargaba Yuyo, se sonrió con ella, la miró cariñosamente y se fue entonando una décima, de la que recojo la cuarteta que hizo reír un gran rato a Yuyo:

El puelco en la sebaera<sup>28</sup>  
es alimal e talento...  
otros se rasan pa' juera  
y él siempre rasca pa' entro.

<sup>27</sup> Hambrienta. [Nota del autor].

<sup>28</sup> Cebadero. [Nota del autor].

Yuyo distribuía la comida que había quedado en las ollas en dos porciones iguales, una para ella y otra para Eulogia.

—¿De qué te ríes? —le decía ésta entrando en la cocina.

—De na, muchacha..., de las pocasvelgüensas d'ese Bobo, que se está saliendo e la baina. Ésas no son cosas del. To eso se lo enseña ese Sindo, que es el cristiano más condena que Dios ja echao al mundo. Jay que parale las patas, pos el otro día también me vino a mí con chansas.

”Lo mejol es —decía Yuyo, acordándose de su porfía con el Bobo— no jásele caso ni chanceal con él. Güenos días, güenos días..., y sanseacabó... Polque si no lo cucan no dise na; pero, bay, como una está acostumbra a chanceal con él, y antes no era asina..., bay”.

—Sí, sí, eso es lo mejol —decía Eulogia—, polque la veldá es que se ha güelto un sangrigoldo bien grande.

—Oye, Lojo, yo voy al río esta talde y tú te queas a aquí, jasiendo la comía; tengo que laval un vestío.

Yuyo, después de darle algunas vueltas al asunto y pensarlo mucho, había decidido asistir a la cita de Agapito. ¿Qué podría decirle, qué podría proponerle que ya no le hubiera propuesto y dicho? Además, ella sentía ya deseos de verlo, se le habían hecho necesarias aquellas conversaciones con él, en las que él siempre le hablaba

de lo mismo con vehemencia, trémulo, acosado por el agujijón de sus deseos, roja la faz, pálidos sus gruesos labios, apremiante en la frase y torpe en el concepto.

Yuyo llegó al río. Sobre el cristal de sus aguas, el sol dibujaba arabescos de oro que se retorcían en su corriente como sutiles cables sacudidos por potentes descargas eléctricas, sumergiéndose violentamente bajo la cúpula de una cascada y emergiendo más lejos sobre el verdoso plano de un remanso.

Las ondas del río, en aquella orgía espléndida de la luz, pasaban mansas y tranquilas sobre su lecho brillante de arena, coronándose de blancos girones de espuma que se agitaban sobre ellas como garzas ligeras, como ligeros esquifes de papel que bogaran indecisos, dejándose llevar por el suave vaivén de las aguas.

Yuyo no veía a Agapito, y se sentó a esperarlo a la orilla del río.

Una vaca bajaba al río con la soga amarrada al cuello; al ver a Yuyo se detuvo y avanzó corriendo hasta introducir sus remos en el agua.

Agapito debía venir por allí con el resto del ganado, pensó Yuyo, y empezó a deshacer el lío de ropa que llevaba sobre la cintura, cuando oyó una voz muy conocida que cantaba, con robusta y fuerte entonación varonil, una estrofa de una décima, que más de una vez hizo latir su corazón. Sí, era Agapito. Yuyo escuchaba

con religioso silencio. El río a sus pies recogía en sus murmullos los versos de la décima, matizándolos de suaves armonías.

Bajó un pintol del oriente  
a retratal tu pelsona  
y ponele una corona  
con su diadema esplendente...

Tu pelo y pulía frente,  
ésos tus ojos luseros...  
con la mano en la mejilla  
no hay prenda que se te iguale,  
ni tampoco el sol que sale  
a las seis y medio el día.

La voz llegaba a oídos de Yuyo, con más intensidad, clara, cristalina, como si al atravesar las ondas del río adquiriese mayor sonoridad.

Agapito no había visto a Yuyo, porque seguía cantando con más entusiasmo.

Tu naris es aldolsura  
y son tus labios doraos  
y tu pecho torneao,  
jecho con alquititura.

Corto el traje de sentura  
y en toa la pelfesión,  
pielnas, plantas y talón,  
que es un retrato muy güeno...  
y como la estrella de Venus  
no almite comparasión.  
De tu misma estatura  
no se ja podido encontral  
prenda que puea igualal...

—Adiós, Yuyo, ¡caray! Venía enfuscao con la désima y no te jabía visto...

—Yo te estaba oyendo, y como vi vinil la vaca po elante, me dije: “agorita sale Agapito puí”.

—Aquí estoy, prenda... Jasía una etelnidá que no te veía. Tú estás como el caracol, enconchá... lo que tiene que yo le voy a pegal fuego a la casa pa’ que salgas pa’ juera...

—Ave María, Agapito...

—Si, mujel, si es la veldá. Tú te das más impoltancia que el alcalde... y cuidiao...

—Eyo no, Agapito, ¡Ave María Purísima!...

—No te vengas jasiendo el pescao frito agora, polque te cojí en callejón sin salía... La veldá es la veldá... Al prensipio estabas blanditita; parese que el amol se te metió pa’ entro y te julgó pa’ ayá y, bay, te pusiste co-

mestrible, como dise el maestro escuela; pero después, e sinco días p'acá... ¡Ave Marusia!... Más tira patrás que don Pepe cuando uno le va a cojel un colte e pantalón fiao...

—Pero, hombre, Agapito, si e dejao e vinil pol causa e ti..., pa' que la gente no se metitera más con nojotros. No ja sío pol otra cosa... Si yo estaba esavía pol velte.

—¡Qué vas a estar esavía!... Nostás na. Si hubieras estao asina, no te vías quedao tanto tiempo enserrá... Mira qué pretesto..., ¡la gente! ¡Caray!, ¡si te pones a oíl to lo que diga la gente, no vayes ni al batey e tú casa a buscar recaó! ¡La gente! Si la gente no se come a naide, si tú ni yo le cabemos pol la boca a la gente, si la gente es lo mesmito o piol que nojotros, si se jabla es pol envidia, no te creas que es porque te quieran mucho y te selen pa' que no te vaya a comel.

—Sí, Agapito, pero es que ya están jablando más e la cuenta...

—¡Que jablen!, si ese es el ofisio de eyos: jablal por jablal. Si uno jase, jablan, sino jase..., jablan también... Siempre sale la d'eyos y nunca sale la de uno...; pues que jablen to lo que les dé la gana..., y nojotros..., ¡alante Yauco!

—Veldá es...; pol más que jaga uno, no lo pue remedial, ¡qué vamos a jasel!

—Más claro no canta un gayo, Yuyo. Cuando yo te digo, es pol que conosco la gente. Agora si tú quieres contemplala, dende agora te lo digo: manda a jasel una vildriera y métete a entro, y que sierren bien la pueltat, pa' que no te guelan ni las moscas.

—Jesús que tú, Agapito...

Agapito se había acercado a Yuyo y la miraba con arrobamiento. En su rostro observábanse las huellas de la ansiedad que lo turbaba. Su mirada errátil vagaba imprecisa por las márgenes del río, como si buscara en ellas algo muy grande que no encontraba en su imaginación. Se pasaba su diestra callosa por la crin revuelta y áspera de su testa, como si quisiera extraer de su pobre cerebro torturado alguna idea, algún proyecto que hasta aquel momento había acariciado; una oveja descarriada que no encontraba en la vegetación salvaje de su encéfalo virgen.

Yuyo miraba correr el agua, entreteniéndose con el continuo pasar de las hierbas y rastros, empenachados de espuma, que arrastraba la corriente.

—Mira, Yuyo —decía Agapito con acento inseguro y ademán embarazoso—, esto no pue segil asina. Yo etrás de ti, y tu juye que te juye...

Se calló un instante; su penosa respiración asustó a Yuyo, que jugaba distraída con los botones de su jubón.

—Yo... jaunque quiera, Yuyo, no pueo siguil asina. Pelfiero cualquier cosa antes e vel que pasan días y más

días, y siempre estamos lo mismo: ni p'atrás ni p'alan-  
te... Baleo parao no gana flete...

—Güeno, Agapito, yo no sé qué pájaro te a picao a ti hoy; polque yo soy agora la mesmita de siempre... Yo... no te je echo na pa' que estés tan brabo conmigo.

—Yo te peldono —decía Agapito un poco repues-  
to— toas esas cosas, esas ñanguerías tuyas; pero quiero  
sabel agora una cosa y me vas a contestala ahí, ¡al clavo!

Nueva pausa. La palabra volvía a abandonar a Agapi-  
to, sus ideas reincidían a embrollársele cuando, a juzgar  
por su laborioso preámbulo, necesitaba con más urgencia  
el apoyo de su verbo y el método de sus ideas. Yuyo mirá-  
balo de hito en hito, sin atreverse [a] hablar ni a moverse,  
fascinada por la actitud de él, en la que había mucho de  
cólera reprimida y de impotencia ridícula.

—Bay, Yuyo, vamos a acabal —dijo por fin, después  
de toser varias veces— e una ves. Yo quiero arreglal esto  
como Dios manda. Yo y tigo... nos queremos... ¿Veldá  
que sí?

—¡Sí! —dijo Yuyo con seguro acento que contras-  
taba notablemente con la indecisión de Agapito.

—Güeno..., pos... si yo y tigo nos querernos, vamos  
al suponel, si yo te quiero a ti y tú me quieres a mí, de-  
bemos... querelno mucho, ¿veldá? Pero asina, ¡de veldá,  
de veldá! Como se quieren dos cuando... se quieren  
mucho, ¿sabes ya?

—Yo no sé na... Tú sabes que yo nunca je tenío  
novio...

—Güeno, vamos al disil... Que tú jases to lo que yo  
quiero, como yo jago to lo que tú me mandas.

—Pero si asina es que nojotros nos queremos, Agapi-  
to...; to lo que tú me mandas a jasel, lo jago corriendo.

—Pero, es alquito más, Yuyo... Mira, tú te aprevious  
el sábado e toas las cosas, tú ropa, bay, lo que te quieras  
lleval e tu casa...; eso sí, sin que naide te vea. A la hora  
e dulmil te acuestas y jases que te duelmes... Y, ayá a la  
prima noche, cuando no cantan ni los coquises..., yo  
llego por la ventana e tu cualto: tun tun. Tú te levantas  
e la balbacoa, coges el lío, pasitito, ¡ah!, y te sumbas pol  
la ventana y yo te empuño abajo, cogemos el camino  
y... ¡a volal que el sol cambea!

—¿Qué camino? —preguntaba Yuyo, levantándose  
asustada.

—El camino, el camino..., ¡caray!..., el camino del  
amol... —decía Agapito, rascándose una oreja—,  
del amol... de a veldá. Y, después —decía Agapito, cor-  
tado por la pregunta, sin acertar a salir del atolladero—,  
después..., ¡na, na! Yo y tigo nos queamos viviendo  
solitos en una casita, y se acabó.

—¡Ah!, ¿es disil que nojotros nos vamos, que yo  
tengo que dilme contigo, sin disil en casa pa' ónde voy,  
ni na?...

—Dios te libre con Dios te gualde. No digas en tu casa ni ji —decía Agapito todo atolondrado—. Antonces vas a dañal el negocio. Figúrate, si en tu casa no quieren que quieras a naide, menos van a querel que te vayas con un hombre... como se van toas las mujeres, vamos al disil, pa' querelse mucho, ¿sabes? Tú prepara los trastes sin disil na, cayaíta, y yo me aprepinguaré puya, cuando sea la ocasión, y nos vamos sin metel buya...

—Jum, Agapito, tú sabes que yo no asielto a comprendel toas esas cosas... Jum, yo no pueo esensetal to ese emborujo que tú jas jecho ahí...

—¿Tú no dises, Yuyo, que estás dispuesta a jasel to lo que yo te mande polque me quieres asina, como yo te quiero a ti? Pos —Agapito vacilaba ante la comparación, que le iba a resultar un poco desigual— eso es lo mesmo, lo mesmito que si tú me dises, vamos a un proponel: “Agapito, tráeme aquella lata acá, si no me la traes seguido no me quieres e veldá, e veldá”, ¿sabes? Y yo me sumbo al río y sambuyo de aquí y busca de acá... jasta que la empuño y te la traigo, y te digo antoneses... “aquí está la lata, pa' que veas que yo te quiero mucho”... Pos..., pos, eso es lo mesmo, ¿sabes ya?

—Pero es que yo, Agapito, bay, no me atrevo a salil e casa asina... Suponte lo que sufrirá el probé papa, bendito... No, no, yo sé que los sufrimientos lo matarían, y no quiero jechal esa calga sobre mi consensia.

—Pos antoneses, no jablemos —decía Agapito, resuelto y audaz, convencido de que jugaba la última carta en aquel asunto—, polque no me quieres...; polque la mujel que..., cuando va a saber lo que es amol e veldá, se pone a reculal y a jugal cabeza, como un gayo viejo e pelea, no quiere na, y lo que ja jecho ja sío pasal el macho con uno... Antoneses, yo me voy, con pena; peor me voy, ¿qué voy a jasel aquí? Sí..., yo me voy, tú te queas...; polque...; ¡la gente..., papa..., tantas cosas que te asujetan y tú que no quieres tampoco, vamos a peldel el tiempo..., el tiempo yo y tigo polfiando pa' queal siempre en lo mesmo!...

—¡Ay, no! —decía Yuyo, rectificando presurosa—. Tú to lo quieres como entierro e probe, y las cosas no puen sel asina...

—Ya le je pedío la yegua canela a Salomé y me la ja dao. Nos acomamos en eya y... ojos que te vieron dil...

—El sábado, el sábado... —repetía Yuyo como una sonámbula—, ¿pero si es pasao mañana?

—Pos, pasao mañana, ¿y qué? Yo lo que nesesito saber es siquieres dilte... o no quieres.

Yuyo vacilaba, sin acertar a formular la contestación que le exigía Agapito. Agapito la contemplaba con arrobamiento, midiéndola con la vista, como si con ella quisiera obligarla a contestarle lo que pretendía, transmitiéndole sus deseos y pensamientos. Agapito habló.

—Mira, Yuyo, ya es talde. Ya se está poniendo el sol y tenemos que separarnos, y yo necesito saber en qué queamos pa' arreglar bien las cosas. Pa' arreglar las cosas, ¿sabes ya?

—Yo..., Agapito, no sé que disilte. Tú me apuras mucho y yo no pueo contestarte en seguío, asina..., asina, sin pensar las cosas.

—Güeno, pos yo no pueo esperal toas tus conve-  
nencias; porque como se están poniendo las cosas, lo que se pué jasel agora, no se va a podel jasel más talde... Y, ca cosa a su tiempo. Asina es que... se acabó el negocio, y ca uno en su casa y Dios en la de tos. Conque...

—No, no, Agapito —decía Yuyo deteniéndolo con acento suplicante—. No cojas las cosas asina... Ten calma...

—Yo no pueo tenel calma ya. Estoy cansao e esperal, y se arregla estoy hoy, en seguía, o jaste e cuenta que me je muelto pa' ti...

—¡Bay!, to sea pol Dios. Jaré lo que tú quieras, pa' que veas que te quiero mucho —dijo Yuyo recogiendo la ropa que había lavado y disponiéndose a tomar el camino de su casa.

—Jasta el sábado —decía Agapito, pensativo, arreando las reses y viendo doblar a Yuyo un recodo del camino.

Apenas durmió Yuyo aquella noche. Su linda cabecita le pesaba como una masa de plomo; el insomnio,

que la obligaba a estar tendida en su cama en plena vigilia, poblada su reducida estancia de extraños y extravagantes fantasmas, que llegaban silenciosos hasta el borde de su lecho y posando sus labios sobre los lóbulos de sus orejitas, pequeñas y rosadas, decíanle frases ininteligibles en un tono cavernoso y tétrico.

Un fantasma de aquéllos, alzándose del suelo con proporciones gigantescas, señalaba al infinito con su diestra esquelética rodeada de brillante fosforescencia, y ella miraba en la dirección que le señalaba y veía, en la confusión de las tintas pálidas de una aurora imprecisa, grandes grupos de seres extraños que en revuelta procesión desfilaban ante ella, abrazándose, lanzándose en un torbellino de tromba, de ola monumental, que le impedía precisar sus contornos.

Se levantó muy temprano, sin poder alejar de su imaginación el recuerdo de aquellas visiones, sin poder evadir su cerebro ni su alma del peso de aquellos singulares y atroces sufrimientos que trastornaban su razón.

Eran dos amores grandes, inmensos, los que luchaban en su alma infantil. ¿Cuál vencería en aquella lucha titánica? En su cariño a su padre había algo de religioso temor, mezcla híbrida de miedo infantil y gratitud sencilla y sincera.

Su padre era aquel hombre que había visto desde que era muy pequeñita a su lado, el hombre de manos

coriáceas, rudo y ordinario, que al acariciarla le hacía daño, cuyos ojos grandes e inexpresivos, como de viejo lobo marino, veía humedecerse al contemplarla, como si las brumas que envolvían sus pupilas se convirtiesen en menudas gotas de cristalino rocío. Era aquel ser, sobrenatural para ella, que la había engendrado, algo así como un santo, a quien consideraba de más elevada alcurnia que a las otras criaturas, concediéndole facultades y fuerzas iguales a las de los singulares varones que habían ahogado sus pasiones en la arena caliente del desierto, o que con el ayuno y la penitencia sofocaron las frecuentes e imperiosas rebeliones de sus deseos. *Su padre era para ella un ser temible y adorable*. Lo quería con el mismo místico cariño que adoraba a los otros, cuyas imágenes, en pintarrajeadas oleografías, habían pegado con engrudo las manos piadosas de sus hermanas sobre el seto de yaguas de la sala; pero era más temible que aquellos santos que con el dedo señalaban al infinito, y que hundían una espada de fuego en el plateado costado de un dragón, o que veían, impasibles, achicharrarse sus carnes al rojo blanco, o que contemplaban, impávidos, la dislocación de sus miembros, como si fueran alegres testigos de las orgías de sangre que organizaran y presenciaran más tarde, para limpiar el mundo de herejes, los que recogieron sus palabras y continuaron su apostolado; era más temible, porque si alzaba su mano

para castigar, castigaba enseguida, haciendo sentir demasiado el peso formidable de su coraje.

En el cerebro rudimentario de Yuyo, en su corazón de niña, no había ideas ni sentimientos para que pudiese explicarse el cariño filial.

Su padre le facilitaba cuanto era necesario, desde que ella pudo comprender y darse cuenta de los actos de él; le pegaba cuando había necesidad, para corregir sus malas crianzas de chiquilla; y le veía ponerse muy serio y amenazar y apostrofar al vacío cuando le prohibía terminantemente, con rudo acento, que atendiera a los hombres; y la prevenía, con trágico ademán, que la *espansurraría* el día que supiera que tenía novio.

En aquel instante desfilaban por su imaginación las diferentes actitudes de su padre cuando le reñía y la amenazaba colérico, o cuando la acariciaba haciéndole cosquillas en su boquita fresca y pequeña con las puntas erizadas de sus ásperos mostachos.

Las lágrimas, sus lágrimas calientes, quemaban sus redondas y suaves mejillas. La emoción paralizaba el ritmo de su corazón, mortal palidez eclipsaba el carmín de sus mejillas y velaba el bermellón de sus labios, y con ambas manos, nerviosa, desesperada, agarrábase la cabeza como si quisiera arrancársela y arrojarla muy lejos para no pensar, para perder la memoria de todos aquellos incidentes de su vida, presididos por la presen-



cia de su padre, para que el recuerdo de su cariño y la gratitud que le profesaba no apagarán en su alma aquel otro cariño tiránico, exigente y dominante que se apoderaba de ella, arrogante y avasallador, para imponerse con bárbaro despotismo a toda su afectividad.

Reaccionaba. La visión de su padre iba borrándose lentamente en su memoria, como si otra visión poderosa y gigantesca fuera ocultándola con su silueta colosal. Y a sus oídos llegaba una música aérea, cuyos acordes comunicaban un intenso temblor a sus nervios, como si fueran cuerdas metálicas tocadas por dedos invisibles para arrancarles dulces armonías. Aquella música hería sus oídos siempre que, a solas, en sus largos monólogos, trataba de establecer una comparación entre aquellos dos amores que se disputaban la posesión de su alma: el cariño a su padre, el amor a su novio.

Como música inspirada y melodiosa, sonaban en sus oídos las frases, las promesas de cariño de su novio, y las repetía emocionada, en voz alta y argentina, pareciéndole que surgían de su laringe como un canto, como una trova ardiente de amor, acompañada por los bordones del tiple. Y aquellas frases vulgares que parecíanle a ella estrofas de una décima cantada a medianoche, a la luz de la luna, y al compás chillón del tiple, eran objeto de una estrecha comparación con las otras frases rudas, imponentes y severas de su padre: “El día que yo sepa que tienes no-

vio... ¡Caray!, te jiendo como una patilla”. Tenía que decidirse. Agapito se lo había dicho imperiosamente: “¿Sabes ya?”.

“Na de contumelias ni de esperas. Yo no pueo agualdal más, ni estoy indispueto a siguilte, güeliéndote más las enaguas. El sábado por la madrugada nos vamos... y el que venga atrás que arree. ¡Contra!, tú sabes lo que es hoy pol mañana, y mañana pol pasao... y asina siempre y los trastes sin fregal. Ni san Atanasio, tiene más pasensia que yo, Yuyo. Jasen tres meses que te conosí, ¿te acuealdas? Jué en aquella fiesta e Reyes en Galindo,<sup>29</sup> y dende entonces: agualda y espera, no avances, recula, y no corras y asujétale que te caes y... aguántete, y el mes que viene y el otro, y esta semana y la demás aya... Y yo sufre que te sufre, aborresío, dao al Diablo y... con ganas e paltile la cara a uno y picalo como pa’ pas-teles... Polque, mi jija, no jay quién sopolte una tribuna asina...”.

¿Qué haría? Todo eso y algo más que se callaba en su monólogo le había dicho Agapito. Sí, tenía que decidirse. El plazo se le venía encima, apenas tenía por delante 48 horas, ¡48 horas, de sobresaltos, dudas, vacilaciones y sufrimientos! ¿Podría resistir su tierno corazón aquella lucha? El tiempo corría y a él estaba encomendada la

<sup>29</sup> Sitio del municipio de Cayey. [Nota del autor].

misión de decidir la suerte y el porvenir de aquellos dos amores que se disputaban con ensañamiento la posesión del corazón de Yuyo. Él resolvería, emitiendo su fallo inapelable.

## VI

**E**l sábado por la noche, próxima la madrugada del domingo, sintió Crispina ciertos ruidos sordos en la habitación de Yuyo y un murmullo apagado, casi imperceptible, de misteriosa conversación. Llamó a su padre, que no quiso levantarse rememorando el incidente del fantasma, y le dio desde su hamaca, malhumorado, su eterna explicación:

—Los ratones, jija, que están esculcando puí. Duélmete, que ya pasó el tiempo e salil los mueltos.

A las cinco de la madrugada nadie se entendía en casa de señor Anselmo. Crispina había ido a llamar a Yuyo y a Eulogia, que se regodeaban siempre en la cama y... el nido de Yuyo estaba vacío: frío el lecho, en desorden las ropas y en el suelo, al lado de un baúl abierto y vacío, las almohadas.

Y Yuyo ¿dónde estaba? Eulogia no sabía nada. Durmió muy bien aquella noche, un sueño tranquilo y reposado, nunca la importunaban las pesadillas, ni le preocupaban los noctámbulos fantasmas; había dormi-

do, como siempre, de un tirón, las diez horas que dedicaba al descanso, y no sabía nada, no había oído nada. Allá como... —no podía precisar la hora—, había oído un ruido, pero creyó que, cual había sucedido tantas veces, lo originaron los ratones y, como ni siquiera abrió los ojos, siguió durmiendo como dormía desde que la curó radicalmente su enfermedad la *curiosa* seña Tana.

Crispina la interrogaba, hacíale preguntas sobre preguntas, ella siempre contestaba lo mismo. ¿Qué iba a decir, si no había oído nada? No habían dicho todos ellos, menos Yuyo y ella que nunca vieron nada, que una vez anduvieron de noche fantasmas por la casa, que abrían y cerraban las puertas y bramaban como toros y berreaban..., pues aquella noche había sido lo mismo. Y Yuyo... habría ido al monte, a cualquier parte y volvería; porque por allá no se iba a quedar.

Sergia y seño Anselmo salieron a batir el monte, regresaron, pero no habían encontrado la *corza*. Crispina se lo explicaba todo con su intuición despierta y maliciosa, y lo decía, convencida, en la seguridad de que no se equivocaba.

—Yuyo... se ja díó..., tan sielto como que nos tenemos que moril, y se jué anoche, cuando yo lo ñamé a usté papa, polque sentía trasteando pol el cualto de éstas —y señalaba a Eulogia.

—Pero ¿pa' ónde se ja díó? ¿quién diablo se la ja llevo? —decía seño Anselmo, empezando a convencerse de que Crispina iba aclarando el enigma.

—¡Ah!, jastaí yegó mi amol —decía Crispina—. Yo barrunto que las cosas jan pasao como yo me las figuro, pero lo demás, jay que averigúalo, silniendo to el mundo...

—Pero —volvía a preguntar seño Anselmo sin acabar de convencerse— y Yuyo ¿tenía algún novio puí? ¿Ustedes lo sabían y se jisieron e la vista lalga?

—No, no —decía Crispina— nojotras, yo jablo pol mi cuenta, yo no sabía na. ¡Ay, caray, si yo yego a sabel algo!

Cuando seño Anselmo se disponía a salir de su casa para averiguar algo de aquella fuga inesperada de Yuyo, resistiéndose a creer todavía que el amor hubiera hecho aquel lío, llegó el Bobo a tomar café.

—Sube p'arriba, Bobo —le dijo seño Anselmo— y toma café pa' que salgamos puí a ver si incontramos a Yuyo que se ja desapareció y aquí naide sabe del cuenta de eya.

—Adiós —preguntaba el Bobo—, ¿y Yuyo se jue así... juía?

—Muchacho, yo no sé... así —decía Crispina...

—Pos, cuando ña Crispina lo dise..., jum.

—Agora lo que tenemos que averigual, Bobo, es quién se ja llevo a Yuyo, o con quién se ja díó y pa'

ónde, si es que se ja díó, o se la jan llevao, polque toavía estamos en ayuna. ¡Quién jabrá sío el canaya! ¿Tú no sabes na? ¿Tú no jas visto na en tos estos días atrás? Polque siempre ve el que menos mira. ¿Tú jas cogió a Yuyo convelsando con alguno?

Crispina, Sergia y Eulogia rodeaban el grupo que formaban el Bobo y seño Anselmo.

—Yo... vel..., no je visto na, como quien dise, polque cuando no se miran las cosas con malisia no se ve na. Yo je visto, sí, jase días, días atrás, a Yuyo convelsando con ese Crespito, el más chiquito, ¿cómo se ñama, hombre?, ¿cómo se ñama?

—Agapito —decía Crispina, manoteándole en la cara al Bobo.

—El mismito, caray...

—Pero, condenao, hijo... el diablo, polque no me ñamaste a mí pa'... coltale la convelsación. Tè voy a estrujal el josico pa' que aprendas a tener, velgüensa pa' otra ves, ¡eslechao, jincho e borras! —decía seño Anselmo colérico, exasperado, agarrando por un brazo al Bobo y sacudiéndolo como si fuera un monigote.

—Espérese, ño Anselmo, ¡pol Dios!, mire que me palte el braso —clamaba el Bobo, retorciéndose y pugnando por desasirse.

—Jabla, condenao, esembucha to lo que sepas pa' vel si pues silvil agora p'algo —decía el viejo.

—Pos yo vi, yo vi... —tartamudeaba el Bobo, mirando con recelo las manos de seño Anselmo—. Yo no vi na polque el que no mira no ve, como disía usted jase un ratito. Es disil... —en ese momento seño Anselmo hizo ademán de agarrar al Bobo por el cuello—, sí, a Yuyo que jablaba con ese... Agapito.

—Pero ¿qué le disía, qué le jasía él y qué jasía eya y de qué velsaba la convelsación? —preguntaba seño Anselmo.

—Eso yo no lo podía sabel antoneses ni agora, polque eyos estaban a la banda ayá el río y yo a la banda acá...

—Y, antoneses, ¿polqué sabías que jablaban?... ¡so silvelgüensa!

—Pos mire..., ño Anselmo, y no se apure tanto: digo que jablaban, polque... lo que es meneal la boca..., la meneaban, y las manos... también.

—Y..., ¿qué día jué, Bobo?

—Pos... un día, un día d'esos pasaos. Yo no me acuel-do...

—¿Y polqué no juistes corriendo a la tala escapeando y me dijistes to eso?, ¡caray!

—A que diba dil, ño Anselmo, si yo no tenía na que disile...

—Eso mesmo, ¡Bobo el diablo!, que los jabías cogido jablando, juntos... aya en el río, ónde juera.

—¡Adiós!, ¿pero eso era malo, ño Anselmo?

—No te jagas más bobo e la cuenta, porque te voy a ponel cueldo e un sucuchaso. Cuando eyos estaban ayí, jabla que te jabla, no era pa' na güeno. ¿Cuándo tú jas visto que un hombre y una mujel se vayen solititos a la malesa pa' jasel cosas güenas?

—Como yo veo que usté jabla con ña Crispina, y son hombre y mujel, y con ésta y con la otra, cuando salgo de aquí veo en todas paltos hombres y mujeres convelsando, pos creí que eso no era malo y como ese hombre no le jasía na a Yuyo, ni le daba, ni na, ¿qué diba a disile?

—Es disil, peaso e bruto —gritaba indignado seño Anselmo—, y si aquí viene cualquiera y le echa mano al puelco que está amarrao de este estante, ¿tú no jases na, se lo dejass yebal?

—¿Y que voy a jasel? Cuando lo coge y se lo lleva, será polque es del. Y eso no tiene na que vel con lo otro, polque el puelco es puelco y Yuyo es Yuyo...

”Se... jabrá díó —decía el Bobo un poco animado, viendo que la tormenta pasaba—, polque lo que es eya pesa bastante pa' que ese Agapito se le jeché al hombro y la calgue... asina, como si juera el puelco”...

—Quítateme elante, escarao, polque no me quierro ensusial las manos contigo, y ya mesmito te estás lalgando e to esto, si no quierres que te bote a patás, ¡malagradesío!

El Bobo no esperó que seño Anselmo ejecutara su promesa y se fue enseguida, sin mirar para atrás siquiera y andando tan de prisa como no había andado nunca.

Seño Anselmo se había sentado en la hamaca y meditaba. Crispina y Sergia sentadas en cuclillas lo contemplaban, respetando su silencio. El viejo se levantó, la profunda arruga que surcaba su frente se desvaneció y una sonrisa de triunfo, placentera, iluminó su semblante.

—De un salto yego ayá y jablo con don Ramón y el me arregla eso en seguío. El es un hombre respetible en el pueblo y pué mucho con la justisia.

—Pero, papa, ¿no va a sel más na?...

—¿Es disil que ese sinvelgüensa se va a bulal e no-jotros, sin que nadie le rompa el alma?

—No, jijas, no. No hay que cojel las cosas asina. Mira, yo voy al pueblo, jablo con don Ramón, denunsiamos a Agapito, y se casa con Yuyo, o va p'al cacharro: sinco años no se las apea ni san Siriaco.

”No te apures que eso no se va queal asina. P'algo nos tiene que silvil de ejemplo lo que les pasó a ti y Chelia. Antonses pol jechalo to a guaperías, ni matamos a aqueyos canayas como se lo meresían, ni dinguno de eyos honró a dinguna de ustedes, ni jueron a la cátsel, que era lo de menos.

”Vamos agora con pies de plomo”.

—Caray, papa, hay cosas que le palten a uno el alma...

—Si, jija, asina está la mía; pero to ese rato que yo je estao ahí en la jamaca lo je pasao piensa que te piensa, y después e pensal to ese rato, me párese que lo mejol que poemas jasel es eso que te dije agorita. Y... si una cosa no sale, se jase la otra... Agora, yo te respondo que esto no se quea asina, pol lo más sagrao que jaya en el mundo.

Seño Anselmo se vistió la ropa que le presentaba Crispina y con la agilidad de la buena época de su juventud tomó el camino del pueblo.

## VII

Cuando seño Anselmo subía la escalera de la casa de don Ramón, se encontró con Concho Crespo que bajaba poniéndose el sombrero. Se miraron un instante. Concho apretó el paso y bajó los ojos, esquivando la curiosa mirada de seño Anselmo.

Seño Anselmo titubeó, quería hablarle a aquel hombre. Se detuvo con el pie alzado para continuar la ascensión de la escalera, y desechando ciertos escrúpulos que le embargaban, díjole a Concho:

—Pelmítame, seño Concho...

—¿Qué le pasa seño Anselmo?... Peldóneme: iba tan enfuscao bajando la escalera, que es más lalga que el camino el sementerio, y no había reparao que usted diba p'arriba... ¡Buen día!

—Güenos, ño Concho... Pue el caso es... Caray, hay cosa que no asielta uno a disilas, porque se le cae la cara e velgüenza, pol más ánimo que uno tenga...

Concho escuchaba, volteando en sus carrillos la mascadura de tabaco, y viendo que seño Anselmo no concluía de explicarse, díjole:

—Jable, seño Anselmo, jable, que jablando la gente se entiende.

—Pos el caso es... es que Yuyo, mi jija, la más chiquita, se ja díó, es disil se la jan llevao..., y disen que ja sío Agapito... Y yo quedaría..., ¿sabe?, antes e dal otro paso, arreglal esto con usté, que es su jelmano mayol...

—Yo, mire, ño Anselmo, en pensipio no sé na. Agapito se ja díó, no sé ni ónde está, ni si se ja díó sólo o en compañía e su jija, como usté dise. Yo siento toíto esto, polque, bay, uno siempre siente el mal ajeno, pero ¿qué voy a jasel? ¡El que la jaga que la paque! Si Agapito ja hecho eso que usté dise, ayá el que se las arregle como puea. Ésos no son los consejos ni la educación que yo les je dao a esos muchachos. En casa, en papa cuando vivía, ni en mí dispués, ni agora, que je echo las veses e padre con ojos, jan visto cosas desemejantes... Conque... voy, ño Anselmo, polque se me jase talde pa' andal unas diligencias que me trujeron al pueblo.

—Güeno —decía seño Anselmo, deteniendo a Concho—, es disil que usté no pue jasel na, que usté no quiere ayualme a arreglal esto, pa' bien e tos y pa' que no jaya buya.

—No, eso es otra cosa, lo que es ayuale güenamente, le ayúo.

”Agora yo no sé pol ónde anda ese condenao Agapito; pero en quantito lo vea le jecharé un boche y lo endosi-

ré a que jaga su arreglito con usted, bay, yo comprendo que eso no debe quealse asina...

”El muchacho es cabesiduro; pero ya veremos lo que se pue jasel. Bay, bay, ¡adiós, adiós!, ño Anselmo, y gracias”.

Seño Anselmo estrechó la mano que le tendía Concho y siguió subiendo la escalera, un poco más animado y satisfecho.

Dios era muy bueno y previsor, pensaba: le había puesto en su camino a aquel hombre, de cuya actitud deducía de antemano el éxito de su empresa, siempre que don Ramón, por su parte, lo ayudase otro poquito.

Concho bajaba la escalera, sonriéndose maliciosamente, y deteniéndose en el último peldaño, murmuraba, mirando a seño Anselmo que empujaba la puerta de la antesala: “Vas a cogel lo que se le junta al queso, mao”...

Una criada introducía a seño Anselmo en la habitación u oficina de don Ramón.

—Güenos días, don Ramonsito —decía seño Anselmo, inclinándose ante don Ramón.

—Hola, Anselmo. A mala hora llegas, chico. Estoy muy ocupado. No he tenido hoy ni tiempo de ver a los niños... Procura despacharte pronto, porque tengo infinidad de asuntos pendientes de resolución.

—Sí, don Ramón, me despacharé prontito, pero el caso es que, caray, es una cosa seria la que me trai hoy puquí...

—Bueno. Suprime los preámbulos y vamos al grano.

—Pos yo no sé..., el caso es que a Yuyo, mi jija, se la jan llevao.

—Sí, se habrá ido, porque supongo que no habrán cargado con ella, como si fuera un saco... de cualquier cosa.

—Sí, don Ramón, se... jué, asina...

—Bien. Hasta ahora no sé qué tengo yo que ver con todo esto...

—Pos mire, don Ramón. Yo quiero que usted me ayúe agora... como siempre... Toas las aparencias condenan a Agapito... Crespo, el helmano e los Crespo que usted agregó aya... No se acuelda que yo se lo disía, caray, si paresía que un pajarito me lo estaba soplando asina, al oído...

—¡Ah!, ¿es decir que yo tengo la culpa de que ese Crespo se haya llevado a tu muchacha? Bien, hombre, no faltaba más que vinieras tu ahora a exigirme responsabilidades...

—No, pol Dios, don Ramón, don Ramonsito, don... Monchito. No, si no es eso, no, no. Si yo lo que quiero es que usted me ayúe y más na, si yo no le jecho la culpa a naide, si la culpa e to la tienen los dos, ¡condenaos!: uno polque la jué a sonsacal y la otra, polque se jué...

”Yo lo que quiero, es que como usted es de mayoría, jable con la justisia a vel si consiguen que ese muchacho se case con Yuyo, y, bay, se arregle to como Dios manda, polque si no yo me comprometo, pol toas estas. Usted pué hablal con el juez, y lo que usted no consiga, no lo consigue naide”...

—¡Acabáramos, hombre de Dios! —exclamaba don Ramón, que había escuchado la pintoresca perorata de seño Anselmo, hojeando un voluminoso legajo de papeles—. Si hubieras empezado por ahí, ya hubiéramos concluido... Por eso te decía que suprimieras los preámbulos... Pues, chico, eso que tú quieres es imposible. Ustedes tienen formado un concepto erróneo, equivocado, de la justicia: la justicia no se vende ni se compra, ni se rinde al peso de la influencia de los de mayoría, como tú dices... La justicia es inexorable y no se prostituye nunca. No se entrega jamás en los brazos de los malvados que quieren convertirla en su querida...

—Acuéldese e la vaca e ño Pancho, que no tenía matrícula y no hubo quien se la jisiera degüelvel a usted después que dió ocho pesos pol eya...

—Sí, Anselmo, ése es uno de tantos casos aislados, sin importancia; y que no alteran en nada, que no deben alterar el concepto que las personas honradas debemos tener de la justicia, máxime si tenemos en cuenta el escaso valor de la materia litigiosa...



—No, yo no sé na de eso. Yo me acueldo agora de eso, asina, pol acoldame cuando usted estaba encampado, jablando de esa cosa... Y, bay, cuando se le pone a uno una cosa en la cabeza, bay, no hay quien se la quite, y contaba que usted podía algo con esa gente...

—No te digo que no, redondamente, porque no debo ocultarte que me unen con esa gente, como dices, estrechos vínculos de amistad. Y a los amigos se les puede ocupar; pueden oír algunas indicaciones de sus amigos, como tales, nunca como representantes de la justicia, en este caso. Pero contra esto, tengo una razón poderosa para negarme resueltamente a tu indicación. Tenemos las elecciones encima, todo el mundo se mueve, la palabra y el dinero circulan a caza de votos, y en medio de esta algarabía, yo, como tú sabes, estoy distanciado de los partidos políticos que se disputan el triunfo, y... pedirle un favor al juez, al que sea, en las presentes circunstancias equivaldría, por mi parte, a contraer con ellos un compromiso serio y formal, y entra en mis cálculos evitar eso a toda costa.

—No, yo lo comprendo, don Ramón, y yo no quiero, ¡Dios me libre!, que usted se vaya a comprometer pol mí —decía señor Anselmo humildemente—. Si yo je vinío acá agora es porque, bay, usted es mi paño e lágrimas, el único que me pue sacal e un apuro asina, y si no vengo ónde usted, ¿a ónde voy a dil?, ¿quién se va dolel e mí, si

usted no se duele? Bay, aconséjeme, jaunque sea, lo que tenga que jasel pa' que ese condena no se quee sapaterito, pol su linda cara.

—Un consejo no se niega a nadie..., y a ti menos, Anselmo. Yo te he dicho todo esto con la intención de demostrarte que no hubiera podido recomendarte, aunque hubiera querido, al juez o a cualquier funcionario de justicia... Ahora, un consejo, te lo daré, ¿cómo no? ¿Tú sabes en qué actitud está tu hija? ¿Tú sabes si ella te secundaría en caso de que tú procedieras judicialmente contra ése... que se la llevó, como tú dices?

Señor Anselmo, permanecía callado, como si rumiara laboriosamente las preguntas apremiantes de don Ramón.

—Quiero decir —decía don Ramón, tratando de hacerse comprender por su interlocutor— que si tu hija está a tu favor o en contra tuya; porque es muy importante saber la actitud que tome cuando se lleve este asunto al tribunal, ¿me entiendes ahora?

—Eyo, don Ramón, no sé cómo estará, porque yo no je vuelto a jablal con eya dende que se fue con ese perro; pero, caray, ja de sel muy... sinvelgüensa, dispensando la palabra, si se pone en contra mía y en favol de ése... Y, figúrese, don Ramón, eya debe comprendel que to lo que yo jago es en bien suyo y debe vel su convenencia, ¿no le parese?

—Eso tú, mejor que nadie, puedes juzgarlo. Tú conoces a tu hija y puedes saber lo que haga, su comportamiento, su conducta, cuando llegue ese momento. Pues bien, ese asunto se arregla enseguida, escucha mi consejo...: Debes denunciarlo, yo te indicaré a un individuo que te puede auxiliar eficazmente a denunciar el hecho al juez para que proceda enseguida a procesar a..., ¿cómo se llama ese hombre?

—¡Agapito!

—Eso es, a Agapito. Si él no encuentra fiadores estará en la cárcel mientras se celebra la vista del juicio, y en ese tiempo, cuando vea que pasan los días y empiece a cojerle asco a la encerrona, quién sabe si entonces, para evitarse mayores males, se aviene a casarse con tu hija..., ¿qué más puede querer?

—Sí, señor, ésa es la cosa. Ya el mal está jecho, porque hay cosas que no tienen compostura, y lo mejor es remendal, bien remendao, to lo que se puea.

—Ni más ni menos, Anselmo.

”Hablas como un oráculo. Así me gusta que se piense. Ya está pasado de moda eso de matar, pelear o atropellar a los demás por cualquier cosa: hoy todo se puede arreglar satisfactoriamente en los tribunales. ¡Algo hemos ganado! Yo confío en que el Agapito de tu historia se case con tu hija, en cuanto esté en la cárcel... Toma esta cartita para don Tito, que él te sacará adelante en ese asunto”.

—Bay, gracias don Ramón...

—Ahora, y esto es parte del consejo, parte muy interesante: ten mucho cuidado con lo que haces. No te dejes llevar por los arreos de tu carácter; ten calma y paciencia y saldrás bien, siempre que tu hija no te haga alguna trastada porque de las mujeres enamoradas se puede esperar cualquier cosa, sí, chico, todo, todo menos aquello que les convenga...

—Y que es veldá, don Ramón, sobre todo cuando son primerisas...; pero yo cuento que salgamos bien.

—Bueno, pues ya sabes...

—Sí, señol, bay, adiós don Ramón, y que Dios se lo pague.

—Adiós, Anselmo. Mucha calma y mala intención... ¡No vayas a meter la pata!

Seño Anselmo se marchó a entregar la carta que le había dado don Ramón para un picapleitos del pueblo, muy versado en aquellos asuntos de vírgenes raptadas, padres atrabiliarios y galanes taimados, confiando, con su confianza y buena fe de siempre, cachazuda e inquebrantable, en que todo aquello se arreglaría bien, porque... don Ramón se lo había dicho. Y don Ramón sabía mucho; aunque seño Lencho y su propia experiencia le hubiera demostrado en distintas ocasiones que su ciencia la empleaba en explotar a él.

Concho había ido también, anticipándose a seño Anselmo, a consultar el caso con don Ramón. Agapito era, pues, el raptor, Crispina no se había equivocado.

Concho obtuvo de don Ramón una carta para el juez, la promesa de que en cuanto encarcelaran a Agapito tendría fiadores y la seguridad de que, si se llegaba a celebrar el juicio, saldría absuelto, pues como si todo lo dicho fuera poco, don Ramón había hablado a un letrado para que defendiese al hermano de Concho.

Esta actitud de don Ramón demostraba bien claramente lo que pesaban en la balanza de sus conveniencias y combinaciones mercantiles seño Anselmo y Concho con toda la recua de los Crespo.

Los Crespo habíanse convertido, por el esfuerzo que suponía el trabajo realizado por ellos en la finca y la magnitud de las cosechas que habían partido con don Ramón, en sus niños mimados, en los favoritos de su interesado cariño. Cada día eran más considerados y estimados por él, mientras que seño Anselmo tenía que contentarse con vivir en la finca, haciendo lo que podía, trabajando como siempre, sin abandonar su preocupación y en la seguridad de que algún día había de hacer algo; porque no podía ser, no era posible que concluyera por morir en la miseria un hombre que lo había sacrificado todo en aras del trabajo, *del trabajo que dignifica y hace grandes a los pueblos y a los hombres.*

Comprometido don Ramón con Concho y deseando ayudarlo en aquel caso para atraerse más su estimación, salió del apuro con seño Anselmo, aconsejándole que denunciara a Agapito y que no fuera a cometer alguna barbaridad, dejándose arrastrar por la impetuosidad de su carácter, puesto que el tribunal, cuyo juez resumía y condensaba el saber y la imparcialidad de la justicia, pronunciaría su fallo honradamente.

Seño Anselmo no salió ni contento ni contrariado de la casa de don Ramón. No había conseguido de él la carta de recomendación para la “justicia”, conseguida la cual creía resuelto el asunto favorablemente para sus pretensiones.

El picapleitos, en la seguridad de ganarse veinte o treinta pesos, según dedujo de la carta de don Ramón, recibió a seño Anselmo afablemente y le aseguró, con un código en la mano y después de haberle leído infinidad de artículos de él, relacionados con su asunto, que el juez, interpretando la ley y cayendo del lado de la razón, fallaría el litigio a su favor.

Las palabras del picapleitos devolvieron a seño Anselmo su tranquilidad.

¡Cuánta falta hacían en el mundo hombres como aquél, que emplearan sus talentos y sus conocimientos en defender al débil y protegerlo! Ya que Dios no le daba dinero al pobre, ya que el pobre tenía que contentarse con su hambre y su ignorancia, permitía que

hubiera en la Tierra picapleitos para que los defendiese y para que hicieran respetar sus derechos.

La inteligencia divina es una gran cosa; todo lo provee, todo lo calcula, todo lo remedia, todo lo pesa y lo mide: frente al mal, se encuentra en oposición el bien, la bondad; si hay pillos, hay cárceles; si se mata, se levanta el patíbulo; si existe la libertad, surge la tiranía para que aquélla no indigeste a la gente; y así, todo, regulado, calculado, medido, como el mecanismo de un reloj. Así pensaba seño Anselmo cuando se dirigía hacia su casa. El picapleitos había redactado en *dos patadas*, como le dijo a seño Anselmo, la denuncia, después de consultar algunos libros que tenía sobre la mesa de su despacho, diciéndole que se marchara tranquilo, porque aquello podía darlo por suyo, y que no se apurase por lo demás, porque cuando llegase el momento un empleado de la corte le avisaría para que asistiera al juicio.

## VIII

Seño Anselmo refería a su familia su entrevista con don Ramón, repitiéndoles parte de la conversación y frases que oyera de labios del picapleitos en su conferencia con él.

—Hay muchas esperanzas, Crispina —decía entusiasmado—. Ese hombre, ese don Tito es la changa. Sabe más que el gobelnadol, y eso que no ja salió de aquí, que si llega dil a los estudios, sabería más que el Sansón cuelda,<sup>30</sup> como dice don Fele.

—Güeno —decía Crispina con su natural desconfianza—, es disil que si Agapito no se casa con Yuyo, va pa' presidio.

—Ya lo creo, jija. No lo salva ni el Espíritu Santo. Figúrate que don Tito me dise: “yo le apuesto a usted lo que quiera, o no me pague hasta que pase el juicio, que ese hombre se la paga a usted de cualquier mo”.

”Éste es el dilamán:<sup>31</sup> a la cátsel o se casa”...

<sup>30</sup> Sursum Corda. [Nota del autor].

<sup>31</sup> Dilema. [Nota del autor].

—Sí, papa; pero empuñó los cualtos alante..., jum.

—Sí, sí, se los aflojé con gusto; porque yo también me atrevo a apostal con cualquierita que se casa Agapito con Yuyo o va pa' Guayama a comel rancho.

—Bay, Dios lo quiera —decía Crispina.

—Agora, jija, yo tengo que dil preparao. Don Tito me leyó la denuncia, más bien jilvaná que el diantre, y me dijo que la oyerá bien, pa' que no se me olvidara, y la sé casi toa de memoria; polque se la jise leel unas cuantas veses, pol si acaso. Don Tito dise que con la denuncia no se nesecita más na... Caray, Crispina, ¡si oyeras leí a ese hombre..., si eso palte corasones! Mira: le da a uno un escalofrío en tol cuelpo; el corasón empiesa a jasel tucutucu, caray, y, mira que yo soy duro pa' esas cosas, pues... yora uno polque yora. Y don Toribio alevanta el papel, jecha la cabeza atrás, levanta el pecho como una paloma y alsiona con la mano derecha, y cuando dise: "Pido justisia", le dan a uno ganas e abrásalo. Ese es un hombre, caray.

—¿Ese don Toribio es el mesmo que se yevó aquella muchacha e Cuyón —preguntaba Crispina—<sup>32</sup> cuando nosotros vivíamos en Toíta,<sup>33</sup> que los paes de eya no le pudieron jasel na?

<sup>32</sup> Sitio en un barrio entre Cayey y Aibonito. [Nota del autor].

<sup>33</sup> Barrio de Cayey. [Nota del autor].

—El mesmito, con ése no hay volá.

"Pos, mira; polque tenemos que pensal toas las cosas con tiempo, pa' si hay nesesiá güelvel yo al pueblo. Dise don Tito que, aunque la enunsia está que... colta, es bueno que yevemos dos o tres testigos pa'..., ¡hombre!, caray, ¿cómo jué que me dijo?, mira ya se me ja olvidao en dos o tres ocasiones... Pa' la..., ¡pa' la *preba!*".

—Y, ¿a quién van a *prebal* en el juzgao? Es la primera vez que oigo mental eso —decía Crispina asombrada.

—Hombre, a naide. ¿Tú te crees que la gente es casuela pa' que la vaye a *prebal* el juez? Esa es una cosa d'esa gente e papeles; una cosa el juzgao que silve pa'..., ¡güelta!, caray, cómo se me está olvidando to eso. Que silve..., silve... ¡pa' *prebal* lo que uno denuncia! Bay. Güeno, pos pa' eso de los testigos, tenemos uno al pelo, ya se lo dije a don Toribio, que es el Bobo. Ese vio a Yuyo jablando con Agapito, y no tiene más que disil eso y, ¡listo! Cuando le dije eso a don Tito, me dijo que eso era lo que nesecitábamos, ¡contra!, ¿cómo jué que me dijo?: Testigo, ajá, agora me acueldo, testigos pasientes y... culares. Asina es. Tú vas a tenel que dil también, yo se lo dije a don Toribio, y dísimelo: "Mientras más testigos, mejor; más *prebas*". Tú tendrá que disil lo de la convelsación aquella de esos sinvelgüenzas, y asegundal lo que dijo el Bobo, polque toas ustedes estaban delante cuando yo le diba a paltil la cara pol... alcagüete.

Cuando seño Anselmo acababa da pronunciar esta última palabra de sus largas explicaciones a Crispina, entraba el Bobo, pegándose al seto, escurriéndose, como si quisiera pasar desapercibido. Había oído la última palabra de la conversación de seño Anselmo, y temía otra sarracina como la de aquel día memorable, cuyo recuerdo le hacía temblar a cada rato.

—Hombre, caray, ni que viniera mandao a buscar... Ven acá, Bobo. Vamos a jablal agora con seriedá, como me salgas con relajos y pocasvelgüensas, te voy a metel dos sucuchasos que te vas a acoldal de mí mientras vivas.<sup>34</sup> Las cosas no están a plomo, conque... para la oreja y oye, que ya está selquita el día que vas a selvil pa' algo. Yo acabo e vinil el pueblo y jablal con don Ramón y como él no me ja podía dal una calta pa' el juez, me mandó pa' ónde un hombre que si no es abogao, sabe tanto como ojos, pa' que me arreglara el asunto e Yuyo, ¿sabes? Güeno, pa' acabal; ese hombre me dijo que la custión de los testigos era muy empoltante, ¿sabes? Y como yo le dije que tú jabías visto a ese condenao Crespito hablando con Yuyo, me dijo que te echara pol el'ante.

—¿Pa' la cátsel? —preguntaba el Bobo.

—No, hombre, pa' el pueblo, el día que sea el juisio; pa' que vayas al julgao a disil lo que viste, más na...

<sup>34</sup> Bofetadas. [Nota del autor].

—Pero si yo no vi na: un hombre jablando con una mujel, digo jablando, polque jabría y serraba la boca y manoteaba muchísimo.

—Pos eso es lo que tienes que disil...

—¿Y si me tulbo y me mandan pa' el cacharro?

—¡Qué van a mandal! La justisia no condena a naide pol disil la veldá.

—Güeno, yo voy, pero vamos a preparal las cosas primero, acá entre nojotros no vaye yo a salil pagando las jabas que se comió el burro.

—Güeno.

—Es disil que yo voy ayá al julgao, y...

—Aguardas que el juez te pregunte...

—Aja, y el juez me pregunta...

—Y tú le contestas...

—Y yo le contesto, ¿que sí veldá?

—Hombre, le contestas que vistes a Agapito jablando con Yuyo.

—¿A Agapito jablando con Yuyo? Pero como yo no los oí, y las convelsaciones no se ven, que se oyen, el juez va y me dise que yo voy ayá a escomponel las cosas y me encacharra... ¿y entonses?

—Pero caray, no seas bruto, si tú no tienes que disil na...

—Pos... no digo na...

—Sí, hombre, tú tienes que disil lo que vistes, ¿me desplico agora?

—Pero si yo no pueo disil eso..., ¿usté no se acuelda de lo que me enseñó jase tanto tiempo? ¿No se acuelda que me disía: “Cuando veas una cosa, mírala y cáyate”? Vel, oíl y cayal... Pos como ésos son refranes e la gente e la curia o e la iglesia, yo no digo na, porque me van a metel en la cátsel y después usté no me va a sacal...

—Pos tú dises lo que vistes, porque lo dises; porque si no lo dises, yo te denunsio porque tú andas tapando a ese sinvelgüensa, y... te rompo una costiya antes e que te metan a la cátsel. ¿Es disil que te pues jaltal aquí como te de la gana, vistilte, dalte la gran vida y después cuando uno te pide un favol toos son músicas y pocasvelgüensas? Pos eso sí que es veldá que yo no te lo aguanto, porque si agora no te poltas con velgüensa, te va a pesal toa tu vida...

—No, no —dijo el Bobo al ver avanzar sobre él a seño Anselmo—, sí y lo digo to lo que hay que disil, ¿cómo no?, ¡si usté es mi padre!

—Güeno, ya sabes: dises que vistes a Yuyo hablando con Agapito, y más na. Si eso no cuesta trabajo, y la veldá, jijo, embucha a uno cuando no la dise...

A los pocos días, llegaba el alguacil —*marshal*, como se dice ahora, de la corte-juzgado, como se decía antes— con la citación para seño Anselmo.

El viejo se dio por notificado.

Debía ir al juzgado el día 15, fecha señalada para la vista del juicio. Antes de ese día, procuró ver a Yuyo,

aconsejado por el picapleitos, que tenía sus temores, a última hora, respecto de la actitud de la muchacha, que, según él, podía comprometer, con alguna imprudencia, el éxito de su demanda. La muchacha no aparecía, no se sabía adónde había ido a parar, adónde se ocultaba. Seño Anselmo hizo frecuentes visitas al seño Concho Crespo, sin obtener de él ningún indicio que le pusiera sobre la pista de la fuga de la atrevida pareja.

Concho no sabía nada. Desde el día del suceso no había vuelto a ver a Agapito. Lo aguardaba para recriminarle su conducta, indigna de la educación que había recibido y del ejemplo que sobre ese punto le había dado él. Y, por último, que no se creyera seño Anselmo que él se había constituido en alcahuete de su hermano, pues tenía suficiente valor para responder de sus actos y no tolerarle a nadie maliciosas e infamantes suposiciones, eso nunca. Era un hombre..., y los hombres van a cualquier terreno, adonde los llevan las circunstancias, dispuestos a hacerse respetar y a impedir que se ponga en duda su honradez y se ataque su reputación... Conque ya lo sabía seño Anselmo: ni una palabra más, puesto que concluía suplicándole, si quería conservar su amistad y evitarse un disgusto, que no le volviese a hablar de aquel asunto.

Viendo el picaplietos que el asunto no marchaba por el camino del éxito, que, prematuramente, había

pronosticado a su cliente, hízole una visita tres o cuatro días antes del juicio para preparar los testigos.

Instruyó al Bobo, haciéndole repetir varias veces la declaración que tenía que recitar en la corte, instruyó a Crispina y a Sergia que debían ratificar la declaración de él, por cuanto, en presencia de ellas, se desarrolló la escena en que señor Anselmo tuvo que amenazarlo para que le refiriese con todos sus detalles la entrevista de Agapito y Yuyo, y se marchó recomendándoles que estuviesen temprano en el pueblo para que él pudiera subsanar a tiempo cualquier error que advirtiese en la demanda, o allanar cualquier inconveniente que se presentase a última hora.

Llegó el día del juicio, del juicio de señor Anselmo, no del juicio final. Una abigarrada multitud de curiosos había invadido los salones de la corte, tomando posiciones cómodas en las tribunas públicas para matar el tiempo, comentando los incidentes a que diese lugar la vista que se celebraría aquel día.

Agapito ocupaba el banquillo de los acusados, teniendo a su lado al abogado encargado de su defensa y al frente a Yuyo, que no cesaba de mirar a la mesa detrás de la cual se hallaban las sillas que habían de ocupar los magistrados.

De las tribunas públicas llegaban a oídos de los dos mozos frases picantes y pornográficas; risas maliciosas,

apenas contenidas; un rumor de impudicia asquerosa y desvergonzada y de escándalo canallesco. Aquella ola de inmoralidad y de escándalo, que crecía incesantemente engrosada por la llegada de nuevos curiosos descarados que agregaban sus crudos comentarios a los que oían al llegar, asfixiaba a los dos jóvenes, que dejaban en libertad completa a sus ojos para que hablaran, estableciendo entre sus almas, en tortura y zozobra, una comunicación estrecha, íntima, para transmitirse sus dudas, sus temores y recobrar el valor y el ánimo que los abandonaba.

El alguacil, con voz solemne, declaró la corte abierta.

El tribunal de derecho entendía en aquella cuestión, porque el abogado de Agapito había renunciado al jurado, propuesto por don Ramón.

El público se revolvió impaciente en las tribunas. Habían cesado las risas y los comentarios. Reinaba el silencio en los ámbitos de la sala.

Señor Anselmo, Crispina y el Bobo ocupaban sus puestos.

Detrás de ellos estaba el picapleitos que, en voz baja, hablaba con el Bobo. Señor Anselmo prestó su declaración, en la cual se contrajo a ratificar en todas sus partes la demanda.

El juez tomó juramento a los testigos, que relataban con cómicos detalles la confesión que a señor Ansel-



mo hiciera el Bobo. Después declaró éste, concretándose a referir el incidente que testificaran los testigos, sin afirmar ni negar que fuese Agapito el hombre que viera hablando con Yuyo la tarde de marras. A una pregunta del juez, contestó que ampliaría su declaración más tarde.

Entonces el fiscal, con voz tonante y ademanes teatrales, formuló su acusación, haciendo resaltar en períodos conceptuosos las partes más culminantes de la demanda, y en nombre de la ley y de la sociedad, clamaba porque el código, con todo su peso, aplastase al infeliz transgresor.

El abogado de Agapito escuchaba la acusación con religioso recogimiento y tomaba notas rápidas en su pupitre. Había renunciado voluntariamente a los interrogatorios preliminares, no queriendo presentar ninguna excepción previa a la demanda.

Dijo, simplemente, que esperaba que el señor fiscal formulara la acusación para someter a un careo al demandante y a su hija, en la creencia de que el interrogatorio sería más fecundo después que los litigantes oyesen la autorizada palabra del ministerio público.

El fiscal puntualizaba las conclusiones de su acusación en largos períodos retóricos y doctrinarios.

—El amor, como todos los afectos de nuestra alma, como todas nuestras pasiones más nobles y más altas,

tiene su sanción legal en las leyes que regulan la existencia de la sociedad, de la cual todos somos factores, desde el encumbrado magnate al simple menestral, factores múltiples que integramos la cohesión del todo inmenso, por cuyo equilibrio estamos en la obligación de velar.

”La ley no trata de poner diques y frenos viciosos a las legítimas expansiones del alma. No se ha legislado nunca contra la psicología de las multitudes para las cuales el legislador ha concebido y redactado las leyes. Precisamente, el espíritu de las leyes, su espíritu altruista se inspira en las necesidades de los pueblos y tiende a corregir sus defectos, a sanear y refinar sus hábitos, a corregir sus vicios y a depurar su ambiente. Y la ley, en este caso, de sobra previsto en nuestra legislación, es terminante, concluyente, y sabia e inspirada como siempre. Hablamos del amor, volviendo al principio de nuestras definitivas conclusiones ante la actitud del distinguido letrado con quien tendremos el honor de contender, y decíamos que las leyes sancionaron el amor y todos los afectos nobles de nuestra alma, y hemos de agregar ahora, para evitar torcidas interpretaciones de nuestros conceptos, que el amor encuentra su sanción debida y lógica en nuestras leyes, cuando es lícito y el ser que siente arder la llama sagrada de él en su pecho solicita de esas leyes sabias su sanción para constituir un hogar más, aceptando y sometándose a las prácticas estableci-

das, que son, precisamente, los fuertes y sólidos cimientos de nuestra sociedad contemporánea. ¡Ah!, pero cuando el hombre retrocede, cuando se coloca a respetable y criminal distancia de las leyes y no se conforma, con su actitud innoble, y las pisotea y las atropella, obedeciendo al deseo brutal y grosero de satisfacer, con detrimento al perjuicio de la moral social, sus pasiones bastardas y asquerosas, la ley inexorable castiga al despreciable transgresor, porque la sociedad ofendida, ultrajada en sus más delicados sentimientos, lo reclama así, y así lo pide la moral”...

El fiscal concluía su ampuloso discurso pidiendo la pena correspondiente al crimen cometido por Agapito, en un período laborioso y árido, entre cuyos conceptos trotaban atropelladamente citas y artículos del código civil.

El picaplietos tuvo que contener a señor Anselmo que quería darle un abrazo al fiscal.

—Ese hombre sí que sabe, caray. Si canta como una calandria...

El defensor de Agapito, que había oído con respetuoso e inteligente silencio la acusación latosa del fiscal, pidió a la corte que le permitiese hacer algunas preguntas al acusador de su patrocinado.

Empezó su interrogatorio, clavando sus ojos negros, expresivos, escrutadores, en la pálida faz de señor Anselmo, que temblaba ante su arrogante presencia.

—¿Qué día notó usted la desaparición de su hija, es decir: qué día se fue esta joven de la casa de usted?

—El día... el día, un día el mes pasao.

—Pero ¿qué día? Cuente usted.

—El día quince, agora me acuerdo.

—Y, ¿con quién salió ella de la casa de usted?

—Yo no sé.

—¿Usted sabe si ella salió sola, o acompañada por mi defendido?

—No puedo disile. Yo estaba dulmiendo... Tos nojotros estábamos acostaos.

—Y, ¿a qué hora salió ella de su casa?

—Yo no sé, le digo: estábamos dulmiendo.

—¿Mi defendido visitó su casa alguna vez estando en ella su hija de usted y habló con ella en presencia de usted?

—No, señol.

—¿Usted sorprendió a mi defendido, personalmente, hablando alguna vez con su hija en un sitio determinado, lejos del hogar de ustedes?

—No, señol. El que...

—Concrete usted sus respuestas, ya vendrá lo demás. ¿Usted cita en su demanda a un individuo, o individuos que presenciaron una cita, entrevista o conversación de mi defendido con su hija, y dice que esas personas oyeron lo que hablaban esos jóvenes?

—Aquí están. Es uno de eyos el Bobo e casa...

—¿Cómo se llama?

—Sensio Ramos, es disil, Encalnasión, que es su nombre, y le disimos el Bobo...

—Está bien. Puede usted retirarse. Voy a hacerle algunas preguntas a su testigo.

Seño Anselmo se retiraba suspirando estrepitosamente y empujaba al Bobo para que se colocara frente al pupitre que ocupaba el abogado.

Al sentarse al lado de Crispina, decíale:

—Caray, qué hombresito ese más preguntón. Mira a uno como si le debiera y no le pagara... Yó no las tengo toas conmigo; ese hombre emboruja a cualquierita.

El picapleitos que lo oía, interrumpíale diciéndole:

—No se apure, seño Anselmo. No tenga miedo, ése es un fantoche, un imbécil que no sabe lo que tiene entre manos. Si yo fuera él ya estarían todos ustedes en la cárcel.

El abogado de Agapito preguntaba al Bobo que se hurgaba las narices tranquilamente, con gran regocijo del público.

—El nombre suyo es Encarnación Ramos, ¿verdad?

—Ajá...

—¿Hace mucho tiempo que vive usted en la casa de seño Anselmo?

—Desde que me conosco...

—¿Usted es familiar de él, pariente, criado, peón?

—No, señol: recogió... Él me recogió chiquito.

—¿Es verdad que usted oyó o vio hablando a mi defendido, Agapito Crespo, con la hija de seño Anselmo?

—Sí, señol, ello sí y no. Voy a disile: yo andaba un día pol la oriya el río y vi a un hombre y a una mujel paraos ebajo e un palo e mangó...

—Bueno, pero ¿quiénes eran esas personas que usted vio en la forma que dice?

—Voy a disile, no me apure mucho. Pos la mujel era ésa que está ahí sentá, Yuyo, la hija e seño Anselmo, y el hombre...

El Bobo no acertaba a pronunciar el nombre de Agapito, o no quería, y seguía balbuceando sin atreverse a levantar la vista del suelo.

—Diga usted, acabe de una vez: ¿Quién era ese hombre?

El juez con los brazos cruzados sobre su abdomen voluminoso, escuchaba con atención el interrogatorio.

—Ese hombre, disile, era Mengano, era Sutano..., yo no pueo..., ¡como estaba tan retirao del camino no representaba lo que era!

El juez intervino en el interrogatorio, dirigiéndose al Bobo.

—Pero ¿no dice usted, testigo, que vio a la hija del demandante, a la joven que está sentada allí, hablando con un hombre?

—Sí, señol, era la mesmita.

—Y, entonces, ¿cómo no conoció usted al hombre que estaba con ella?

—Yo no podía conoselo bien... polque estaban retirao el camino, ayá, encaramaos en un serro.

—Y, ¿cómo a esa distancia conoció usted a esa joven?

—¡Ah!, mire, polque a ésa la saco yo endoquiera pol la mata e pelo. Es lo mesmito que la vaca rabona e casa, endoquiera que la veo, digo: ésa es... ¡polque le falta el rabo!

Una carcajada acogió las últimas palabras del Bobo.

El *marshal* ordenó al público que hiciera silencio.

El juez, llevándose la mano a la boca, continuaba preguntando al Bobo.

—Es decir, que usted no sabe, en definitiva, quién era el joven que hablaba con esta joven.

—Hombre..., no sabel asina como usté, usté dise, no. Agora el hombre tenía sus paresios, y se paresía a Agapito Crespo...

—Pero ¿era Agapito Crespo? ¿Usted lo asegura? Todo lo que usted diga es válido. ¡Usted ha jurado decir la verdad, y el perjurio está castigado por la ley!

—Pos mire, pa' disil la veldá, la veldá, si alguno sabe bien quién era, es ésa que está sentá ahí: Yuyo...

”Que lo diga eya, polque ya jase tiempo que estoy segato,<sup>35</sup> y desde ayá ónde yo estaba no se divisaba bien si era Agapito, Rafael o Leocadio..., como dise la cansión del pito”...

—Bien. Pero el demandante lo cita a usted como testigo de fuerza mayor; como el único testigo que en el proceso de los supuestos amores del acusado y esta joven presenció una entrevista clandestina que ellos celebraran, y la corte necesita que usted concrete su declaración; puesto que usted es el único testigo, el excepcional testigo, el testigo ocular de un hecho que se aduce como prueba en la demanda, debe usted decir, se lo exige la corte, si el hombre que hablaba, preste usted atención, con esta joven era el acusado... o quién era. ¿Estamos?

—Sí, señol, ya voy. Pos mire, pa' disile la veldá..., si me aprieta un poquito, yo no sé quién era. Era un hombre, pero yo no lo conosí, bay.

—Perfectamente, eso era lo que necesitábamos saber. Pero hay algo, más importante todavía, que a la corte conviene esclarecer. Estas señoras dicen en su declaración que usted confesó al demandante que había visto a su hija

<sup>35</sup> Algo cegato, ciego. [Nota del autor].

hablando con el acusado... una tarde. ¿Por qué niega ahora lo que entonces afirmaba? ¿En qué quedamos?

—Como me confesé yo aquel día se confiesa cualquierita... Asupóngase usted que lo lleban a elante el confesionario a la fuelsa, a arrempujón limpio, y el cura se levanta el confesionario con una tranca empuñá pol gañote y le dise, más caliente que un ají, y le dise a usted, alevantando la tranca: “Confiésate, esepita tos tus pecaos o sinó te rajo el marimbo”... Caray dise uno los pecaos que no ja cometió en toa su vida; y si cuando usted se para y no tiene más pecaos que disil, güelvel el cura a levantal la tranca y se la da a güelvel, y le dise, más serio que un sinco e queso: “Tienes más pecaos, acuéldate que los vites; era Fulanito”... Pos dise usted: “Era Fulanito”, ¡qué va a disill!, viendo la tranca subil y bajal po ensima e sus costillas...

—¿Es decir que a usted lo obligaron a decir que vio y pudo comprobar la supuesta entrevista entre el acusado y esta joven?

—Sí, señol, ésa jué la confesión de que jablaba a usted agorita.

—¿Usted tiene que hacer alguna pregunta al testigo, señor letrado?

—No, señor, felicítome por el resultado del interrogatorio a que lo ha sometido vuestra honorabilidad. Deseo hacer algunas preguntas, con vuestra venia, a la joven origen de este litigio singular.

Seño Anselmo, al ver levantarse a Yuyo para contestar las preguntas del abogado de Agapito, se levantó rápidamente, dirigiéndose hacia el sitio en que estaba ella. A una señal del juez, el *marshal* lo detuvo conduciéndolo a su sitio.

—Pero si es mi jija y quiero jablal con eya, no vaye a emburujala ese hombre que parese que tiene el Diablo en los ojos —gritaba el pobre viejo forcejeando.

—Le digo a usted que se siente. Ya se le llamará a usted cuando sea necesario. Estése quieto o, de lo contrario, le impondrá a usted la corte la multa correspondiente a su desacato —decía el *marshal*, obligando a seño Anselmo a sentarse.

El defensor de Agapito interrogaba a Yuyo con su acostumbrada amabilidad.

—¿Su nombre?

—Oduña; pero me disen Yuyo en casa... y mis conosíos.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Veintidós, según las cuentas e papa.

—Sí, ésa misma era su edad según la fe de bautismo que pongo a la disposición de la corte —decía el abogado depositando un documento en la mesa de los magistrados.

—¿Es cierto que mi defendido aquí presente, Agapito Crespo, la sedujo a usted?

—No, señol, sino somos ni conosíos...

—¿Es verdad que usted abandonó su hogar, su casa, por seguirlo a él?

—No, señol. Yo me juí e casa... polque no me con-  
vinía vivirl más ayí.

—Entonces, ¿Agapito Crespo no la fue a buscar a usted a su casa la noche a que se refiere la demanda?

—No, señol. Yo me juí aqueya noche, polque si hubiera querío dilme e día no me hubieran dejao il e casa.

—Pero ¿usted salió sola de su casa, sin compañía alguna?

—Sí, señol, solita.

—Y, ¿adónde vive usted ahora y en qué se ocupa?

—Yo vivo en casa e las Sánchez, unas amigas mías. Eyas son lavanderas y yo las ayúo y me jase los gastos.

—Muy bien...

—Un momento —decía el juez—, quiero hacerle algunas preguntas, joven.

—¿Usted es hija de Anselmo Vázquez?

—Sí, señol...

—¿Usted llevaba amores con el acusado, amores a escondidas de su familia?

—No, señol. ¿Cómo diva ayeval amores con ese hombre, si él nunca me jabló de esas cosas ni de na?

—¿Qué día fue que él le indicó que abandonara usted su casa y su familia para demostrarle que lo quería?

—Señor juez, esa pregunta es capciosa —decía el abogado de Agapito, con su proverbial corrección.

—En la demanda se cita un día, se habla de un rapto y se acusa a su patrocinado como autor de él en ese día.

—No le hace, señor juez, en la demanda se hacen muchas citas tendenciosas, y según habrá podido ver vuestra honorabilidad se calumnia también con torpes intenciones.

—Insisto en mi pregunta. Conteste usted, joven —decía el juez, dirigiéndose a Yuyo.

—Pos dingún día, polque él nunca me jabló de ese día que usted dise, ni me dijo que me juera con él. Yo me juí, polque no quería vivirl más en casa, polque no me gustaba estal ayí, y, polque...

—Canaya, condená, hija e perra..., ¡mal rayo te palta!

Una exclamación de asombro, de admiración ante el escándalo que amenazaba estallar como una bomba, resonó en el amplio salón que servía de teatro a estos acontecimientos.

—¿Quién es ese atrevido? —se preguntaban los de las tribunas públicas.

El juez les daba la contestación, ordenando al *marshal* que arrojara del estrado a aquel energúmeno, y exclamando indignado, con voz tonante que dominó el general tumulto:

—Sería cosa de romper la toga si seguimos celebrando vistas con estos imbéciles...

El *marshal* sacaba a seño Anselmo a empujones del salón, a tiempo que el juez decía, dirigiéndose a él:

—Provisionalmente irá usted a la cárcel, mientras satisfaga la multa de veinticinco pesos que le impongo por desacato a la corte.

Seño Anselmo gritaba consternado:

—Yo pago, señol juez; pero no me mande a la cárcel. Yo me voy..., yo no quiero seguirl oyendo jablal a esa mala jija y maldigo la hora en que la engendré.

El *marshal* lo conducía otra vez a su asiento, recomendándole que no volviera a alterar el orden, porque le costaría muy caro.

El jíbaro, resignado, ocupaba su asiento, secándose las lágrimas con el dorso de su recia mano.

El alboroto, promovido en las tribunas por el patético incidente que acabo de referir, había cesado: el público estaba pendiente del interrogatorio que el juez había reanudado.

El juez preguntaba a Yuyo.

—Usted ha jurado hace un momento que diría verdad, que no engañaría a este tribunal que tengo el honor de presidir, y, ¿usted sostiene que ha dicho la verdad y sigue diciéndola?

—Sí, señol —contestaba la interpelada con aplomo, mirando al abogado de Agapito que asentía con un movimiento de cabeza, disimuladamente.

—Es decir, ¿que usted se fue espontáneamente de su casa, que no la sedujo el acusado y que no celebró usted con él alguna entrevista o entrevistas en las cuales conviniesen y arreglasen ustedes la fuga?

—No, señol, ni él me habló nunca e amores, ni arreglamos na como usté dise.

—¿Y el acusado no la visita en la casa en que reside usted ahora?

—No, señol, no tiene pa' que dilme a vel.

—Muy bien. Puede usted sentarse. Doy por terminado el interrogatorio.

En el público se comentaba favorablemente la osada actitud de Yuyo, que, de modo tan atrevido y gallardo, se colocaba resueltamente de parte del acusado, anonadando a su padre con sus contestaciones concretas y hábiles.

El público veía deslizarse en ellas el ingenio y la malicia del abogado de Agapito, cuyo próximo éxito se comentaba con calor.

Algunos individuos de las tribunas públicas hacían desfavorables comentarios para la muchacha, reprobándole duramente su conducta, que juzgaban indecorosa e infame, y compadecían al pobre viejo que lloraba en silencio la amargura de aquella derrota inesperada.

Algunos hablaban apasionadamente del castigo ejemplar que impondrían a aquella malvada, que de modo tan desvergonzado profanaba los afectos filiales, si estuviesen en lugar de señor Anselmo.

Señor Anselmo no se movía de su asiento; permanecía con los brazos cruzados y la vista fija en el severo rostro del juez que en aquel instante concedía la palabra al abogado de Agapito.

Crispina y Sergia devoraban a Yuyo con sus ojos húmedos por las lágrimas que las había hecho verter, y la amenazaban con significativos ademanes.

El *marshal* no perdía de vista al emocionante grupo, temiendo un nuevo escándalo como aquél que, a duras penas, pudo reprimir.

El abogado de Agapito se levantaba irguiéndose con gentil arrogancia detrás de su pupitre.

—Seré breve en mi discurso —decía con su hermosa voz de barítono—. Si se hubiera de resolver esta cuestión excepcional en otro terreno, ante la conciencia más exigente que impartiese justicia fuera de *la ley, con arreglo a sus fueros*, no tendría yo que levantar mi voz aquí para pedir justicia para mi defendido. Muy poco tengo que decir después de haber oído declaraciones insustanciales y anodinas de los testigos del demandante y lo siento de veras, aunque debo felicitar me por ello, puesto que no tendré motivos para hacer una brillante

defensa de mi defendido, al cual defienden elocuentemente los testigos que para probar su acusación trajo el demandante, los cuales prueban, en buena lógica, todo lo contrario: que mi patrocinado es inocente. *El testigo de mayor excepción...*, el testigo ocular que en apoyo de su acusación aportaba la demanda, ese testigo locuaz, cuyas ingenuas y traviesas declaraciones han proporcionado al auditorio y a la honorable corte un rato agradable de ameno esparcimiento, dice, jura, en síntesis, que no puede asegurar y no afirma, que mi defendido fuera el sujeto que hablara con esta señorita el día que él la vio hablando con un hombre. Y este testigo, cuya evidencia era la *única prueba digna de consideración, a prima facie*, que aducía la demanda, expone valientemente algo más grave en sus manifestaciones: después de asegurar que, en efecto, esta señorita, la hija de su protector, era la que hablaba con el sujeto que él no pudo conocer, valiéndose de una comparación ingeniosa y sencilla, dice que lo forzaron, maltratándolo de obra y de palabra, a declarar que mi defendido era el sujeto que hablaba con la hija del demandante el día que se cita en la demanda. ¿Qué resta de la demanda? ¿Qué queda en ella que pueda combatir ahora con mi palabra? Nada... para el objeto principal de mi defensa, que es demostrar la inocencia del acusado, y algo que, en defensa de su honor, de su prestigio comprometido, de sus propios intereses



materiales, daría amplio e indiscutible derecho a mi defendido para ejercer su acción vindicadora contra la calumnia que le ha sentado en ese banquillo. Eso es lo que queda de la demanda: la mala fe, la maldad, el deseo injustificado de vengar en mi inocente defendido una ofensa que no infirió con sus actos, ni con sus pensamientos. Mi defendido no quiere ejercer contra el demandante sus legítimos derechos: renuncia a ellos porque comprende, con noble y levantada videncia, que no puede haber a su culpa mayor castigo que el triunfo legítimo que él obtendrá ahora, oyendo de labios del juez que me escucha la absolución que pide. Olvidaba, en la improvisación de mi discurso, dedicar a esta señorita algunas frases, puesto que ella sufre las consecuencias de la impremeditada actitud de su familia, que, por atacar al acusado, ha lesionado inopinadamente su honor, el honor de mujer, su más preciado tesoro. El fallo absolutorio de este tribunal, que reclamo para mi defendido, aunque lo releve del delito que se le imputa, no alcanzará a restituir su honor en toda su integridad a esta dama, víctima de la educación de su familia. Hasta aquí no llegan las modernas corrientes del progreso, y si llegan, llegan desvanecidas, sin fuerzas para imponerse, como esas aguas muertas que los ríos dejan en los terrenos de sus márgenes en sus grandes avenidas; por eso nosotros no queremos que se nos hable de la li-

bertad de la mujer; y desoímos los reclamos de nuestra conciencia, que nos dice que le debemos los derechos a que es acreedora, derechos en parte reconocidos y sancionados por nuestras leyes. Y de la corrupción, de la descomposición en las altas capas sociales de otros países a que han dado lugar las libertades excesivas para la mujer, que no son precisamente las que entran en el criterio que yo sustentó, deducimos peregrinas consecuencias para continuar aferrados a nuestros prejuicios, a nuestros prejuicios más débiles y ridículos cuanto más adelanta en su advenimiento la era de las grandes reivindicaciones. Acostumbrados a tratar a la mujer como algo nuestro, de nuestra exclusiva y caprichosa propiedad, como una cosa que no vendemos, porque no lo permiten las leyes, como una bestia de trabajo fácilmente explotable, como un instrumento sensible e inagotable de placeres exquisitos, no concebimos, no podemos explicarnos que la mujer ascienda a nuestra altura, que se iguale a nosotros por su inteligencia y su laboriosidad, y que nos reclame los derechos que le hemos usurpado. Y así, cuando vemos que una mujer abandona su hogar paterno, persiguiendo el mejoramiento de su existencia, o buscando otro cauce a sus iniciativas, a sus aspiraciones, u obedeciendo a secretos impulsos de su corazón, la execramos, la condenamos injustamente, sin oírla, hacemos *trizas de su honor y para*

*coronar nuestra obra*, no conformes con los prejuicios que le irrogamos, concluimos por traerla aquí como delincuente para que la ley la castigue. Esclava de la patria potestad, esclava de las conveniencias sociales, esclava de su prometido, esclava de su esposo, hallará su libertad en la tumba, cuando la muerte bese su frente fría, hasta que no le reconozcamos los derechos que le hemos arrebatado.

El discurso de la defensa seguía cautivando el ánimo del auditorio que daba muestras elocuentes de su respetuoso regocijo.

Los comentarios se hacían en voz baja, para no interrumpir el discurso, muchas manos se juntaban, inconscientemente, con deseos de aplaudir, contenidas por el respeto que imponía el tribunal y la práctica judicial, contraria a esas manifestaciones espontáneas del entusiasmo colectivo.

El abogado concluía su discurso, desmenuzando la acusación del ministerio público, analizándola y atacándola brillantemente con citas de sentencias de los tribunales superiores y artículos del código. Y en un período inspirado y vibrante, pedía la absolución del acusado.

La corte se declaró en receso; no había otros asuntos de qué tratar y emitiría su fallo en aquella sesión. Varios amigos del abogado se acercaban a él para fe-

licitarlo por su notable oración forense. El picapleitos se había retirado para enmendar la demanda, según le dijo a su cliente, asegurándole que toda la palabrería de aquel charlatán —se refería al abogado de Agapito— no influiría en el fallo del juez, que tenía que fallar como él le había dicho en distintas ocasiones. “No tenga cuidado, yo vuelvo ahorita”, le había dicho últimamente. Señor Anselmo vio, con desconfianza, cómo se marchaba su defensor.

El público no abandonaba las tribunas, aguardando la lectura del fallo.

Los magistrados volvían a ocupar su sitio y el juez leía su dictamen. En síntesis, absolvía a Agapito por falta de pruebas y en consideración a otros defectos sustanciales de la demanda.

Agapito no esperó más. Se escurrió hacia la tribuna pública para ganar la puerta y salir a la calle, pues le parecía imposible que lo dejaran salir en completa libertad.

Yuyo salió también con igual precipitación que su amante, acompañada por unas mujeres que la esperaban en el pasillo que daba acceso a las tribunas públicas.

Señor Anselmo continuaba en su asiento, mirando al juez con ojos extraviados.

El *marshal* tuvo que llamarle la atención para que se marchara.

—¿No ha oído usted la lectura del fallo? —le dijo.

—Sí, señol; pero esto no se pué quedal asina...

—Bien, yo no tengo que ver nada con lo que usted dice: le llamo la atención para que se marche porque vamos a cerrar la corte. Es tarde.

—Yo no me voy de aquí sin jablal con el juez.

—Pues si usted no se va, lo echaré a la fuerza.

Seño Anselmo bajó la cabeza, llamó a Crispina y a Sergia y se marchó cabizbajo. El Bobo había desaparecido. Crispina lo llamaba a grandes voces para llevárselo, seguramente con la intención de que seño Anselmo le propinase una paliza en cuanto llegaran a la casa.

El Bobo había bajado la escalera, hurtando su desmedrado cuerpecillo a las miradas de seño Anselmo y los suyos y alcanzaba a Yuyo y en plena calle le decía:

—Yuyo, yo me voy contigo pa' ónde tu te vayas. Yo no güelvo ayá, porque me mata esa gente, que debe estar conmigo como ají.

—¡Cómo no! Vente, yo le jablaré a Agapito pa' que te acomoe puayá. No tengas mieo. ¡Vente!

Agapito entraba en el bufete de su abogado, el cual se despedía en la puerta de él y de unos amigos que lo habían acompañado hasta allí.

—Bay, señol, vengo a dale las gracias pol habelme sacao en libeltá.

—Te lo agradezco mucho, chico. Siempre me ha gustado tratar gente agradecida. Ya sabes adónde vivo

para cualquier cosita que se te ofrezca. Y, hablando de todo, ¿por qué no te casas?

—Más talde, en cuantito tenga lugal. Ya le avisaré...

—¿A mí? ¿Para qué? Será al cura o al juez...

—Pa' que vaye a las boas...

—Gracias.

—Bay, adiós, y que Dios le dé muchos años de vida pa' que nos puea defendel a los probes.

—Adiós.

Agapito, Yuyo y las mujeres que la acompañaban se reunían en las afueras del pueblo, emprendiendo el camino hacia el nido en que el primero guardaba a su paloma.

Momentos después salía seño Anselmo del pueblo. Crispina y Sergia lo llevaban casi al hombro. El pobre viejo andaba despacio, con gran trabajo, como si el peso de la declaración de su hija gravitara con toda su ingratitud sobre su espalda, encorvada a fuerza de inclinarse sobre la tierra para fecundarla con su sudor.

Crispina y Sergia procuraban distraerlo, intentaban animarlo pronunciando frases de consuelo y demostrando en ellas su desprecio hacia la mala hembra que había prostituido el nombre de su familia, profanando públicamente las canas de su padre y cometiendo el sacrilegio de permitir que se le llamara embustero.

El viejo seguía marchando con la cabeza baja, tropezando con los cantos rodados del camino y detenién-

dose para respirar. De vez en cuando profería frases incoherentes y se llevaba las manos a los ojos para secarse las lágrimas, las últimas lágrimas que derramaría porque ¿qué dolor mayor que aquél, qué pena más grande podía afligir su alma que aquélla que no lloraría bien nunca?

Y seguía su camino, empujado por el apoyo solícito de sus hijas y animándose con el calor de la marcha y el eco de sus palabras sencillas que hacían mucho bien a su alma grande, toda cariño y bondad, que no sabía de la ingratitud ni de la maldad humanas.

Las tiernas frases de consuelo, pegajosas e impertinentes, que le prodigaban sus hijas, no eran suficientes a calmar su dolor, a tranquilizar su alma que se hundía en aquel naufragio de sus ideas y sus sentimientos.

Y con la mano, ya que no acertaba a encauzar sus ideas ni a expresarlas, imponía silencio a sus hijas, haciéndolas comprender, con enérgicos gestos, que en vez de consolarlo con la insistencia de sus frases, lo mortificaban, aumentando sus sufrimientos.

Así llegaron a su casa, cuando el sol ensangrentaba el horizonte con sus últimos rayos de púrpura en la hora triste del crepúsculo.

Seño Anselmo habló.

—Bay, Crispina, ensengáncheme la jamaca, que me voy a acostal. No quiero comía ni na. Éjjenme solo a vez sí me pasa esto.

Crispina desenrolló la hamaca, la amarró de un clavo por uno de sus extremos y, llamando a Sergia, se fue a la cocina.

Seño Anselmo se acostó y no tardó en dormirse: El peso de sus emociones, el fracaso total de todas sus esperanzas, su autoridad paterna vencida y vejada, toda aquella serie de incidentes que había soportado en tan breves horas, habían rendido su naturaleza gastada, llevando a su alma de niño grande el desaliento y la desolación de la ruina de todos sus sentimientos. El agotamiento de sus fuerzas físicas, la extenuación de sus energías, impusieron a su excitada emotividad y durmió como duermen los viejos y los niños.

Crispina y Sergia se acostaron después de haber visto que su padre dormía atronando la estancia con sus grandes ronquidos.

—Míalo como duelme —decía Crispina—. No paese que hoy haiga sío el día más malo e su vida. ¡El probé! Agora escansa pa' levantase mañana, al amanese y grital, cuando cante el gayo: “¡Arriba, muchachas, que son las sinco!”.

—El probé papa, bendito —repetía Sergia como un eco lejano de Crispina.

Los gallos cantaban sobre las gradas aéreas de sus tronos nocturnos y su canto propagábase como una diana

alegre, repetida por cien sonoras cornetas. El canto cesaba y volvía a imponerse el silencio amodorrante de la noche que declinaba. El acompasado y estrepitoso aleteo de los gallos que volvían a erguirse, soberbios y altaneros sobre las ramas de los árboles, turbaba nuevamente el curso apacible de la noche que se desvanecía en las tintas imprecisas del día que llegaba. La diana alegre y sonora de los gallos descomponíase en infinitas vibraciones que repercutían en los ámbitos del valle, dejando una nota aguda en la puerta de cada bohío, como el eco impertinente y apremiante del campanillazo de un despertador.

Las cuerdas de la hamaca de señor Anselmo crujió débilmente: el canto de los gallos lo había despertado como siempre, antes de que la aurora iluminara las últimas sombras de la noche. Señor Anselmo se dirigió, medio dormido, a un seto de su habitación que daba al oriente. Palpó la pared y quitó una yagua que tiró al suelo, asomándose por el hueco que ocupaba aquella. Una racha de aire frío y perfumado acarició su rostro, espantando de sus ojos la impresión del último sueño que lo acompañara hasta la improvisada ventanuca.

No amanecía, propiamente. La luna estaba muy alta y parecía un disco de plata colocado artísticamente sobre los grandes pliegues de un colosal dosel azul, esmaltado a trechos por pequeños diamantes y transparentes gasas

núneas. Las grandes siluetas de los montes limitaban el paisaje que señor Anselmo tenía delante, cuya grandeza e imponente poesía metíasele por los ojos reteniéndolo en peligroso éxtasis ante el hueco de la pared.

Señor Anselmo se retiró de la ventana, asomado a la cual había permanecido largo rato, sugestionado por la belleza de aquel amanecer espléndido, en cuyo transcurso la naturaleza había recibido al día con las galas nupciales de una novia enamorada y coquetona; empuñó el machete que había dejado, al acostarse, al lado de la hamaca y con él dio dos grandes planazos en la puerta de la habitación en que dormían sus hijas, gritando:

—Arriba, muchachas, que ja salió el sol.

Enseguida abrió la puerta que daba al batey y empezó a bajar la escalera pausadamente. De pronto vaciló, temblaron sus piernas, como si las hubiera sacudido brutalmente una corriente eléctrica; dejó escapar de sus manos el machete, que produjo un ruido seco al caer sobre la tierra; se llevó las manos a la cabeza con un movimiento desesperado, como si sintiera que la vida se le escapaba por allí, y se desplomó, cayendo de bruces sobre la yerba del batey.

Crispina y Sergia salían en aquel momento a llamarlo para que no se fuera sin tomar su taza de café, y ambas se precipitaron sobre él, aterrorizadas. Llamáronlo. El viejo no respondía, permanecía inánime,

en la misma posición. Los gritos angustiosos de las mujeres no devolvían su conocimiento al pobre viejo, que yacía en el batey, encogidas las piernas, en cruz los brazos y amoratado, cárdeno, su rostro congestionado.

Las dos mujeres trataban de levantarlo; pesaba mucho y no conseguían más que cambiarlo de posición, de cara al sol que iluminó sus facciones rígidas, su rostro, rojo como si lo hubieran embadurnado de bermellón, poniendo dos rayos de luz en sus ojos abiertos ansiosamente, como si al despedirse de la vida hubiera querido poseer o llevarse todo lo que veía a su alrededor: los montes en que los cafetos se inclinaban hacia el suelo cargados de bayas ambarinas que empezaban a madurar; los llanos en los que pastaba el ganado; y los plantíos de arroz y maíz cuyas espigas brillaban con áureos reflejos.

—¡Ay, se está enfriando! —gritaba Crispina. Y Sergia y Eulogia se abalanzaron sollozando sobre el cuerpo de señor Anselmo.

Crispina exteriorizaba su dolor retorciéndose las manos, mesándose el cabello y dando rápidas vueltas alrededor del cadáver.

Eulogia, que parecía la menos apenada, exclamó:

—¡Quién nos diba a disil que el probé papa, que no lo mató el trabajo, se diba a matal bajando abajo!

—¡No, caray! —gritó Crispina con insólita energía, conteniendo un copioso sollozo—, lo mató esa condená: ¡Yuyo!

*Hacienda Lucía, marzo 27 a junio 24 de 1909*

## NOTICIA DEL TEXTO

Miguel Meléndez Muñoz dio a conocer “La sinfonía de las aguas”, adelanto de *Yuyo. Novela regional*, entre las páginas de *Puerto Rico Ilustrado* (11 de octubre de 1913). Ese año, la Tipografía del *Boletín Mercantil* imprimió dicho título en San Juan, Puerto Rico.

Tras un olvido de 40 años, esta novela corta volvió a ser editada en Puerto Rico por el Departamento de Instrucción Pública; asimismo, en México, la editorial Orión preparó un volumen (reeditado en 1962, 1971, 1973 y 1982) con ilustraciones de José Meléndez Contreras.

La presente edición de *Yuyo. Novela de costumbres puertorriqueñas* procede del primer tomo de *Obras completas de Miguel Meléndez Muñoz* (San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1963), última versión publicada en vida de nuestro autor.

Para 1973, nuevamente el Departamento de Instrucción Pública de Puerto Rico editó *Yuyo*, acompañada de la obra gráfica de Aida Buso Negrón.

En la década de los ochenta, fue publicada por Ediciones Gaviota (1982), Cultural Puertorriqueña (San

Juan, 1988) y *La Biblioteca* (Río Piedras, 1988). En 1989, la televisión puertorriqueña transmitió la serie basada en la novela de Meléndez Muñoz, adaptada por Samuel Molina.

Las ediciones más recientes se registran en Barcelona (*Artual*, 1993) y Puerto Rico (Publicaciones Gaviota, 2013).

En 2014, para conmemorar los cien años de la publicación de *Yuyo*, se montó su adaptación teatral, dirigida por Orlando Rodríguez, en el Centro de Bellas Artes Luis A. Ferré de Santurce, Puerto Rico.

## MIGUEL MELÉNDEZ MUÑOZ TRAZO BIOGRÁFICO

Miguel Meléndez Muñoz, hijo del capitán español Juan Meléndez Urios y la puertorriqueña Conchita Muñoz Morales, nació en la ciudad de Cayey, Puerto Rico, el 22 de julio de 1884. Ingresó al colegio San Isidro para realizar sus estudios primarios con un único profesor, don Hipólito Velázquez y Galán. Al terminar esta instrucción, no pudo ingresar a la educación secundaria y comenzó a trabajar en una pulpería, esto le permitió conocer a fondo las costumbres del campesino puertorriqueño, principal influencia en su obra literaria.

En 1902, asumió la administración de una empresa de autos en San Juan, ciudad donde permaneció durante dos años. Ahí, junto con Julián Blanco (1830-1905) y Salvador Brau (1843-1912), concurría a las tertulias de la redacción de *El Herald*. Se desempeñó como secretario de la Junta de Instrucción Vocacional desde 1931, además, ocupó la presidencia del Ateneo Puertorriqueño entre 1944 y 1945.



Sus primeros artículos, publicados en *El Heraldo Español* y *La Democracia*, aparecieron con los seudónimos de Amílcar Barca y Judith Drummont; más tarde, los rubricó con su verdadero nombre en *Retazos* (1905). En 1913 dio a conocer la novela regional *Yuyo*, donde reproduce el habla y la forma de vida campesinas. *Lecturas puertorriqueñas* (1919) tuvo buena acogida entre el pequeñísimo sector intelectual de Puerto Rico; en este volumen Meléndez recogió una serie de ensayos y artículos de corte costumbrista, publicados con anterioridad en la prensa de su país. *Cuentos del Cedro* (1936) constituyó la primera colección de relatos de Meléndez Muñoz, orientados, como la mayor parte de su obra, hacia las raíces costumbristas criollas del jíbaro puertorriqueño. Su incursión en el campo dramático se dio con *Retablo puertorriqueño* (1941). Ese mismo año presentó *Cuentos de la Carretera Central*, premiado por el Instituto de Literatura; el volumen consta de cuatro cuentos y ocho artículos que, de alguna manera, dan cuenta del periodo de transición y cambio de soberanía en la Isla. El último libro publicado por nuestro autor fue *Fuga de ideas* (1942), colección de 86 citas filosóficas referentes a la filantropía, la ingratitud, la vanidad, la soledad y el sentido del tiempo, entre otras.

Su labor literaria se vio de muchas maneras reconocida. En 1908, el cuento “Dos cartas” fue premiado en

el Certamen del Cuarto Centenario de la Civilización Cristiana. En 1910, su cuento “El novio” obtuvo el primer lugar en el concurso internacional organizado por la revista *América*, de Nueva York. La Sociedad de Escritores y Artistas le otorgó, en 1916, un reconocimiento por su ensayo *Estado social del campesino puertorriqueño*; con este texto, Meléndez pretendía no sólo dar a conocer la realidad campesina, sino sacudir la conciencia puertorriqueña y exponer los males que aquejaban a los más desprotegidos. En 1949, recibió un diploma de honor y un premio al mejor periodista del año, concedidos por el Club de Leones de San Juan. En 1958, la Universidad de Puerto Rico lo galardonó con el Diploma Doctoris Litterarum Humaniorum Honoris Causa.

Miguel Meléndez Muñoz falleció el 28 de noviembre de 1966 en su pueblo natal.

# NOVELAS en la FRONTERA

**Gustavo Jiménez Aguirre**, director

## CONSEJO ASESOR

**Sarah Aponte**, The City College of New York

**Maricruz Castro Ricalde**, Tecnológico de Monterrey, Toluca

**José Ricardo Chaves**, Universidad Nacional Autónoma de México

**Adrián Curiel Rivera**, Universidad Nacional Autónoma de México

**Verónica Hernández Landa V.**, Universidad Nacional Autónoma de México

**Dante Liano**, Università Cattolica del Sacro Cuore

**Consuelo Meza Márquez**, Universidad Autónoma de Aguascalientes

**Begoña Pulido Herráez**, Universidad Nacional Autónoma de México

**Cira Romero**, Academia Cubana de la Lengua

**Rubén Ruiz Guerra**, Universidad Nacional Autónoma de México

**Margaret Elisabeth Shrimpton Masson**, Universidad Autónoma de Yucatán

**Arturo Taracena**, Universidad Nacional Autónoma de México

## COMITÉ DE INVESTIGACIÓN Y EDITORIAL

**Laura Aguila • Braulio Aguilar • Joshua Córdova • Gabriel M. Enríquez Hernández • Luis Gómez M. • Verónica Hernández Landa Valencia • Gustavo Jiménez Aguirre • Eliff Lara Astorga • Rodolfo Munguía • Luz América Viveros**

## DISEÑO Y COORDINACIÓN VISUAL DE LA COLECCIÓN

**Andrea Jiménez**

## PORTADA

**Gonzalo Fontano**

## SERVICIO SOCIAL

**Alan Cabrera**



*Yuyo. Novela de costumbres puertorriqueñas* se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 13 de febrero de 2023. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de JOSHUA CÓRDOVA. La edición estuvo al cuidado de LAURA AGUILA y BRAULIO AGUILAR.